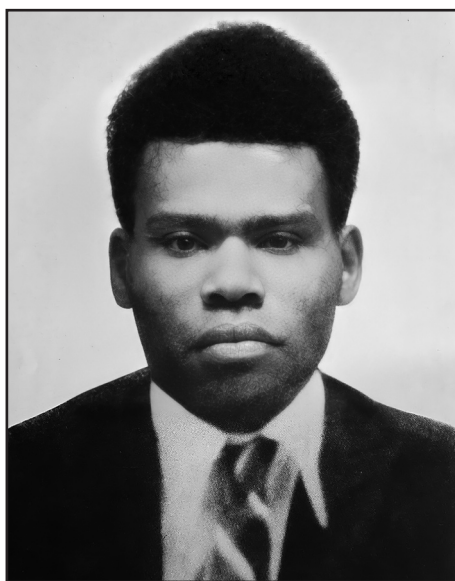


Beato Peter To Rot

Imprimatur: ✠ Francis Meli
Obispo de Vanimo

Primera edición: 2022

*Dedicado a los catequistas
de Papúa Nueva Guinea
y las Islas Salomón.*



Beato Peter To Rot
(1912 - 1945)

Índice

Introducción	1
--------------------	---

Primera parte

Ambiente y cultura de Peter To Rot	5
---	----------

1- Historia de la evangelización en la isla de New Britain	7
2- El mensaje de los primeros misioneros.....	15
3- La cultura tolai	31

Segunda parte

Vida del beato Peter To Rot	37
--	-----------

1- Nacimiento	41
2- Familia.....	45
3- Bautismo	53
4- Infancia.....	55
5- Primera comunión	61
6- Adolescencia	67
7- Formación para catequista	71
8- El catequista.....	89
9- Matrimonio	113

10- Tiempos de prueba	131
11- Prisión de los misioneros.....	153
12- Lucha por la santidad del matrimonio	175
13- El catequista en prisión.....	197
14- Muerte de Peter To Rot	205
15- ¿Es Peter To Rot realmente un mártir?	223

Apéndice 1: Homilía del Papa Juan Pablo II durante la beatificación de Peter To Rot.....	241
---	-----

Apéndice 2: Homilía del Papa Benedicto XVI con ocasión de la memoria de los testigos de la fe de los siglos XX y XXI	249
---	-----

Apéndice 3: Homilía del Papa Francisco con ocasión de la memoria de los «nuevos mártires» de los siglos XX y XXI...	254
--	-----

Introducción

El día martes 17 de enero de 1995, más de quince mil personas colmaron el estadio Sir John Guise de Port Moresby, la capital de Papúa Nueva Guinea. El motivo de la cita fue la beatificación de un joven catequista de treinta y tres años de edad presidida por San Juan Pablo II, durante su tercera y última visita al país. El nombre del catequista es Peter To Rot y, desde aquel momento, quedaría escrito para siempre en las gloriosas páginas del Martirologio, el libro en el cual la Iglesia recoge los nombres de los hombres y mujeres que han alcanzado el más alto grado de santidad. Y su nombre quedaría también escrito para siempre en las páginas de la historia de Papúa Nueva Guinea, ya que hasta el momento es el único nativo que ha sido elevado al honor de los altares.

Peter To Rot era un hombre casado y padre de tres hijos. Para muchos, su vida no era demasiado diferente a la de los demás hombres de la aldea en la cual vivía. Sin embargo, su vida era del todo excepcional por su amor a Cristo y a la Iglesia. Su ministerio como catequista fue desempeñado con enorme dedicación y responsabilidad. Y su amor por Cristo presente en la Eucaristía es digno de ser

comparado con el de aquellos santos cuyas vidas nos son más conocidas y familiares. Era un hombre de oración, que amaba tiernamente a sus tres pequeños hijos y a esposa Paula, con quien rezaba el rosario todas las noches.

Como recompensa por su fidelidad, siendo aún joven y lleno de entusiasmo, Nuestro Señor le ofreció el regalo máspreciado al cual una persona puede aspirar: la palma del martirio. Y el buen catequista estaba convencido de que perder la vida por amor a Cristo no era una derrota, sino la victoria más importante que una persona puede alcanzar. De hecho, el martirio no es una derrota, sino un triunfo. Y el más grande de todos ellos. Jesús mismo ha dicho: «*No hay mayor amor que dar la vida por sus amigos*» (Jn 15,13). Y el fiel catequista estaba pronto para demostrar su «*mayor amor*» con el mismísimo sacrificio de su vida, siguiendo los pasos de su amado Jesús.

En una célebre homilía en homenaje a los mártires del siglo XX, el Papa Benedicto XVI nos invitaba a conocer las vidas de los santos y a seguir sus ejemplos. En esa ocasión exhortó a todos los cristianos: «¡Cuán útil es entonces contemplar el luminoso testimonio de quienes nos han precedido en el signo de una fidelidad heroica hasta el martirio!» (*Homilía*, 7 de abril de 2008).

En enero de 2020 se celebró el 75º aniversario del martirio del catequista y el 25º aniversario de su beatificación. Para esa ocasión, escribí una breve biografía de Peter To Rot en inglés dedicada a los catequistas de Papúa Nueva Guinea. Dos años más tarde, me pidieron que tradujera el libro al castellano, y es el texto que presentamos ahora. En los dos años transcurridos entre ambas versiones, tuve oportunidad de viajar en varias oportunidades a la aldea del beato

Peter To Rot, y de conocer algunos familiares que me han compartido historias que no se encuentran en otras biografías. También pude conocer y hablar durante muchas horas con aquellos que hicieron la investigación previa a la beatificación. Ellos no sólo me han compartido información que no conocía a la hora de escribir el primer libro, sino que además me han dado acceso a nueva bibliografía y fotografías.

El libro está dividido en dos grandes partes. La primera contiene una breve historia de la evangelización de Papúa Nueva Guinea, junto con algunos trazos sobre la cultura tolai a la cual pertenecía Peter To Rot. La segunda, en cambio, es una biografía propiamente dicha. Para escribirla, el entonces Arzobispo de Rabaul (diócesis en la cual vivió To Rot y en la cual se llevó a cabo la investigación preliminar a la beatificación) me regaló una copia de la *Positio Super Martyrium*. De más está decir que en ese libro se contienen los testimonios de testigos oculares, parientes, amigos, esposa e hijos de Peter To Rot. Por una cuestión de brevedad, sólo en las citas más extensas citaremos la página de la *Positio* o del libro de donde fueron tomadas. Las citas breves que se encuentren entre comillas y no expliciten el origen, en cambio, vienen de la *Positio*. Nos ahorraremos el trabajo de citar la sección de la *Positio* y la página de cada una.

San Juan Pablo nos enseña:

El martirio es un signo preclaro de la santidad de la Iglesia: la fidelidad a la ley santa de Dios, atestiguada con la muerte, es anuncio solemne y compromiso misionero “*usque ad sanguinem*” para que el esplendor de la verdad moral no sea ofuscado en las costumbres y en la mentalidad de las personas

y de la sociedad. (...) Los mártires, y de manera más amplia todos los santos en la Iglesia (...) iluminan cada época de la historia despertando el sentido moral. Dando testimonio del bien, ellos representan un reproche viviente para cuantos transgreden la ley (cf. Sb 2,2) y hacen resonar con permanente actualidad las palabras del profeta: “*¡Ay, los que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce, y dulce por amargo!*” (Is 5,20). (JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 93)

P. Tomás Ravaoli, IVE

Mayo de 2022

Agradecimientos: Agradezco al actual Arzobispo de Rabaul, Moseñor Rochus Tatamai, MSC, sobrino nieto de Peter To Rot, por su amistad, y por haberme invitado en varias ocasiones a Rabaul, para poder conocer los lugares y los familiares del beato Peter To Rot. Agradezco también al Arzobispo Emérito de Rabaul, Monseñor Karl Hesse, MSC, por haber puesto su biblioteca y su archivo personal de fotos y escritos a mi disposición. Agradezco a los padres del IVE misioneros en Papúa Nueva Guinea, por su amistad y ejemplo. Y agradezco también a la hermana Mary Altar of Sacrifice, SSVM, por haber corregido la versión inglesa de este libro.

Primera parte

Ambiente y cultura de Peter To Rot

Si queremos conocer profundamente a una persona, no alcanza con memorizar algunas fechas y episodios de su vida. Es necesario conocer también la cultura y el ambiente en el cual vivió. Esto es evidente, por ejemplo, con la vida de Cristo. Su vida es mucho más rica cuando conocemos no sólo lo que leemos en los evangelios, sino que además nos familiarizamos con el ambiente, la cultura y las tradiciones de Israel de ese tiempo. Al conocer el ambiente y la cultura de Cristo, todas sus enseñanzas y acciones se enriquecen y cobran nuevo significado. Lo mismo sucede con la vida de cualquier persona que queramos conocer.

Por este motivo, antes de hablar de Peter To Rot y su martirio, es necesario conocer al menos brevemente algunos rasgos de su ambiente y cultura. En concreto, dos cosas pueden ayudarnos a comprender mejor la figura del catequista y su heroico testimonio: conocer la historia de la evangelización en New Britain (ver mapa en pág. 19), y conocer también –aunque muy superficialmente– la cultura y las tradiciones de los tolai.

1- Historia de la evangelización en la isla de New Britain

Ya desde inicios del siglo XVI, sacerdotes católicos acompañaban a los navegantes españoles y portugueses que viajaban a la Melanesia. Sin embargo, eran únicamente capellanes de la tripulación, y no tenían ninguna intención de misionar estas tierras. Y a pesar de que existen testimonios que demuestran que hubiesen deseado establecer una misión, sin embargo este deseo no pudo llevarse a cabo sino hasta fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.

San Juan Pablo II nos enseña: «Desde la antigüedad, los pueblos de Oceanía se emocionaban ante la presencia divina en los tesoros de la naturaleza y de la cultura. Pero sólo con la llegada de misioneros extranjeros durante la última mitad del segundo milenio supieron los nativos de Jesucristo, el Verbo humanado. Quienes emigraron de Europa y de otras regiones del mundo llevaron consigo su fe. Para todos, el Evangelio de Jesucristo, recibido con fe y vivido en la *communio* de la Iglesia, realizaba, superándolas, las más profundas expectativas del corazón humano» (*Ecclesia in Oceania*, 1).

Fue recién en 1778 cuando misioneros católicos y protestantes pudieron crear una misión conjunta en Sidney, que servía de base para expediciones hacia tierras desconocidas. Desde Sidney se evangelizaban las islas más cercanas. Y una vez establecidos en éstas, se continuaba hacia las más lejanas.

Seis décadas más tarde, en 1844, la Santa Sede estableció los Vicariatos de Melanesia y Micronesia, confiándolos a la Sociedad de María, más conocidos como los Maristas. Ellos fueron los primeros misioneros católicos en asumir la responsabilidad de esta nueva tierra de evangelización. Tres años más tarde, en 1847, bajo el liderazgo del obispo Jean-Baptiste Epalle, llegaron al sur de lo que hoy en día son las Islas Salomón, y allí establecieron la misión principal desde la cual incursionaban hacia otras regiones. Eligieron la isla de Woodlark (actualmente Papúa Nueva Guinea) como base principal para la misión en el continente, y establecieron una segunda base en la isla de Rooke, en el sur de New Britain (ver mapa). Esta base se convertirá en el punto de partida para la evangelización en la tierra de Peter To Rot.

La misión no fue fácil, y los misioneros debieron superar una gran cantidad de obstáculos y dificultades. De los veinte misioneros que llegaron entre los años 1847 y 1850, dos obispos, cuatro sacerdotes y un hermano murieron a causa de enfermedades o de ataques de los nativos. Otros seis misioneros sufrieron violentos ataques y quedaron absolutamente incapacitados para continuar la misión. Por este motivo, en abril de 1850, a sólo tres años de haber comenzado la misión, el Superior General de los Maristas escribió una carta al entonces Prefecto de Propaganda Fidei (actual Congregación para la Evangelización de los

Pueblos) pidiéndole que los librara del peso de la misión, confiando esa responsabilidad a otra congregación misionera.

Dos años más tarde, en 1852, sacerdotes del Pontificio Instituto de las Misiones Extranjeras (PIME) reemplazaron a los Maristas en las islas de Woodlark y Rooke. Sin embargo, apenas tres años más tarde, en 1855, también ellos dejaron la misión sin previo aviso. Es famoso el caso del beato Giovanni Battista Mazzucconi, misionero en la isla de Woodlark. Cuando los misioneros del PIME decidieron dejar la misión, él se encontraba en Sidney recuperándose de una fuerte malaria. Desconociendo esta decisión de sus compañeros de misión, regresó a la isla, donde fue asesinado por los nativos con un golpe de hacha apenas su bote llegó a la costa en septiembre de ese mismo año.

Veinte años más tarde, en 1875, un grupo de misioneros metodistas llegaron a Port Hunter, un puerto comercial cercano a la isla de Duke of York, muy cercano a la península de Gazelle. Su trabajo fue muy exitoso, y en tan sólo dos años establecieron once misiones entre los tolai.

Seis años más tarde, en 1881, el padre René Lannuzel llegó también a la península de Gazelle y fue muy bien recibido por los nativos. Allí estableció una pequeña misión, que sería emblemática en la historia de Papúa Nueva Guinea. Poco tiempo después decidió viajar a Sidney para buscar ayuda económica, no sin antes haber bautizado a setenta y seis niños, que serían los primeros católicos de la isla de New Britain.

En septiembre de ese mismo año escribió una carta al Cardenal Simeoni, entonces Prefecto de Propaganda Fidei, en la cual dice:

Animado por la salvación de las almas, establecí la misión en la costa de New Britain, a 40 kilómetros de Port-Breton. New Britain es una isla donde reina la naturaleza y con una gran cantidad de habitantes, calculándose en 90.000. El rey me recibió con agrado, y pidió a su pueblo que me construyeran una casa temporal. Conoce un poco de inglés, así que pudimos comunicarnos con bastante facilidad. Además me regaló una gran cantidad de tierras, para que la misión pudiera establecerse.

(...) Durante mi estadía en la isla un gran número de indígenas se reunía alrededor mío para escuchar las enseñanzas de la verdadera religión. Después de quince días, entendieron que tienen un alma, que existe un sólo Dios, que hay un infierno para castigar a los malos y un paraíso para premiar a los buenos. Me preguntaban qué hacer para salvarse. Y después de seis semanas de instrucción, prácticamente todos ellos pidieron ser bautizados, diciendo que no querían separarse de mí ni en el cielo ni en la tierra. Comenzaron a enviarme también a sus hijos pequeños para que les enseñara, insistiéndome en bautizarlos. Y me permitieron hacer todo lo que yo considerara que sería útil para su salvación. (*Positio Super Martyrium, Summarium*, 68)

En esa misma época, el Papa León XIII le pidió al padre Jules Chevalier, fundador de los Misioneros del Sagrado Corazón (MSC), que enviara misioneros a New Britain y se hicieran responsables de los Vicariatos de Melania y Micronesia, que aún estaban vacantes.

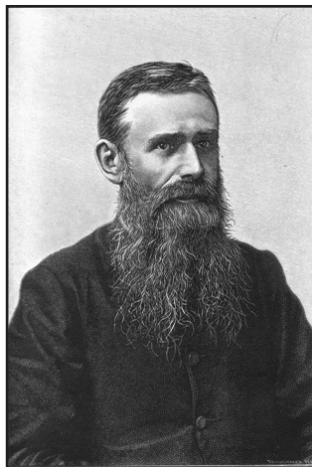
El 29 de septiembre de 1882, tres Misioneros del Sagrado Corazón llegaron a la zona, haciéndose cargo de la misión dejada por el padre Lannuzel durante su ausencia en Sidney. El padre Louis Navarre, MSC (1836-1912) era el superior del grupo, y su nombre quedará para siempre escrito en las páginas de la historia de Papúa Nueva Guinea. Pero tampoco esta vez la enorme generosidad y el entusiasmo de los misioneros fueron suficientes, ya que debieron enfrentar demasiadas dificultades también ellos: enfermedades, problemas con las tierras, restricciones en sus actividades, incendios provocados en sus capillas y centros de oración, y un gran etcétera de contrariedades. Sin embargo, a pesar de todo, el trabajo misionero avanzaba.

En 1887, a sólo cinco años de haber llegado a la isla, el padre Louis Navarre envió una carta al Prefecto de Propaganda Fidei en la cual le comunica las estadísticas de la evangelización en los Vicariatos de Melanesia y Micronesia. Estos son los números que mandó a Roma:

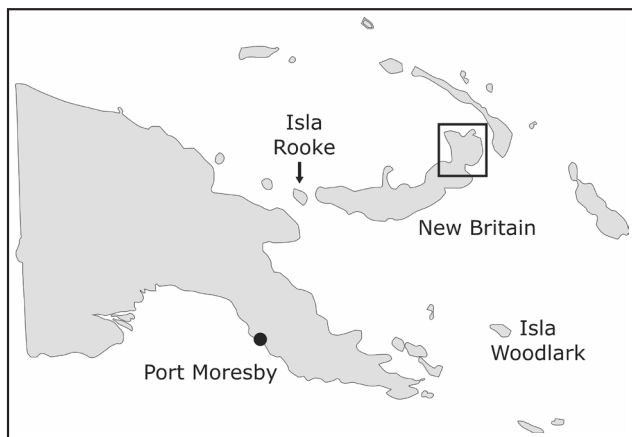
Setecientos católicos, de los cuales cien europeos y seiscientos nativos; aproximadamente un millón y medio de paganos; cuatro centros misionales; siete escuelas en las cuales educamos unos seiscientos niños; nueve sacerdotes, seis hermanas y un hermano. (*Positio...*, *Summ...*, 79)

En otras palabras, sólo dieciséis misioneros debían evangelizar a millones de paganos. Ese mismo año el padre Louis fue nombrado Vicario Apostólico y ordenado obispo, y Dios premió la generosidad y el esfuerzo de sus trabajadores con una cosecha realmente grande. A menos de cincuenta años de la carta escrita por el padre Louis –con

números poco alentadores—, a inicios de 1933, Peter To Rot comenzó su ministerio de catequista en su nativa aldea de Rakunai. En ese momento, Monseñor Leo Scharmarch, MSC, era el obispo y Superior Eclesiástico para la misión en New Britain. Y para ese entonces, los católicos dejaron de ser únicamente seiscientos y pasaron a ser noventa mil. Los cuatro centros misionales eran ahora seiscientos setenta. Los nueve sacerdotes se convirtieron en setenta. Las seis hermanas se multiplicaron y eran ciento sesenta (cien europeas y sesenta nativas). La misión también contaba con cuarenta hermanos, trescientas escuelas en las aldeas (donde asistían diecisiete mil niños), quinientos cincuenta catequistas, un seminario y diez seminaristas. De este modo el cristianismo floreció en New Britain, y fue en este ambiente donde el beato Peter To Rot nació, creció y se formó.



Arzobispo Louis Navarre, MSC (1836-1912)



2- El mensaje de los primeros misioneros

Es necesario dedicar al menos unas pocas palabras de reconocimiento para los santos y heroicos misioneros que, arriesgando sus vidas, dejaron absolutamente todo por amor a Cristo y a su Iglesia. Llevados por el amor a las almas vinieron a Papúa Nueva Guinea para enseñar las verdades eternas recibidas del mismo Dios y transmitidas por la Iglesia Católica. Con su entrega y ejemplo encarnaron aquella hermosa frase atribuida a san Juan Bosco, y que el santo tenía enmarcada en su habitación: *«Da mihi animas, coetera tolle»* («Dame almas, quita el resto»). Estos primeros misioneros fueron dignos discípulos de san Pablo, porque también ellos, con el ejemplo de sus vidas, demostraron que *«predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!»* (1 Cor 9,16) Ellos fueron los primeros que anunciaron el nombre de Jesús en este país, y los primeros que plantaron la semilla del Evangelio. Con ellos, entonces, los actuales misioneros en Papúa Nueva Guinea, nos encontramos en un gran deber de gratitud, y a ellos dirigimos nuestra más sincera admiración y nuestro profundo agradecimiento.

¿Pero qué fue lo que enseñaron los primeros misioneros a este pueblo de paganos que se encontraba sumergido en la más oscura ignorancia? El mensaje de estos misioneros no era nuevo. No buscaron innovar ni ser originales. Simplemente se limitaron a transmitir lo que habían recibido. Y toda su predicación puede resumirse en las mismísimas palabras que, mil novecientos años antes que ellos, el apóstol Pedro proclamó delante de Anás, Caifás, y los demás ancianos y escribas reunidos en Jerusalén: **«No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos»** (Hec 4,12). Estos primeros misioneros enseñaron a los nativos que Jesucristo *«es el Señor de todos»*, y que *«está constituido por Dios juez de vivos y muertos»* y por lo tanto *«todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados»* (Hec 10,36.42.43). Estas breves verdades fueron el punto de partida de todo el trabajo de evangelización. Y lo siguen siendo también ahora.

Los misioneros enseñaron a los nativos que sólo Jesucristo es la fuente de salvación eterna, y sólo Él es *«el camino, la verdad y la vida»* (Jn 14,6), y no comparte este privilegio con ningún otro. Los misioneros enseñaron que Nuestro Señor no es «un camino» entre otros, ni «una verdad» entre otras. Sino que él es el único camino y la única verdad en la cual encontramos la salvación. Y fieles a la Revelación y al Magisterio de la Iglesia, enseñaron a los nativos que Jesucristo es el único Mediador y Redentor de los hombres. Es sumamente edificante leer los pocos escritos que se han conservado de estos misioneros, porque en ellos brilla la convicción de que *«el que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará»* (Mc 16,16). Así lo afirmó siempre la Iglesia, y así continúa afirmándolo en nuestros tiempos:

Es también frecuente la tesis que niega la unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Jesucristo. Esta posición no tiene ningún fundamento bíblico. En efecto, debe ser firmemente creída, como dato perenne de la fe de la Iglesia, la proclamación de Jesucristo, Hijo de Dios, Señor y único salvador, que en su evento de encarnación, muerte y resurrección ha llevado a cumplimiento la historia de la salvación, que tiene en él su plenitud y su centro. (CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración Dominus Iesus*, 13)

Y el mismo documento agrega: «Debe ser, por lo tanto, *firmemente creída* como verdad de fe católica que la voluntad salvífica universal de Dios Uno y Trino es ofrecida y cumplida una vez para siempre en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios» (*Idem*, 14).

Es sumamente triste y lamentable ver cómo estas verdades encuentran hoy en día muchos oponentes, incluso en el seno mismo de la Iglesia. No es raro encontrar generosos misioneros que pretenden ser más misericordiosos que el mismo Jesús, y que predicán una salvación universal concedida de antemano a todos los hombres, independientemente del dios en el cual crean, la fe que profesen y la religión que sigan. Algunos católicos incluso consideran el trabajo misionero como algo inútil porque, de acuerdo con sus principios, una religión es tan buena como otra. Y algunos, incluso, hasta desearían que se acabaran las misiones, ya que insisten en que es erróneo «imponer» las ideas cristianas a culturas que, según ellos, deberían ser

«dejadas en paz» y libres de seguir sus propias creencias. La Iglesia, en cambio, piensa de manera diferente.

No es intención de este libro hacer una apología de la universalidad salvífica de Cristo o de las misiones. Tampoco pretendemos condenar eternamente a aquellos que no han conocido a Cristo. Por eso, para evitar malentendidos, es siempre útil recordar lo que enseña la Iglesia sobre estos puntos. La *Dominus Iesus* enseña:

Ante todo, debe ser firmemente creído que la **«Iglesia peregrinante es necesaria para la salvación**, pues Cristo es el único Mediador y el camino de salvación, presente a nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia». (...) **Para aquellos que no son formal y visiblemente miembros de la Iglesia, «la salvación de Cristo es accesible en virtud de la gracia** que, aun teniendo una misteriosa relación con la Iglesia, no les introduce formalmente en ella, sino que los ilumina de manera adecuada en su situación interior y ambiental. **Esta gracia proviene de Cristo**; es fruto de su sacrificio y es comunicada por el Espíritu Santo». Ella está relacionada con la Iglesia, la cual «procede de la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo», según el diseño de Dios Padre. (*Dominus Iesus*, 20)

Y explicando el sentido de la frase «Fuera de la Iglesia no hay salvación», el Catecismo de la Iglesia Católica agrega:

Esta afirmación no se refiere a los que, sin culpa suya, no conocen a Cristo y a su Iglesia: «Los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna». (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 847)

La Iglesia ha siempre enseñado —y los Papas de las últimas décadas lo han repetido en muchas oportunidades— que misionar pertenece a su misma esencia, y que por lo tanto, ella es misionera por naturaleza. Si así no fuera, estaría traicionando el deseo de su Divino Esposo, quien le mandó: «*Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación*» (Mc 16,15). Así lo enseña, por ejemplo, la Declaración *Dominus Iesus*:

La misión *ad gentes*, también en el diálogo interreligioso, «conserva íntegra, hoy como siempre, su fuerza y su necesidad». «En efecto, “*Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad*” (1 Tm 2,4). Dios quiere la salvación de todos por el conocimiento de la verdad. La salvación se encuentra en la verdad. Los que obedecen a la moción del Espíritu de verdad están ya en el camino de la salvación; pero la Iglesia, a quien esta verdad ha sido confiada, debe ir al encuentro de los que la buscan para ofrecérsela. **Porque cree en el designio universal de salvación, la Iglesia debe ser misionera**» (*Dominus Iesus*, 22).

Los primeros misioneros estaban convencidos de que su trabajo de evangelización no atentaba contra la cultura y las tradiciones de los nativos. De hecho, jamás el Evangelio podría atacar contra una cultura o dañarla. Al contrario, el Evangelio sana, transforma y purifica las culturas. Hablando sobre el trabajo de los misioneros en Oceanía, escribía Juan Pablo II:

El proceso de inculturación constituye la forma gradual mediante la cual el Evangelio se encarna en las diferentes culturas. (...) La inculturación nace del respeto tanto al Evangelio como a la cultura en la que aquel se ve anunciado y acogido. (...) **El Verbo encarnado no resulta ajeno a ninguna cultura, y ha de predicarse a todas las culturas.** (...) La Iglesia, en el esfuerzo de presentar a Jesucristo de manera eficaz a los pueblos de Oceanía, debe respetar toda cultura y jamás pedir a las personas que renuncien a ella. (...) El Evangelio no es contrario a una u otra cultura como si, entrando en contacto con ella, quisiera privarla de lo que le pertenece obligándola a asumir formas extrínsecas no conformes a la misma. Resulta vital que la Iglesia se inserte plenamente en la cultura y desde dentro lleve adelante el proceso de purificación y de transformación. (*Ecclesia in Oceania*, 16)

Esta sana convicción de los primeros misioneros los animó a predicar a Cristo a los nativos sin temor y sin rebajar las exigencias del Evangelio. Ellos sabían que Jesucristo no es ajeno a ninguna cultura,

y tampoco es extraño a ninguna situación o ambiente. Hablándole a los aborígenes de Australia, Juan Pablo II les dijo:

El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo habla todas las lenguas. Aprecia y abraza a todas las culturas. Las sostiene en todas las cosas humanas y si es necesario las purifica. El Evangelio exalta y enriquece siempre y en todas partes las culturas con el mensaje revelado por un Dios amoroso y misericordioso. (*Encuentro con los aborígenes*, 29 de noviembre de 1986)

La evangelización de los primeros misioneros fue convincente y fructífera porque enseñaron la verdad de Jesucristo y se animaron a desafiar aquellos elementos de la cultura que se oponían al Evangelio. Enseña Juan Pablo II:

Una inculturación auténtica del Evangelio posee un dúplice aspecto: por un lado, toda cultura propone valores y formas positivas que pueden enriquecer la manera de anunciar, concebir y vivir el Evangelio; por otro, el Evangelio desafía a las culturas y exige que algunos valores y formas cambien. Precisamente como el Hijo de Dios se hizo carne excepto en el pecado (cf. Hb 4, 15), así la fe cristiana acoge y fomenta todo aquello que es auténticamente humano y rechaza lo pecaminoso. El proceso de inculturación implica al Evangelio y a la cultura en «un diálogo que incluye la identificación de lo que es y de lo que no es de Cristo».

Toda cultura necesita verse purificada y transformada por los valores revelados en el misterio pascual. (...) Transformadas por el Espíritu de Cristo, dichas culturas alcanzan esa plenitud de vida por la que sus más hondos valores siempre anhelaron y a la que sus pueblos siempre aspiraron. **En realidad, sin Cristo ninguna cultura humana puede llegar a ser lo que realmente es.** (*Ecclesia...*, 16)

Hace apenas diez años el Papa Benedicto XVI les pidió a los obispos de Papúa Nueva Guinea que continuaran enseñando «las verdades eternas del Evangelio», sin afán de innovación u originalidad. El Evangelio no ha cambiado con el tiempo, y por lo tanto las verdades que deben transmitirse tampoco deben hacerlo. Así les habló durante la visita *Ad Limina*:

Aun reconociendo las respectivas contribuciones de cada cultura y a veces aprovechando sus recursos al cumplir su misión, la Iglesia ha sido enviada a predicar el Evangelio a todas las naciones, trascendiendo los confines construidos por el hombre. En la obra de evangelización, por consiguiente, queridos hermanos en el episcopado, **seguid aplicando las verdades eternas del Evangelio a las costumbres de las personas a las que servís**, con el fin de construir sobre los elementos positivos ya presentes y purificar otros cuando sea necesario. De este modo desempeñáis vuestro papel en la misión de la Iglesia de llevar a personas de toda nación, raza y lengua a Jesucristo el Salvador, en el que encontramos

reveladas la plenitud y la verdad de la humanidad. (*Discurso*, 9 de junio de 2012).

Inculturar el Evangelio, entonces, no significa disminuir el mensaje del Evangelio o las exigencias de la fe, sino continuar «aplicando las verdades eternas del Evangelio a las costumbres de las personas». El Evangelio no necesita disminuir para adaptarse a la cultura, sino que debe desafiarla y exigir «que algunos valores y formas cambien». Y fue esto lo que hicieron los primeros misioneros, de quienes nos sentimos deudores y a quienes estamos profundamente agradecidos.

Antes de terminar este capítulo, puede ser útil leer un párrafo brillante del entonces Cardenal Ratzinger, en el cual nos enseña en qué consiste y en qué no consiste el trabajo de inculturación:

Llegados a este punto, parece lógico hacer una breve observación con respecto al tema de la liturgia y la inculturación que, por supuesto, no puede abordarse aquí en su amplitud y profundidad, pero que tampoco puede pasarse completamente por alto. Hoy, la liturgia aparece por doquier como el campo de pruebas para los ejercicios de inculturación. **Cuando se habla de inculturación se piensa, casi exclusivamente, en la liturgia, que debe sufrir tristes deformaciones**, de las que se quejan los que las han llevado a cabo, cuando son ellos la causa de que esto suceda. Una inculturación que se reduzca, de hecho, tan sólo a un cambio en las formas externas, no puede considerarse inculturación, sino más bien una interpretación

equivocada. Además, tal forma de proceder ofende, con frecuencia, a las comunidades culturales y religiosas de las que se toman prestadas esas formas litúrgicas, de una manera superficial y exterior. **El modo primordial y fundamental de inculturación es el desarrollo de una cultura cristiana en sus diversas dimensiones:** una cultura de la comunión, de la asistencia social, del respeto a los débiles, de la superación de las diferencias de clase, de la atención a los que sufren y a los moribundos; una cultura que ofrezca, de manera equilibrada, la formación de la razón y del corazón; una cultura política y una cultura jurídica; una cultura del diálogo, del respeto a la vida, etc. Esta verdadera inculturación del cristianismo origina, por su parte, una cultura en el sentido estricto del término, (...) La cultura es –en esto los griegos tenían razón–, antes que nada, educación. (*El espíritu de la liturgia*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2001, 225-226)

De acuerdo con el texto del entonces Cardenal Ratzinger, únicamente podemos llevar a cabo un verdadero trabajo de inculturación cuando nos dedicamos con generosidad a transmitir el mensaje y la misericordia de Jesús. Sólo podremos verdaderamente inculturar el Evangelio cuando el mensaje de Cristo llegue en toda su plenitud a aquellas personas a las cuales estamos misionando. Y esto fue lo que hicieron los primeros misioneros, y gracias a ellos Papúa Nueva Guinea es hoy en día una nación cristiana.



Monseñor Louis Couppé, MSC
(1850-1926)



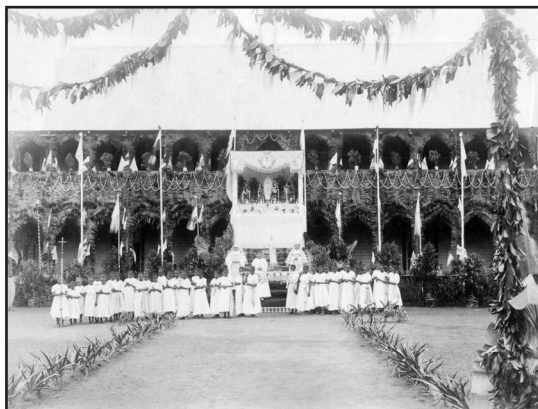
Monseñor Leo Scharmach, MSC
(1896-1964)



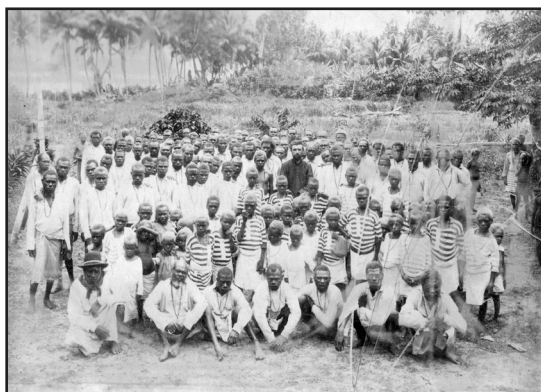
Misioneros del Sagrado Corazón en New Britain, inicios de 1900



Monseñor Louis
Couppé, MSC
junto a niños y niñas
de una escuela de la
misión en Vunapope,
sede de lo que en el
futuro sería la
Arquidiócesis de
Rabaul.

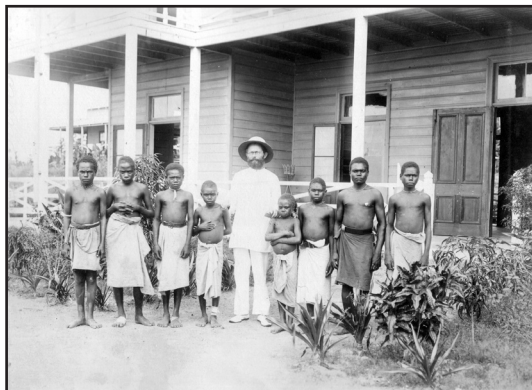


Primeras Comuniones
en Vunapope
(año 1920 c.)



Sacerdote misionero
con los alumnos de
una escuela de la
misión (año 1920 c.)

Misionero del Sagrado
Corazón con algunos
niños tolai (año 1904)



Vulavolo, una de las
estaciones misioneras
de los MSC en New
Britain (año 1904)

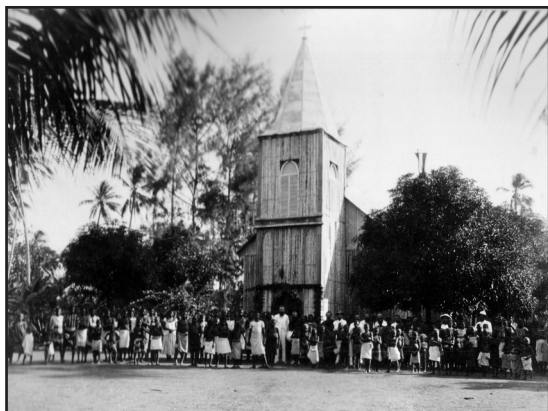
To Arikailu,
uno de los tantos
catequistas de la zona,
junto a su familia
(año 1904)





Hermanas Misioneras
del Sagrado Corazón
(año 1904 c.)

Sacerdote Misionero
del Sagrado Corazón
en New Britain
(año 1904 c.)



Iglesia de Matupi,
estación misionera
(año 1907)



Sacerdotes, hermanos y hermanas Misioneros del Sagrado Corazón,
evangelizadores de New Britain (año 1907 c.)





Iglesia Catedral de Rabaul,
destruida durante los bombardeos de 1944



3- La cultura tolai

Peter To Rot era «tolai», y estaba orgulloso de serlo. Este término se usa aún hoy en día para indicar a la población que vive en la península de Gazelle, en la isla de New Britain. Reciben este nombre porque utilizaban las palabras «to» y «lai» para darle la bienvenida a cualquier persona cuya visita era esperada. Y fueron los extranjeros quienes, sin saber muy bien cómo referirse a ellos, comenzaron a llamarlos «los tolai». Y así se los conoce hasta el día de hoy. Y la tierra en la cual habitan es, probablemente, la más rica y fértil de todo el país.

Según escritos de los primeros navegantes europeos que llegaron a la isla, los tolai eran gente muy violenta y el canibalismo era una práctica normal entre ellos. Estos navegantes no nos cuentan si el canibalismo se debía a alguna práctica religiosa o si se trataba de una forma de venganza hacia los enemigos. De hecho, el nombre de la aldea de la primera misión en estas tierras se llama Tavuvutavur, y el «tavur» es una gran caracola marina que se utilizaba para llamar a la gente de la aldea para la distribución de carne humana. Aún hoy en día muchas aldeas de esta zona tienen la palabra «tavur» al final del

nombre, lo cual demuestra que esta práctica estaba realmente extendida por toda la zona.

Respecto a la religión, los tolai eran animistas, y creían que la vida de la gente y los demás acontecimientos de la naturaleza estaban gobernados por espíritus. Estos espíritus están divididos en tres grandes grupos: los espíritus que gobiernan el cielo, los que gobiernan la tierra, y los espíritus de las personas difuntas. Todos ellos pueden ser «manipulados» a través de magia, brujerías o rituales. Y ya que la ética y la religión van siempre de la mano, la ética tolai estaba lejos de ser cristiana.

La ética tolai se basa en el principio «ojo por ojo, diente por diente», que observan de modo casi ciego a la hora de devolver el daño recibido. No sienten repulsión por crímenes como el homicidio o los grandes hurtos. Sin embargo estos crímenes deben ser vengados por los familiares de la víctima, y como consecuencia se convierte en una sucesión interminable de venganzas entre grupos y familias. (*Positio...*, 8)

Respecto a la educación, los niños tolai eran educados por tíos maternos. Desde pequeños eran separados de sus familias, y enviados para que algún hermano de la madre los cuidara y educara. Era obligación de los tíos maternos enseñarles a los niños todo lo relativo a la vida en la aldea y a la vida adulta, con especial atención a todo lo referido al futuro matrimonio y la familia. A los niños se les enseñaban las reglas básicas del trabajo en la tierra y a ser hábiles a la hora de

cazar y pescar. No les interesaba –y por lo tanto nadie sabía– aprender a leer y a escribir, y las matemáticas se reducían a sumar y restar con un sistema llamado «kurene». Se trata de un sistema similar al ábaco, aunque era realmente gigante, ya que estaba realizado con cocos. Respecto al arte, los tolai no trabajaban la madera como otras tribus de Papúa Nueva Guinea, sino que se limitaban a reproducir patrones de figuras geométricas con las cuales adornaban los edificios más importantes de las aldeas. Respecto a sus vestidos, sencillamente no utilizaban. Y así vivieron durante muchos siglos, sin recibir ningún tipo de influencia de otras regiones y sin saber qué ocurría en el mundo más allá de las costas de New Britain.

Un resumen completo y breve de las creencias y prácticas los tolai se encuentra en la carta dirigida por el Postulador de la Causa de Peter To Rot al Santo Padre. Allí escribe: «En la última década del siglo XIX, los tolai de New Britain experimentaron la gracia de una conversión masiva a la fe católica. Los tolai rechazaron tradiciones milenarias como la adoración al diablo, otras supersticiones paganas y el brutal canibalismo» (*Positio...*, 1). Así vivieron los tolai durante siglos: adorando al diablo, practicando magias y brujerías, y, literalmente, comiéndose unos a otros.

Todo este panorama nos ayuda a comprender por qué los primeros misioneros no lograban permanecer durante mucho tiempo en medio a los tolai. Pocas páginas atrás hemos leído algunas de las dificultades que tuvieron que enfrentar los misioneros, y que llevaron a que tanto los Maristas como los misioneros del PIME decidieran abandonar la evangelización en estas tierras. Y no se trataba de falta de entusiasmo o generosidad por parte de los misioneros. Sería una gran mentira e

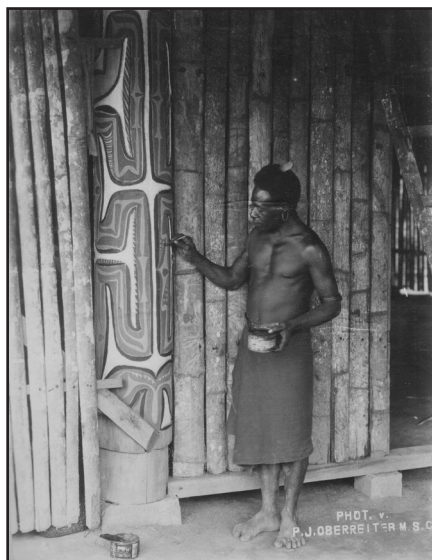
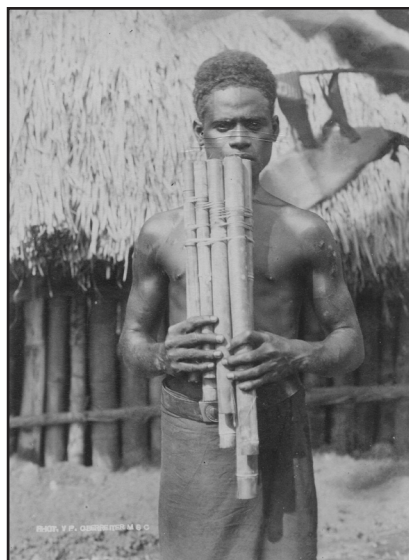
injusticia afirmar algo así. Simplemente se trataba de una cuestión de supervivencia porque, como sabemos, el homicidio y el canibalismo eran práctica corriente entre los tolai. Recordemos, por ejemplo, que de los veinte misioneros Maristas que llegaron entre los años 1847 y 1850, dos obispos, cuatro sacerdotes y un hermano murieron a causa de enfermedades y de ataques de los nativos, y otros seis misioneros sufrieron violentos ataques y quedaron absolutamente incapacitados para continuar la misión. Y todo esto en sólo tres años.

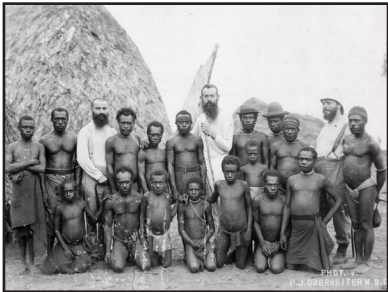
Sin embargo, a pesar de las enormes dificultades, los misioneros no se rindieron. Con mucho sacrificio y no pocas cruces, lograron que el mensaje de Cristo comenzara a penetrar en las almas de los tolai. Con el tiempo comenzaron a disminuir las prácticas de adoración al diablo, el canibalismo, las luchas entre tribus, y la venganza desproporcionada. De este modo, el cristianismo realmente desafió la antigua religión tolai que se basaba en el miedo y la venganza. Y los misioneros no dejaban de asombrarse de que esto sucediera.

Este, entonces, era el ambiente y la cultura del beato Peter To Rot.



New Britain, año 1910 c.





Segunda parte

Vida del beato Peter To Rot

Antes de comenzar a leer la vida de Peter To Rot, es necesario agradecer el gran trabajo realizado por el padre Carl Laufer, MSC. El padre Laufer –cuyo nombre aparecerá muchas veces en este libro– fue el párroco de Rakunai, aldea del beato Peter To Rot, desde 1930 hasta 1949. Era amigo y confidente de To Rot y su familia, y fue él quien le aconsejó y animó a ser catequista. Peter To Rot recibió diariamente la comunión durante muchos años de manos del padre Laufer, y era él quien confesaba y aconsejaba al futuro beato. Nadie conocía a Peter To Rot mejor que el padre Laufer. A él le debemos no sólo la primera biografía de Peter To Rot, sino también otros documentos que son, sin lugar a dudas, los más importantes para acercarnos a la figura del beato. Estos documentos son:

1) *A Catechist Becomes a Martyr* (Vunapope, 1946). Este escrito es el primer informe del asesinato de Peter To Rot. Fue escrito pocos meses después del martirio del catequista, y presentado al Tribunal de Crímenes de Guerra de las Fuerzas Aliadas de Rabaul. El original fue escrito en inglés.

2) *Too Much Christo* (Boon, 1950). Se trata de un artículo escrito para la revista alemana *Misiones Católicas*, y relata la historia de la ejecución de Peter To Rot. Si bien el original fue escrito en alemán, sin embargo una copia en inglés fue adjuntada a la *Positio Super Martyrium*.

3) *Rakunai Mission Station* (Vunapope, 1952). Este documento relata la vida diaria y las actividades que se llevaban a cabo en la parroquia de Rakunai, lugar del nacimiento y ministerio del catequista mártir. Fue escrito por pedido del entonces Vicario Apostólico de Rabaul, Leo Scharmach, MSC, durante la investigación canónica preliminar a la Causa de Beatificación.

Estos escritos se encuentran disponibles en inglés y pueden ser consultados en el sitio web que recopila escritos, fotos y videos sobre Peter To Rot: www.lci-goroka.com/blessed-peter-to-rot

Como fuentes para escribir este libro, además de los tres documentos del padre Laufer, se han consultado otros de suma importancia:

1) *Positio Super Martyrium* (Roma, 1990). Escrito por el padre Yvon Beauddin, OMF, Relator de la Causa de Beatificación, junto al padre Lucio De Stefano, MSC, Postulador de la Causa. Se trata de la investigación e informe enviados en el año 1990 a la Congregación para la Causa de los Santos. Es un material precioso e invaluable, ya que, entre otras cosas, cuenta con el testimonio de veintiséis testigos oculares de la vida y martirio de Peter To Rot.

2) *Relatio et Vota Congressus Peculiaris Super Martyrio* (Roma, 1992). Este documento, escrito en latín, inglés e italiano, recoge el parecer de los distintos Consultores de la Congregación para la Causa de los Santos a quienes les fue presentada la *Positio*.

3) *This Crowd Beats us All* (Sydney, 1957). Escrito por el entonces Vicario Apostólico de Rabaul, Leo Scharmach, MSC, relata en primera persona la vida de los misioneros y los católicos de la diócesis de Rabaul durante la Segunda Guerra Mundial, y los años de prisión en el campo de encarcelamiento japonés. Si bien este libro dedica pocas páginas a To Rot, sin embargo nos da un panorama del ambiente que se vivía en esa zona durante el período en el cual el catequista llevó a cabo su ministerio.

4) Por último, hay que tener en cuenta que muchos familiares de Peter To Rot aún siguen vivos. De hecho, el actual Arzobispo de Rabaul es sobrino nieto del beato. Su propio abuelo fue quien, aparentemente, traicionó al catequista y lo denunció a las autoridades japonesas. Aún hay personas en Rabaul que recibieron el bautismo de manos de Peter To Rot, y si bien eran muy pequeñas y no recuerdan al catequista mártir, sin embargo han escuchado muchas historias acerca de él que no se encuentran escritas en los documentos anteriores. No hay que olvidarse que la cultura tolai es pura y exclusivamente oral. Hasta el día de hoy, aún sabiendo leer y escribir, ningún tolai escribe memorias o recuerdos, por más importantes que puedan ser. Sin embargo, pueden pasar largas horas alrededor de un fuego contando historias. Este libro, entonces, también recoge el testimonio de estos familiares y demás personas que han escuchado a sus padres y abuelos contar la vida de Peter To Rot.



Padre Carl Laufer, MSC.
Párroco de Rakunai, aldea del beato Peter To Rot,
desde 1930 hasta 1949.
Amigo y confidente del catequista mártir.

1- Nacimiento

Rakunai, la aldea en la cual nació y vivió Peter To Rot, se encuentra a unos once kilómetros de Rabaul, la ciudad más grande e importante de la isla de New Britain. En lengua tolai, «ra kunai» significa «campo de césped», y la aldea —que aún existe y puede visitarse— recibe este nombre porque se encuentra en una región sumamente fértil. Ubicada a pocos kilómetros del mar y sobre una de las rutas más importantes, en tiempos de Peter To Rot la gente no debía preocuparse demasiado por la subsistencia: la tierra les daba toda clase de frutas y vegetales, el mar era una fuente inagotable de pescado, y la selva les proporcionaba otros tipos de animales.

Cuando en 1902 el padre Joseph Meier, MSC, se hizo cargo de la misión de Rakunai, encontró que el libro del censo indicaba que en Rakunai había entre cuatrocientos y quinientos católicos, de los cuales sólo 80 asistían regularmente a la iglesia. Después de un año de duro trabajo, la situación comenzó a mejorar:

Cientos de niños comenzaron a atender las actividades de la iglesia, y alrededor de cien de ellos se inscribieron en la

escuela de la misión. [El padre Meier] Comenzó a organizar el trabajo de los catequistas y a distribuirlos en dos áreas. Un hermano lo ayudaba con la escuela. Con la ayuda del líder de la aldea, en abril de 1904 pudo completar la construcción de una gran iglesia. De todos modos, los nativos permanecían bastante indiferentes y sin ganas de colaborar. En una ocasión, mientras predicaba acerca de la mala práctica de las sociedades secretas [magia y brujerías], algunos hombres que estaban en la iglesia saltaron por las ventanas, corrieron hacia la selva y desaparecieron, porque no querían ser parte de lo que se estaba diciendo. (*Rakunai Mission Station*, 8)

Peter To Rot nació, hasta donde sabemos, en el año 1912. Y la frase «hasta donde sabemos» exige alguna explicación. Como dijimos anteriormente, la cultura tolai es exclusivamente oral, por lo cual no existen registros de nacimientos ni de ningún otro tipo. Los únicos que llevaban a cabo este trabajo eran los misioneros, y los nombres de todas las personas de las aldeas se encontraban en los registros de bautismo, confirmación, matrimonio y defunción. Lamentablemente, todos los registros de la parroquia de Rakunai fueron confiscados por el ejército japonés durante la guerra, y nunca más se han recuperado. Incluso los duplicados, que se encontraban en la casa del obispo, también desaparecieron durante los ataques aéreos, cuando el obispado, la catedral y el «cuartel general» de la misión católica fueron reducidos a escombros y cenizas. Por este motivo, es sencillamente imposible conocer con exactitud en qué día y año nació Peter To Rot.

Si bien no existe ningún documento que asegure que 1912 es el año de nacimiento de Peter To Rot, sin embargo esta fecha es la más probable. La *Positio* recoge el testimonio de familiares y compañeros de colegio de Peter To Rot que nos llevan a concluir que ese fue el año de su nacimiento. Por ejemplo, personas nacidas en 1910 dijeron que To Rot era más chico que ellos, personas nacidas en 1912 dijeron que eran compañeros de curso en la escuela, y personas nacidas en 1914 dijeron que To Rot era más grande que ellos. Es todo lo que sabemos. Y respecto al día o mes de su nacimiento, no sabemos absolutamente nada. Hoy en día circulan artículos y estampitas de Peter To Rot que indican con precisión el día 5 de marzo de 1912 como fecha de nacimiento, pero lo cierto es que esta fecha no se encuentra registrada en ningún documento.



Beato Peter To Rot, segundo de izquierda a derecha

2- Familia

El padre de Peter To Rot se llama Angelo To Puia, y era uno de los líderes o «jefes de clan» de Rakunai. La madre se llama Maria Ia Tumul, y los testimonios recogidos en la *Positio* la recuerdan como una mujer amable, paciente y dedicada a su familia. Al ser la esposa de un líder, también ella gozaba del prestigio y respeto de los habitantes de la aldea. Peter To Rot era el tercero de seis hijos. El orden de los hermanos es el siguiente: Theresia Ia Varpilak, Joseph Tatamai (abuelo del actual Arzobispo de Rabaul), Peter To Rot, Gabriel Telo, Ia Mama y To Metek. Lamentablemente, los dos últimos murieron siendo aún muy pequeños.

Angelo To Puia, el padre de la familia, también merece algunas palabras de reconocimiento en este libro. Si no fuera por la buena educación que les dio a sus hijos, muy probablemente hoy en día no estaríamos hablando del beato Peter To Rot. La fe y la caridad de este hombre eran conocidas por todos en la aldea, y su hijo To Rot fue un reflejo de este gran padre.

El padre Laufer, párroco y amigo de la familia de Peter To Rot desde 1930 hasta 1949, recuerda a Angelo de este modo:

En enero de 1930 comencé mi trabajo en la misión de Rakunai. Fue aquí donde conocí a la familia de uno de los jefes, Angelo To Puia. To Puia era un hombre excelente, sin lugar a dudas la personalidad más influyente en la diócesis. Los nativos lo consideraban un padre y protector. Cuando comenzó la misión en esta aldea, en el año 1901, fue él quien, siendo aún un joven y fuerte muchacho, se ofreció personalmente al primer sacerdote para ayudarlo en lo que hiciera falta. Y esto lo cumplió al pie de la letra, ya que permaneció junto al sacerdote durante las dificultades que suelen acompañar todos los inicios. Y también a mí me demostró esa misma lealtad hasta su muerte, en 1938. Su esposa, la Tumul, era una pequeña mujer reservada y adorable. Cuando la familia me visitó por primera vez, fue ella quien me presentó a sus hijos Tatamai, la Varpilak, Peter To Rot y Telo, el más pequeño. (*Too Much Christo*, 2)

Sabemos que To Puia recibió el sacramento del bautismo en 1898, y fue uno de los primeros nativos de esa zona en recibir el sacramento. El padre Laufer agrega: «En 1898 tuvo lugar una enorme y espectacular ceremonia de bautismo en Malangunan. Los primeros adultos de Rakunai fueron acogidos dentro de la Iglesia y recibieron el sacramento del bautismo. Uno de ellos fue To Puia, el padre de To Rot» (*Rakunai...*, 7). To Puia aún era líder de Rakuai cuando en 1930 Peter To Rot dejó el hogar para convertirse en catequista, y fue considerado líder durante cuarenta años, hasta su muerte.

La *Positio* recoge testimonios que aseguran que To Puia era un buen padre y un excelente católico. A pesar de pertenecer a la primera generación de católicos de la aldea, su fe y caridad no vacilaban mirando hacia atrás con nostalgia a las prácticas y tradiciones paganas de los antepasados. Al contrario. La suya era un fe que se traducía en acciones concretas, y todos los testimonios lo recuerdan como un hombre que se preocupaba por aliviar las necesidades de los más pobres y los huérfanos, a quienes llevaba a vivir a su propia casa. Los demás líderes de Rakunai y de las aldeas vecinas siempre buscaban sus consejos, y lo consultaban cuando se encontraban con grandes dificultades. Estaba feliz de la amistad que entablaba con los misioneros europeos, a quienes siempre invitaba a conocer la aldea y su familia. De hecho, fue To Puia quien donó las tierras para que los misioneros pudieran construir la gran iglesia de Rakunai, la escuela de la misión y la casa de los misioneros.

Angelo To Puia era un verdadero líder para su pueblo, y por este motivo la gente de Rakunai seguía su ejemplo y sus órdenes. Y fue de este modo que pudo guiar a la gente de su aldea hacia la verdadera fe. Durante sus cuarenta años como líder de la aldea trabajó siempre junto a los misioneros, y ayudó de modo ejemplar al crecimiento de la misión.

Un testimonio importante para confirmar lo que acabamos de decir es el de su propia hija, Theresia Ia Varpilak, que, hablando de su hermano y su familia, dijo: «Mi padre era uno de los líderes del clan. Siempre se ocupó muy bien de sus hijos, y le preocupaba nuestra educación, los consejos que recibíamos y nuestro bienestar general. Nuestra familia era conocida como una familia verdaderamente católica, y nuestros padres nos educaron de acuerdo a esa fe».

Otro testimonio que recoge la *Positio* es de Johannes To Varto, compañero de escuela y amigo de toda la vida de Peter To Rot: «To Puia era una de las personas más importantes e influyentes de toda la aldea. En nuestro idioma local lo llamábamos “patuana” o “lului”, es decir, el jefe o líder local. Cuando nació su hijo To Rot, no sólo era uno de los líderes de la aldea, sino también una especie de alcalde. Lo conocí muy bien. Y la madre de To Rot era una mujer tranquila, amable, dedicada a la educación y al bienestar general de sus hijos. Eran realmente una buena familia católica».

También Anton Tata, sucesor de To Puia como líder o jefe de Rakunai, afirmó: «To Rot era el hijo del jefe. Su padre era To Puia. To Puia fue jefe durante muchos años en Navunaram y era el líder religioso de Rakunai».

Entre todos los testimonios que hablan sobre la virtud y religiosidad de Angelo To Puia, es importante mencionar el del padre Joseph Theler, MSC, párroco de Rakunai desde 1949 hasta 1984. Durante sus años como párroco se dedicó, entre otras cosas, a recopilar información acerca de Peter To Rot y su familia, y él mismo declara: «Angelo To Puia era un líder rico y de carácter amable. Sin lugar a dudas, era la persona más respetada por todos en las zonas de Navunaram y Rakunai. Era considerado el protector de los indígenas».

To Puia murió poco antes de diciembre de 1938. De hecho, el primer hijo de Peter To Rot nació el 5 de diciembre de 1939, y el beato lo llamó To Puia, en memoria de su abuelo.

Recuerda el padre Laufer:

La esposa y los hijos de un jefe gozan de una posición de honor entre la gente mientras el jefe vive, pero raramente después de la muerte del jefe. Y esto es lo sorprendente en el caso de To Rot. Cuando To Rot comenzó con su ministerio, la autoridad de su padre lo sostenía. Pero el hecho de que To Rot haya continuado teniendo una autoridad tan grande después de la muerte de su padre, sólo puede explicarse como una consecuencia de su gran fuerza de carácter. Él no heredó la posición ni las posesiones de su padre, y ninguno de sus hermanos o hermanas tenía demasiada influencia como para mejorar su situación. Esta es una breve reseña de la familia de To Rot y su ambiente en lo que respecta a la posición de su padre, de su esposa e hijos. (*Rakunai...*, 5)

Es necesario recordar que Angelo To Puia y Maria Ia Tumul fueron de los primeros adultos de Rakunai en ser bautizados. Esto fue de vital importancia para To Puia y su familia, así como para el resto de la gente de las aldeas vecinas. El hecho de que un líder recibiera el bautismo y se convirtiera en un ferviente católico, tuvo grandes y buenas consecuencias en la vida de esas aldeas. De algún modo, el bautismo de los padres de To Rot y de otros adultos de Rakunai fue el punto de partida para que el número de metodistas comenzara a descender y, al mismo tiempo, comenzaran a abandonarse ciertas sospechas y calumnias hacia los misioneros católicos y las actividades que realizaban. La fe y la caridad de To Puia fueron el camino que la Providencia eligió para lograr que poco a poco Rakunai se convirtiese

en una aldea católica. Y fue To Puia el gran defensor no sólo de los nativos, sino también de los misioneros. Gracias a él, Rakunai se convirtió en una misión grande y floreciente que, además de contar con una de las iglesias más grandes y lindas de toda la diócesis, tenía también una escuela y un centro misional muy dignos, que en ese entonces eran lujos que no todos los misioneros podían permitirse.

Sin lugar a dudas, como dijimos al inicio de esta segunda parte del libro, el testimonio más importante es el del padre Laufer, MSC, párroco de Rakunai durante casi veinte años. Fue no sólo párroco, sino también amigo y confidente de To Puia y su hijo To Rot, y escribió:

Me han pedido que escribiera acerca de mis casi veinte años de trabajo misionero en Rakunai. Fue durante ese tiempo que conocí a To Rot. Mis primeros dos años como misionero en Rakunai fueron muy difíciles. Me llevó bastante tiempo lograr entender ciertas actitudes y comportamientos de la gente. (...) Los nativos vieron que yo me interesaba realmente por su modo de vivir, sus tradiciones y sus necesidades. Vieron también que yo podía discutir asuntos que sólo les preocupaban a ellos. Al mismo tiempo, traté de no comprometer nuestra visión cristiana de la vida de ninguna manera. Pero aun así, siempre prestaba atención y escuchaba a los que tenían otros puntos de vista y modos de pensar. Y con mucha frecuencia pedía el consejo del jefe To Puia y los demás ancianos de la aldea. Les pedía consejos sobre los distintos trabajos y proyectos

que pretendía emprender, así también como sobre los mejores modos para llevarlos a cabo. Después de muchos intentos fallidos, pudimos persuadir a la gente, primero de las áreas locales y luego de más lejos, para que vinieran a la estación [misionera] los domingos por la noche. (...) Durante 1930, siete mil personas recibieron la Sagrada Comunión, y el número aumentó a treinta y dos mil en 1939. La escuela floreció. Se regularizaron muchos matrimonios irregulares. La tasa de natalidad aumentó. El calendario de la iglesia se llenó de días de celebración. La parroquia creció en tamaño. Rakunai una vez más tuvo un nombre respetado en los círculos misioneros.

To Puia y su hijo To Rot tuvieron una parte activa en todos estos acontecimientos. Hablaba con ellos durante muchas noches sobre mis planes y mis preocupaciones. To Rot exhibía una comprensión y determinación como nunca antes había encontrado en un nativo. To Rot se convirtió en una parte necesaria de mi vida, y en las noches en que no venía a mí, me sentía muy deprimido. Y esto no es exagerar. Un misionero que trabaja, día tras día, pensando tanto en los intereses de los indígenas, siente la necesidad de hablar de las cosas con alguien que comparte intereses similares, con la mayor frecuencia posible. Así es como podía hablar con To Rot, sin encontrar ninguna barrera entre nosotros. (*Rakunai...*, 10)

3- Bautismo

Respecto al nombre dado a Peter To Rot por sus padres, es necesario saber que los apellidos no se transmiten de padres a hijos entre los tolai, como se acostumbra en nuestras culturas. Y lo mismo sucede aún hoy en día en prácticamente todas las regiones de Papúa Nueva Guinea. De tal modo que un hijo puede tener un apellido absolutamente distinto al de su padre, su madre y todos sus hermanos. Y esto es causa de no pocos dolores de cabeza para los misioneros a la hora de tener que buscar certificados en los registros de sacramentos. Es tradición entre los tolai que los hermanos varones de la madre elijan el nombre de los sobrinos o sobrinas. El prefijo «To» que encontramos al inicio de la mayoría de los nombres de hombres significa «niño», mientras que el prefijo «Ia» que encontramos en los nombres de mujeres significa «niña».

Lamentablemente todos los registros de bautismo de la estación misionera de Rakunai se perdieron o fueron destruidos durante la guerra. Por este motivo es imposible saber con certeza la fecha en la cual To Rot recibió el sacramento del bautismo. Sin embargo, sabemos por el padre Laufer que To Rot fue bautizado poco después de su

nacimiento por manos del padre Emil Jakobi. Así atestigua el padre Laufer: «En 1909 el padre Joseph Meier fue sustituido en la estación de Rakunai por el padre Emil Jakobi. Al igual que sus predecesores, también él encontró en el jefe To Puia una persona siempre dispuesta a ayudar. Fue el padre Emil quién bautizó a su tercer hijo, Peter To Rot, en 1912» (*Rakunai...*, 9).

Llegados a este punto, es útil detenerse un poco a considerar algo muy importante. Peter To Rot perteneció a la segunda generación de católicos, porque sus padres fueron los primeros adultos en ser bautizados. Esto es importante, porque es necesario recordar que To Rot no procedía de una larga tradición católica. Y esto, de algún modo, hace que todas sus acciones sean más meritorias todavía, ya que debía ser un santo en un ambiente que sólo pocos años antes había abandonado el paganismo, la adoración al diablo y todo tipo de magias y supersticiones. De todos modos, como hemos dicho antes, To Rot fue bendecido con un padre y una madre ejemplares, y eso le permitió crecer en un ambiente sano y verdaderamente católico. Su familia siempre estuvo estrechamente relacionada con el origen y la continuidad espiritual y material de la estación misionera en su propia aldea.

4- Infancia

Como hemos dicho anteriormente, Peter To Rot es fruto de la educación cristiana recibida de sus padres. Fue de ellos de quienes recibió educación no sólo respecto a las cosas naturales de la vida, sino sobre todo respecto a la fe. Fue en el hogar donde Peter To Rot aprendió las lecciones más importantes de su vida, y la educación dentro del hogar era tarea del padre.

Al leer los testimonios de los familiares, amigos y conocidos de Peter To Rot que se encuentran en la *Positio*, llama la atención la cantidad de relatos que resaltan, entre otras virtudes, la obediencia de To Rot a sus padres. Su hermana, Ia Varpilak, dice: «Peter To Rot vivió durante su infancia en Rakunai. Esos años estuvieron marcados por la obediencia a sus padres. To Rot era de naturaleza amable y pacífica». Su hermano Tatamai afirma lo mismo: «Cuando era niño, To Rot siempre obedeció a su padre y a su madre. Trabajaba junto a ellos, y nunca se negaba a hacer nada de lo que le pidieran, ya fuera que le pidieran cocinar o cualquier otra tarea». Un primo de To Rot, Gabriel To Uratun, también dice: «To Rot era el hijo preferido de su padre, porque era siempre obediente y hacía cualquier cosa que le pidiera. To

Rot quería mucho a sus padres y siempre los ayudaba con su trabajo». Anton Tata, sucesor de To Puia como jefe y líder de Rakunai, también declara: «To Rot era el favorito de su padre. Si alguna vez le fallaba en algo a su padre, enseguida aceptaba la corrección, aprendía la lección y no volvía a cometer el mismo error».

El padre Theler, párroco de Rakunai desde 1949 hasta 1984, escribe:

Había algo muy especial en To Rot, incluso en su temprana juventud. Aún hoy la gente siempre destaca que fue un niño especialmente dócil y obediente tanto a su padre como a su madre. Esta puede haber sido la razón por la que era el favorito de su padre. Probablemente To Puia había reconocido que To Rot era heredero de su fuerte carácter y por lo tanto lo amaba particularmente. Según Tata, el sucesor de To Puia como jefe de Rakunai, el padre no malcriaba a su hijo. Lo corregía y castigaba cada vez que fallaba incluso en pequeñeces, y siempre lo aconsejaba. (*Short Biography of Peter To Rot*, 2)

Cuando To Rot tuvo siete años de edad fue admitido a la escuela parroquial de Rakunai. Su hermano Tatamai recuerda esta época del siguiente modo: «Cuando comenzó a ir a la escuela, nunca hubo un día en que se ausentara, a menos que hubiera sufrido alguna lesión o estuviera enfermo. Y cuando terminaban las horas de clases, inmediatamente regresaba a la casa de sus padres».

El relato del padre Theler continúa:

Cuando To Rot tenía aproximadamente siete años de edad, fue admitido a la escuela de la aldea. Jamás perdía un día clases, excepto cuando no podía caminar debido a alguna herida o enfermedad. Y en aquella época la escuela no era obligatoria, lo cual demuestra aún más el mérito de sus padres que lo enviaban diariamente a la escuela, como también el mérito del mismo To Rot.

En la escuela, To Rot se destacaba no sólo por su buen comportamiento, sino también por su rápida comprensión de los temas. «Él siempre era el primero en responder todas las preguntas», me comentó un excompañero de clase. Otro me contó que To Rot siempre se ofrecía a responder las preguntas y hablar cada vez que se trataba de recitar la Biblia, y nunca cometía un error. Así fue que pudo ser admitido temprano para recibir su primera comunión.

Fuera de la escuela, To Rot era el líder de los demás niños tanto en el trabajo como en los juegos. Todos obedecían al hijo del líder quien, además, prometía ser también él un futuro líder. Ejercía una buena influencia sobre ellos. A menudo impedía que robaran, pidiéndole al párroco que le diera unos cocos para ellos. Naturalmente, a veces participaba en juegos traviesos y en el uso de un lenguaje vulgar, pero tan pronto como las cosas comenzaban a ponerse serias, tomaba una posición firme y se retiraba. (*A Short Biography...*, 3-4)

La *Positio* también recoge otros testimonios que merecen ser leídos aquí, porque nos ayudan a conocer mejor el carácter del niño:

El niño Peter To Rot se benefició mucho de los años de su educación primaria debido a su presencia regular en las lecciones, y por la forma diligente y disciplinada en que emprendía sus estudios y participaba en todas las actividades escolares. En la investigación previa de 1952, todos sus compañeros dieron testimonio de la esmerada atención que siempre prestó a la enseñanza del sacerdote y del catequista To Maraba.

Anton To Burangan habló así del comportamiento de Peter To Rot en el aula cuando el padre Jakobi estaba a cargo de la escuela: «Cada vez que se hacía una pregunta en clase, To Rot era siempre el primero en responder». El mismo testigo también informó que, «cuando los niños quedaban al cuidado del catequista, To Rot seguía siendo el mejor estudiante y se volvió tan bueno en aprender la Biblia de memoria que podía recitar el texto palabra por palabra, mientras el catequista To Maraba verificaba su desempeño controlando con el libro en mano».

Muchos años más tarde, al testificar en la investigación diocesana de 1987, Anton To Burangan aún afirmaba lo siguiente acerca de su compañero de clase y amigo muy cercano: «Era un estudiante serio y trabajador. Se destacaba por su honestidad y rectitud». Marta Ia Kot, también compañera de clase de Peter To Rot, ha recordado al Siervo de Dios como alguien «que nunca dio problemas. Era mejor que sus hermanos, que eran menos obedientes». (*Positio...*, 20)

Como dijimos anteriormente, la escuela no era obligatoria en aquella época, lo cual nos ayuda a comprender mejor qué clase de padres tuvo To Rot. No debemos olvidarnos que sólo dos décadas antes habían abandonado el paganismo y abrazado el cristianismo. Y ahora los encontramos no sólo dándose ellos mismos al trabajo en la misión, sino incluso confiando sus propios hijos a la educación y cuidado de los misioneros.

Anton Tata, sucesor de To Puia como líder de la aldea, recuerda: «Cuando el niño era lo suficientemente grande, To Puia comenzó a enviarlo a la escuela. To Rot prestaba mucha atención a todo lo que le enseñaban el sacerdote y los catequistas, y tenía un rendimiento escolar muy alto. Y cada día, al volver a su casa, To Puia le preguntaba a To Rot acerca de lo que había aprendido ese día en la escuela, y To Rot tenía siempre muchas cosas para contarle. To Puia estaba muy orgulloso de su hijo, y no ahorra elogios para con él».

Para ahorrar información que puede ser considerada inútil o poco interesante, no hablaremos del tipo de educación que recibió To Rot durante la escuela primaria en la estación misionera de Rakunai. Alcanza con decir que, según los documentos que se conservaron, encontramos que el plan de estudios, la metodología y la instrucción religiosa eran muy similares al tipo de programa educativo utilizado en las escuelas europeas de la época, junto con una cuidadosa consideración de las modificaciones culturales.

5- Primera comunión

Una vez más, debemos lamentar no tener ningún registro o documento acerca de la primera confesión y primera comunión de Peter To Rot. Como hemos dicho en varias oportunidades, todos los archivos de las parroquias y de la diócesis se perdieron durante la Segunda Guerra Mundial. Por este motivo, a veces es difícil encontrar detalles precisos y exactos sobre las fechas de su vida. El padre Theler dijo: «To Rot recibió su primera comunión de manos del padre Bender», y sabemos que el padre Bender fue párroco de Rakunai entre 1922 y 1926. Esto significa que durante este período To Rot era un niño de entre diez y catorce años de edad.

Lo mismo nos dice Anton To Burangan, amigo y compañero de escuela de Peter To Rot: «Cuando el padre Jakobi dejó la misión en 1922, el padre Bender se hizo cargo de la estación misional y confió los niños al cuidado del catequista. To Rot continuó siendo el mejor estudiante. Y fue el padre Bender quien le dio a él y a sus compañeros de clase la primera comunión».

Si bien es imposible saber con certeza la fecha exacta de la primera comunión de To Rot, sin embargo sabemos que la recibió antes de la

edad habitual. Se trató de un privilegio que concedido por el párroco, porque estaba muy contento con su comportamiento y, sobre todo, por su devoción a la eucaristía. Una biografía de Peter To Rot escrita en 1973 por un sacerdote tolai que conocía muy bien todos estos hechos dice: «To Rot recibió los sacramentos de la confesión y la primera comunión antes de la edad habitual». Esta «edad habitual» era el tercer grado de la escuela primaria, como sigue haciéndose hasta nuestros días en la mayoría de las escuelas católicas de Papúa Nueva Guinea. Por lo tanto, si la edad habitual era la de doce años, entonces podemos concluir que To Rot realizó su primera comunión uno o dos años antes, cuando aún era un niño de diez u once años.

Antes de seguir adelante con la biografía de Peter To Rot, puede ser útil detenerse unos momentos para decir algo acerca de la devoción de To Rot a Jesús realmente presente en la Eucaristía. Si bien más adelante hablaremos del amor a la Eucaristía que tenía como catequista adulto, también puede ser edificante conocer algo del amor tierno y sencillo tenía a este sacramento durante la escuela primaria.

El padre Theler dejó escrito:

El padre Ulrich, que había sido designado como encargado de la misión en 1926, quería acólitos voluntarios para armar la lista de la semana, pero al mismo tiempo quería que fueran responsables y vinieran regularmente. Una vez más, To Rot fue el primero en dar su nombre. Cuando se preguntaba a los niños en la escuela cuál de ellos había dicho sus oraciones matutinas y vespertinas, To Rot siempre levantaba la mano para demostrar que lo había hecho.

Cuando se les pedía a los niños que escribieran un relato de las cosas que habían hecho ayer, la historia de To Rot siempre comenzaba con su oración de la mañana y después detallaba todas las cosas que había hecho el día anterior para ayudar a su padre y a su madre. (*Positio...*, 126)

To Burangan, amigo y compañero de clase de To Rot, también afirma: «El sacerdote encargado de Rakunai en 1926 pidió que dos niños fueran servidores de Misa regulares cada semana. Sólo quería voluntarios. To Rot fue el primero en ofrecerse como voluntario». La hermana de To Rot, Theresia Ia Varpilak, dice aún más, asegurando que To Rot no sólo asistía a Misa semanalmente, sino incluso todos los días. Y fue por este amor a Nuestro Señor presente en la Eucaristía que To Rot, aun siendo un niño, decidió dejar su propia casa y mudarse a casa de unos familiares, para estar más cerca de la iglesia y así poder participar de la misa diaria que se celebraba muy temprano por la mañana. Agrega su hermana: «Peter To Rot era un servidor de Misa regular. Pidió y obtuvo permiso de su padre para vivir con parientes cerca de la iglesia para poder asistir a Misa todos los días».

El relator de la *Positio* añade: «Llegados a este punto, es necesario notar que el ofrecimiento de Peter To Rot para ayudar diariamente en la Misa no se trataba de un gesto vacío o de una cierta vanidad infantil. Al contrario. Este ofrecimiento era la prueba de que la buena educación cristiana que había recibido en su casa, el contacto con el párroco y la gracia de Dios estaban teniendo el efecto deseado en el alma del pequeño niño tolai, sembrando en ella la semilla de la virtud cristiana y haciendo de él un joven distinto de sus compañeros».

Sin lugar a dudas podemos afirmar que el amor a la Eucaristía fue el mayor secreto y el gran tesoro del niño To Rot. Fue gracias a la Eucaristía que pudo conocer a Jesús y entablar una profunda amistad con él. El sólo hecho de participar diariamente en la Santa Misa y su amistad y respeto hacia el sacerdote, fueron haciendo crecer en su pequeña alma un verdadero y sincero amor a Nuestro Señor. Hace algunos años, hablándole a un grupo de monaguillos, el Papa Benedicto XVI dijo:

El vínculo de amistad con Jesús tiene su fuente y su cumbre en la eucaristía. Vosotros estáis muy cerca de Jesús Eucaristía, y este es el mayor signo de su amistad para cada uno de nosotros. No lo olvidéis, y por eso os pido: no os acostumbréis a este don, para que no se convierta en una especie de rutina, sabiendo cómo funciona y haciéndolo automáticamente. Al contrario, descubrid cada día de nuevo que sucede algo grande, que el Dios vivo está en medio de nosotros y que podéis estar cerca de él y ayudar para que su misterio se celebre y llegue a las personas. Si no caéis en la rutina y realizáis vuestro servicio con plena conciencia, entonces seréis verdaderamente sus apóstoles y daréis frutos de bondad y de servicio en todos los ámbitos de vuestra vida: en la familia, en la escuela, en el tiempo libre. (*Audiencia*, 2 de agosto de 2006)

El niño To Rot era amigo de Jesús presente en la Eucaristía, estaba cerca de Él y gracias a esta amistad llegó a ser no sólo un gran apóstol,

sino también mártir. En una de sus parábolas, Nuestro Señor habla de un tesoro escondido en el campo, que aquél que lo encuentra debe dejar todo lo que tiene para comprar el campo, ya que ese tesoro vale más que todo aquello a lo que uno pueda renunciar. Ese tesoro es Cristo mismo, y To Rot lo descubrió en su más tierna edad. Siempre vivió —y así murió— con la convicción de que en esa pequeña hostia se encuentra Jesús, el verdadero tesoro que siempre está esperando a ser descubierto por nosotros.



Sentado a la izquierda, Joseph Tatamai, hermano mayor de Peter To Rot.
A la derecha, Paula Ia Varpit, esposa del catequista mártir.

6- *Adolescencia*

Queremos que esta breve biografía de To Rot sea lo más realista posible, y por eso no intentamos presentarlo como alguien concebido sin pecado original o confirmado en gracia ya desde el vientre de su madre. Peter To Rot, aún siendo un joven excepcional, era también un joven normal. Y al decir «normal» nos referimos a que también él, durante su adolescencia, se vio envuelto en problemas propios de la edad. También To Rot durante estos años ha faltado a la obediencia hacia sus padres, y en más de una ocasión tuvo que ser castigado por su comportamiento o por su uso de lenguaje vulgar. Sin embargo, estos episodios de su vida, lejos de ser una «mancha negra» en su «prontuario», deben ser para nosotros fuente de consuelo y esperanza. Y a pesar de que la *Positio* recoge testimonios de estas faltas de obediencia o mal comportamiento o mal uso del lenguaje, sin embargo en ella no encontramos un solo testimonio de algún pecado grave cometido por el joven To Rot, y esto ya lo convierte en alguien excepcional.

Su compañero de clase To Burangan recuerda al joven To Rot de este modo: «To Rot a veces se unía a las travesuras iniciadas por otros

niños y a veces usaba el tipo de lenguaje que ellos usaban. Pero si las cosas comenzaban a salirse de control, inmediatamente les decía que ya era suficiente, o de lo contrario se iba».

Y en la biografía escrita en 1952 leemos: «To Rot no nació siendo santo. Su padre debió retarlo en varias oportunidades y reprenderlo por sus tonterías, e incluso castigarlo. En la escuela, el padre Jakobi, que cuidó de Rakunai hasta 1922, también se enojó una vez con el niño y le hizo “tirón de orejas”. Su compañero de escuela, To Burangan, quien relata la historia, no recuerda por qué. Una vez, durante una clase de escritura, To Rot escribió una carta de amor infantil en su pizarra y al terminar la escuela se la mostró a su hermana Theresia. Su hermana les contó a sus padres sobre la carta, y To Rot, llamado a dar una explicación por esto, admitió de inmediato que lo había hecho» (*A Short Biography...*, 6).

El padre Laufer, amigo y confidente de To Rot, dijo:

En enero de 1930 comencé mi trabajo en la estación misionera de Rakunai. (...) En ese momento, Peter To Rot era un joven de catorce años. Se me hizo amable ya desde nuestro primer encuentro. Como hijo del líder, ocupaba un lugar destacado entre los compañeros de escuela. Recuerdo que durante los tres años de su educación bajo mi dirección, me vi obligado a castigarlo sólo una vez. Sin embargo, no lo castigué yo personalmente, sino que dejé la tarea a su padre. (*Too Much Christo*, 2-3)

Y el padre Theler continúa:

Naturalmente, [To Rot] a veces participaba en juegos traviesos y en el uso de un lenguaje vulgar, pero tan pronto como las cosas comenzaban a ponerse serias, tomaba una posición firme y se retiraba. (...) Vivía en paz y armonía con sus hermanos y hermana. A la gente también le gustaba, porque era educado con todo el mundo. Era el hijo del gran jefe, pero no conocía ni la arrogancia ni la obstinación. Tenía en alta estima a los pobres. A menudo, trepaba a las palmeras para buscarles cocos. Como era costumbre nativa, To Rot a veces iba a visitar a su tío To Livuana, y también allí era trabajador y obediente. Sin embargo su padre nunca lo dejaba quedarse allí por mucho tiempo, y lo traía a su casa lo antes posible. (*A Short Biography...*, 4-6)

La *Positio* y los demás documentos consultados para escribir este libro no recogen demasiadas historias o anécdotas sobre este período de la vida de To Rot. Sin embargo, todos los familiares y amigos que dieron testimonio durante la investigación preliminar a la Causa de Beatificación, concuerdan en algunos puntos importantes. Todos están de acuerdo en que el joven To Rot era de carácter amable y era fácil hacerse amigo de él. Jamás de jactaba de ser el hijo del líder. Al contrario, asumió esa responsabilidad siendo un ejemplo para sus amigos y compañeros de clase. Aprendió de su padre To Puia a cuidar de los pobres y de los huérfanos, y nunca se alejaban de él sin algo para comer. Cuando se involucraba en problemas o desobediencias, aceptaba la corrección y cumplía la penitencia. Y nunca perdió el amor a Jesús presente en la Eucaristía que tuvo de niño cuando sirvió al altar por primera vez.

To Rot continuó creciendo hasta convertirse en un hombre joven. Pronto, llegó el momento de pagar impuestos por primera vez. Ahora tenía derecho a dejar la escuela, pero continuó con su educación hasta que fue a la Escuela de Catequistas en Taliligap.

El padre Laufer, que siempre consideró a To Rot como un niño destacado, tenía grandes expectativas puestas en él. Hubiera deseado ver a To Rot convertirse en sacerdote por su ardiente amor a la Eucaristía, su excepcional buen comportamiento y sus distinguidas habilidades para el estudio. Esa era su intención cuando se acercó a To Puia para discutir el futuro del niño. Tan pronto como el padre Laufer habló sobre la posibilidad de que To Rot fuera sacerdote, su padre respondió: «No, padre, no creo que uno de nuestra generación esté listo para ser sacerdote. Es demasiado pronto para eso. Tal vez uno de mis nietos o bisnietos tenga esa suerte. Pero si quieres que To Rot sea catequista, envíalo a la Escuela de Catequistas de Taliligap».

7- Formación para catequista

A inicios de 1930, cuando To Rot tenía dieciocho años de edad, ingresó al *Saint Paul's Catechist Training College* en Taliligap, a unos ocho kilómetros de Rakunai, su aldea natal. Cuando estaba a punto de dejar la aldea para ingresar a la escuela de catequistas, su párroco y amigo le dio la bendición, y le dijo: «Sé bueno y compórtate bien», ante lo cual el padre del joven, lleno de orgullo, dijo: «¡Lo hará. De lo contrario no sería mi hijo!».

Llegados a este punto y antes de comenzar con la educación que recibió To Rot en la Escuela de Catequistas, puede ser útil recordar algunas enseñanzas de la Iglesia acerca de la importancia, dignidad y trabajo de los catequistas. En muchos países, la palabra «catequista» suele identificarse con la persona que, una o dos veces por semana, dedica algunas horas de su tiempo para preparar a los niños y adolescentes para recibir los sacramentos de iniciación. Sin embargo, en otros países –y Papúa Nueva Guinea es uno de ellos– los catequistas dedican la vida entera no sólo a preparar a la gente para recibir los sacramentos, sino que son los responsables de mantener viva la fe en aquellos lugares que no tienen la presencia fija de un sacerdote. Aquí,

en Papúa Nueva Guinea, este tipo de catequistas son absolutamente indispensables y realizan una labor invaluable. Son ellos quienes diariamente reúnen a la gente para rezar y dirigen las oraciones. Son ellos quienes preparan a los niños y jóvenes para recibir los sacramentos de iniciación. Son ellos quienes preparan a las parejas que desean casarse. Son ellos quienes visitan a los enfermos. Y cuando el sacerdote visita la aldea una o dos veces al año, encuentra que la gente no sólo está bien preparada para recibir los sacramentos, sino que también encuentra una comunidad cristiana viva y llena de entusiasmo. Sin ellos, la evangelización de Papúa Nueva Guinea hubiese sido imposible. Desde la llegada de los primeros misioneros, los catequistas han hecho un trabajo increíble y gran parte del mérito de la evangelización pertenece a ellos. Hasta el día son la «mano derecha» del sacerdote, y los misioneros jamás nos cansaremos de agradecerles su generosidad y entrega.

En 1997 el Papa Juan Pablo II no ahorró elogios para con los catequistas, afirmando que **«sin ellos no se habrían edificado Iglesias hoy día florecientes»**. En esa ocasión, escribió:

En nombre de toda la Iglesia quiero dar las gracias a vosotros, catequistas. (...) Vuestra actividad, con frecuencia humilde y oculta, mas ejercida siempre con celo ardiente y generoso, es una forma eminente de apostolado seglar. (...) En efecto, ¿cuántos de nosotros hemos recibido de personas como vosotros las primeras nociones de catecismo y la preparación para el sacramento de la reconciliación, para la primera comunión y para la confirmación? (...)

El título de «catequista» se aplica por excelencia a los catequistas de tierras de misión. Habiendo nacido en familias ya cristianas o habiéndose convertido un día al cristianismo e instruidos por los misioneros o por otros catequistas, consagran luego su vida, durante largos años, a catequizar a los niños y adultos de sus países. **Sin ellos no se habrían edificado Iglesias hoy día florecientes.** Me alegro de los esfuerzos realizados por la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos con miras a perfeccionar cada vez más la formación de esos catequistas. Evoco con reconocimiento la memoria de aquellos a quienes el Señor llamó ya a Sí. Pido la intercesión de aquellos a quienes mis predecesores elevaron a la gloria de los altares. Aliento de todo corazón a los que ahora están entregados a esa obra. Deseo que otros muchos los releven y que su número se acreciente en favor de una obra tan necesaria para la misión. (*Cathechesi Tradendae*, 66)

Años más tarde, el mismo Papa recordó que los catequistas gozan de un lugar de honor en el corazón de la Iglesia. En esa ocasión los llamó **«agentes especializados, testigos directos y evangelizadores insustituibles».**

Entre los laicos que se hacen evangelizadores se encuentran en primera línea los catequistas. El Decreto conciliar misionero los define como «esa legión tan benemérita de la obra de las misiones entre los gentiles», los cuales, «llenos

de espíritu apostólico, prestan con grandes sacrificios una ayuda singular y enteramente necesaria para la expansión de la fe y de la Iglesia». No sin razón las Iglesias más antiguas, al entregarse a una nueva evangelización, han incrementado el número de catequistas e intensificado la catequesis. **«El título de “catequista” se aplica por excelencia a los catequistas de tierras de misión. Sin ellos no se habrían edificado Iglesias hoy día florecientes».**

Aunque ha habido un incremento de los, servicios eclesiales y extraeclesiales, el ministerio de los catequistas continúa siendo siempre necesario y tiene unas características peculiares: **los catequistas son agentes especializados, testigos directos, evangelizadores insustituibles**, que representan la fuerza básica de las comunidades cristianas, especialmente en las Iglesias jóvenes. (*Redemptoris Missio*, 73)

Saint Paul's Catechist Training College, la escuela a la cual asistió Peter To Rot, era un centro de formación para catequistas creado en 1925 por Monseñor Gerhard Vesters, MSC, entonces Vicario Apostólico en Rabaul.

En un breve documento llamado *The Catechist*, el mismo padre Joseph Lakaff, MSC nos da algunos detalles de la vida y el trabajo de los catequistas en la isla de New Britain. Se trata de un artículo publicado en 1932 en la revista *Pioneers of the South Seas*, en el cual se relata el trabajo hecho por los catequistas en los últimos cincuenta años. Debemos recordar que el padre Lakaff fue director de la escuela

de catequistas de Taliligat, a la cual To Rot asistió desde 1930 hasta 1933. Es decir, que este documento fue escrito mientras que To Rot era todavía alumno en la escuela de Taliligat, y por eso puede ayudarnos a conocer mejor el tipo de formación que recibió durante esos años.

El padre Joseph Lakaff, MSC, dice:

«El número de misioneros extranjeros nunca es adecuado, y la educación de un número suficiente de clérigos nativos es un proceso largo, por lo que es imposible hacer justicia a las exigencias del apostolado sin la ayuda de un gran ejército de catequistas. La eficacia de un misionero depende tanto de sus catequistas, como la eficacia de un general en un ejército depende del carácter de sus oficiales subordinados. En las escuelas de catequistas, los catequistas son capacitados para asumir la responsabilidad de diversas necesidades pastorales en las parroquias a las que serán asignados. En su propio ámbito, el catequista es un verdadero misionero. Es explorador, maestro en los lugares más remotos, vigilante. Ablanda la tierra en los campos sin arar en los que se plantará la semilla de la fe. Él advierte contra los peligros y prepara el camino para el triunfo final de la fe. Debido a que los catequistas están familiarizados con la mentalidad de su propia gente, sus estilos de vida, tradiciones, ideas sobre varios aspectos de la vida y su idioma, dan al sacerdote que trabaja entre un pueblo nativo, con su ayuda, una clara ventaja sobre el misionero extranjero sin ayuda.

(...) El 19 de febrero de 1925, en presencia de treinta misioneros, tuvo lugar la solemne dedicación del *St. Paul's College*. (JOSEPH LAKAFF, MSC, *The Catechist*, 1-2, 8)

Los frutos de la escuela de catequistas no se hicieron esperar. En pocos años, el número de jóvenes que decidieron alistarse al «ejército de catequistas» se multiplicaba por centenares. El relato del padre Lakaff continúa:

En los últimos ocho años, más de cien estudiantes han sido aceptados en la escuela preparatoria y cuatrocientos veinte en la Escuela de Catequistas. Estos estudiantes provienen de más de treinta grupos lingüísticos diferentes en el Vicariato. Además, durante estos ocho años, doscientos cuarenta estudiantes se han graduado de la escuela y han ocupado cargos. (*Idem*, 8).

La Escuela de Catequistas se encontraba en una gran extensión de tierra que la misión había comprado años atrás a una distancia de quince kilómetros de Vunapope, la sede de la misión católica para las islas de New Britain, New Ireland y Bougainville, la isla más grande del archipiélago de las Islas Salomón.

El padre Louis Navarre, MSC (1836-1912), en su libro *Manual para Misioneros del Sagrado Corazón trabajando entre los nativos de Papúa Nueva Guinea* afirma:

[El aspirante a catequista] Debe haber desarrollado cualidades espirituales específicas para adaptarse a su vida vocacional; debe haber adquirido una comprensión de varios procedimientos diferentes para ser utilizados en la evangelización de los paganos; debe haberse familiarizado con sus responsabilidades y la forma de ministerio que debe ejercer entre los católicos, tanto cuando un sacerdote esté presente en una estación de misión como cuando se encuentre inevitablemente ausente; debe haber recibido suficiente capacitación para poder organizar una escuela primaria en la aldea, además aprender un idioma local si fuera necesario, debe también saber impartir instrucción religiosa, enseñar materias básicas seculares, llevar registros escolares, escribir informes y poder promover actividades escolares. (*Handbook for Missionaries...*, Chevalier Press, Sydney 1987, 75-77)

Cuando Peter To Rot se matriculó en Taliligap, el padre Lakaff era el director de la escuela, asistido por un sacerdote, un hermano y un catequista. Sabemos que To Rot estaba feliz con sus maestros, sus compañeros y la vida en general. Desde el primer día, según dijo su párroco, To Rot se sintió como en casa. Le gustaba estudiar y sus informes anuales siempre eran de los mejores. Poco a poco se volvió más serio e independiente, y esto hizo que se ganara la confianza del padre Lakaff. Poco después de su llegada, To Rot se convirtió en la mano derecha del padre Lakaff y lo acompañó en varios viajes.

Gracias a los compañeros catequistas de To Rot que dieron su testimonio durante la investigación previa a la beatificación, podemos saber cómo era un día normal en la escuela de catequistas. La rutina diaria comenzaba a las seis de la mañana con la Santa Misa. Luego de la Misa, los estudiantes tenían tiempo para realizar una limpieza general del lugar y desayunar. Después del desayuno entraban al salón de clases para recibir instrucción, que incluía estudio bíblico, catequesis, inglés, práctica de coro y otras asignaturas básicas. Las clases de la mañana terminaban a las doce del mediodía, seguidas del almuerzo. Después del almuerzo, los futuros catequistas tenían tiempo para trabajar en la huerta hasta las tres de la tarde. A esto le seguía un baño y estudio hasta las seis de la tarde, que era la hora de la cena. Finalmente, tenían también algo de tiempo libre antes de irse a dormir. El padre Lakaff, director de la escuela en tiempos de To Rot, escribió:

La vida cotidiana del estudiante catequista es dedicada al estudio responsable, pero éste se interrumpe razonablemente con la recreación, la gimnasia y la actividad física en los jardines. Es comprensible que la mayor parte del tiempo esté dedicado al estudio de la religión y a la práctica religiosa. Dado que la escuela de la aldea será más adelante su principal campo de trabajo, también deben ser educados para que sean competentes en todas las materias de la escuela primaria. Los alumnos disfrutaban mucho con el canto, el deporte y la gimnasia. Cada año, el 24 de mayo, Día del Imperio, los alumnos y profesores van a Rabaul, para dar una muestra visible de algunas de sus habilidades

escolares junto con alumnos de otras escuelas, en presencia del Gobernador de la Colonia. Los «Juegos Olímpicos» que tienen lugar anualmente antes de la Fiesta de San José, también suponen una gran ruptura en la vida rutinaria de la escuela. Los exámenes orales y escritos preceden a los Juegos y luego, el 19 de marzo, se distribuyen los premios. Tres veces al año hay períodos de vacaciones para todos los estudiantes: en Navidad, Semana Santa y nuevamente en agosto. Antes de que los alumnos comiencen el nuevo año lectivo, en septiembre, tienen un día de retiro. Las visitas de muchas personas importantes, que vienen a Taliligap no sólo para disfrutar de la hermosa vista sino también para evaluar el trabajo y las actividades de la escuela, también son ocasiones emocionantes para los estudiantes. (*The Catechist*, 10)

Los catequistas eran formados para ser verdaderos soldados de Cristo. Apenas terminaran su formación, serían enviados a distintas aldeas y muy probablemente se encontrarían solos. Las aldeas con presencia estable del sacerdote misionero eran realmente pocas, por lo tanto toda la responsabilidad dependería de los catequistas. A ellos les tocaba enseñar la fe, la moral, visitar enfermos, visitar las familias, preparar para los sacramentos, dar clases en la escuela primaria, y un largo etcétera de actividades.

Sigamos a los catequistas en el campo de trabajo que les ha sido confiado. Convocan a los nuevos cristianos para la

oración matutina y vespertina; les enseñan sus deberes familiares y religiosos, les advierten cuando hacen algo mal. Enseñan a los niños. Se quedan con los moribundos en ausencia del misionero, rezan con ellos y los preparan para el viaje a la eternidad. Leen las oraciones junto a la tumba de la persona fallecida. Cuando dos pueblos lejanos entran en conflicto, utilizan toda su autoridad para lograr la reconciliación y establecer la paz. El catequista siempre está atento a que los buenos católicos no se dejen desviar por el mal ejemplo de otros que no son tan fuertes en la fe, y si este tipo de situación amenaza con salirse de control, lo informa lo antes posible al misionero para ayudarlo a cortar el problema de raíz. ¡Oh, cuánto bien han aportado estos apóstoles escondidos en las comunidades a las que sirven, y qué poco se ahorran en la entrega constante que muestran a su vocación! ¡A cuántos niños les han abierto las puertas del cielo, que de otro modo les habrían estado cerradas! ¡A cuántos adultos les han dado el bautismo bajo condición a la hora de la muerte y obtenido para ellos la felicidad eterna! ¡Cuántos no se habrían convertido de sus ideas erróneas de no haber sido por estos catequistas! ¡Cuántas peleas, contiendas, asesinatos y homicidios han evitado!

(...) Todos los Misioneros están unánimemente de acuerdo en que los buenos catequistas son colaboradores preciosos e indispensables. Se dice que Pío IX comentó a cierto Vicario Apostólico que estaba lleno de elogios por el trabajo celoso

de sus sacerdotes misioneros: «Mientras no hayas formado buenos catequistas, no puede haber profundidad ni permanencia en tu trabajo» (*The Catechist*, 2, 4).

También ahora debemos lamentar que todos los documentos de este período tan importante en la vida de Peter To Rot se hayan perdido durante la guerra. De todos modos, el padre Theler, que fue director de la escuela durante el último período del estudiante To Rot, aún vivía durante la investigación llevada a cabo en 1952, por lo cual nos dejó un sumario de lo que recuerda de esos años:

Cuando To Rot llegó a Taliligap, notó que los alumnos estaban comiendo, jugando y aprendiendo juntos. Quería adaptarse lo antes posible a sus costumbres y pidió a los muchachos que ya hacía tiempo que estaban allí, que le explicaran las reglas del instituto para poder cumplirlas. Su comportamiento en clase era digno de elogio. Se sentaba tranquilamente en su lugar y siempre miraba al frente. Aunque a veces otros muchachos lo persuadían para que se uniera a ellos en sus travesuras, se abstenía de inmediato cuando el maestro lo amonestaba. Tampoco rehuía trabajar en la plantación. Era un joven sano y tenía un cuerpo fuerte. Nunca fue testarudo, sino que seguía las órdenes que recibía. Nunca abandonó una tarea asignada, ni siquiera cuando hacía mucho calor, pues ya había reconocido el valor expiatorio del trabajo. (*A Short Biography...*, 7)

También durante estos, como había sucedido siendo niño, llamaba la atención el amor y devoción demostrados por To Rot a Jesús presente en la Eucaristía. Estaba convencido de aquellas palabras del Salvador, cuando hablando con sus discípulos les dijo: «*Sin mí, nada podéis hacer*» (Jn 15,5). Y esta es la razón por la cual hizo de la Eucaristía el centro de su vida, aun cuando eso pusiera en riesgo su propia vida, como veremos más adelante. Nunca abandonaba las visitas al Santísimo Sacramento, aun en medio de todas sus actividades y responsabilidades. Se trataba de una práctica que había adquirido siendo un niño de apenas diez años, y que lo acompañaría por el resto de su vida. El aspirante a catequista estaba convencido de que toda acción orientada a la gloria de Dios, a la salvación de las almas y a la propia santificación, encuentra su fuerza y eficacia en la eucaristía. Así lo enseñaría varias décadas más tarde el Papa Juan Pablo II:

Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen. En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidáramos la Eucaristía, ¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia? (*Ecclesia de Eucharistia*, 60)

El mismo director de la escuela para catequistas recuerda el amor de To Rot a la Eucaristía y sus frecuentes visitas al Santísimo Sacramento de esta manera:

To Rot rezaba con mucha frecuencia y con gran placer. En la iglesia oraba con verdadero fervor. Iba a la iglesia antes de ir al trabajo y también de camino a casa, después de las comidas y muchas veces durante el día, cuando las lecciones le dejaban tiempo para sí mismo. **Su amor por Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento era inmenso. Recibía la Sagrada Comunión todos los días, porque sabía que Nuestro Salvador es la fuerza de sus trabajadores.** (*A Short Biography...*, 8)

Aún con estas actitudes ejemplares y fuera de lo común, no debemos pensar que la vida del futuro catequista era absolutamente distinta a la de sus compañeros. Si bien su virtud ya demostraba ser excepcional y todos lo reconocían, sin embargo continuaba siendo un joven de aldea que disfrutaba bromear y jugar con sus compañeros. De todos modos, durante esos juegos y bromas intentaba no perder la virtud y desagradar a Cristo. Por eso sus compañeros lo recordarán, entre otras cosas, como un pacificador:

Ciertos tiempos [en la escuela] estaban asignados al deporte. [To Rot] No se lamentaba de esto, ni consideraba el deporte como algo inútil. Era consciente de que Dios quería también su participación en el deporte. Por lo tanto, jugaba con el

corazón y con el alma, ya sea fútbol o cualquier otro juego. Pero cuando los jugadores comenzaban a pelear, abandonaba el juego de inmediato, porque no aprobaba las peleas. Cuando dos estudiantes se peleaban, To Rot se acercaba a ellos hablándoles en tono de broma. Quería hacerlos reír, para que su ira pudiera disiparse. A él mismo le gustaba bromear. Si alguien lo hacía enojar, jamás pensaba en vengarse.

Un día, algunos de los estudiantes estaban jugando en la carretera. Uno de ellos hizo enojar tanto a los demás que lo atraparon, lo ataron de pies y manos, y se escaparon. Pero To Rot no huyó, sino que se escondió cerca, porque quería desatarlo lo más rápido posible. Después de esto, To Rot pidió a los otros jóvenes que perdonaran a este muchacho y no dejó al ofensor hasta que los demás se fueron en paz. Si alguien estaba desanimado con la vida en la institución y quería irse, trataba de persuadirlo para que no lo hiciera y lo animaba a quedarse. (*Idem*)

Gracias a los testimonios del padre Theler podemos descubrir algunas de las virtudes de To Rot: su aplicación al estudio, su obediencia, su actitud hacia los deportes y su dedicación al trabajo y a las demás actividades físicas. Y podemos también descubrir la preocupación del joven aspirante por los valores espirituales: su fervor en la oración, su recepción diaria de la Eucaristía, sus frecuentes visitas al Santísimo Sacramento, su naturaleza amable y amante de la paz, y su habilidad para aconsejar y consolar a los que tenían problemas o estaban perdiendo el entusiasmo.

Existen más testimonios que prueban lo que acabamos de decir, pero no es nuestra intención multiplicar citas ni testimonios. Alcanza con saber que todos sus compañeros coinciden en elogiar la fe y los firmes principios de To Rot. Todos recuerdan su obediencia, humildad, lealtad y puntualidad. Todos están de acuerdo en señalar a To Rot como un joven con verdaderas cualidades de liderazgo y capacidad para hacer las paces. Por último, todos recuerdan también su naturaleza tranquila y gentil junto con un gran autocontrol cuando era provocado.

Joseph To Pupuke, compañero de clase en la escuela de Taliligap, recuerda a To Rot con estas palabras: «Tomé nota especial de Peter To Rot porque vi en él las cualidades de un catequista ideal. Observé particularmente su obediencia, humildad, lealtad y puntualidad. Para mí, To Rot se destacaba entre todos los estudiantes como aquél al que debíamos seguir». Lo mismo recuerda Simeon To Palauva, otro compañero de estudios:

Algunos buenos catequistas, hombres de principios y fe firme, pasaron por la Escuela, pero en mi opinión Peter To Rot se destacó entre ellos en virtud. Nunca hubo quejas ni vacilaciones en la obediencia. Era caritativo con todos, independientemente del clan de la tribu o cualquier otro factor, y era amado y respetado por todos. En ocasiones, algunos de los alumnos intentaron poner a prueba su virtud de diferentes maneras, pero él se mantenía siempre tranquilo y controlado en todas las circunstancias. No pude medir si la virtud de To Rot brotaba de su carácter natural o de los

efectos de la gracia, pero ciertamente era evidente para todos. Comulgaba diariamente, lo cual era inusual en esos tiempos. (*Positio...*, 44)

La formación para catequistas duraba entre tres o cuatro años. Terminado este período, se les comunicaba los lugares de misión a los cuales habían sido asignados. Las responsabilidades de su oficio se encontraban en un manual, cuyos contenidos se esperaba que se encarnaran en los corazones de los catequistas, ya que de ellos iba a depender su estilo de vida y el fruto del apostolado.

Sin embargo, en el caso de Peter To Rot, estos tres o cuatro años de formación no fueron posibles. Un catequista de Rakunai, la aldea natal de To Rot, abandonó el ministerio y se necesitaba un reemplazo de modo urgente. A inicios de 1933, a pesar de no haber completado el tiempo establecido para la formación como catequista, To Rot dejó la escuela de Taliligap y regresó a su aldea natal para ayudar al párroco de la misión. El padre Theler relata este episodio de la siguiente manera:

To Rot no permaneció mucho tiempo en la Escuela de Catequistas. Su párroco lo necesitaba con urgencia y lo llamó antes de que terminara el tercer año. To Rot obedeció y regresó a casa a principios de 1933, y se convirtió en el catequista más joven en ayudar al párroco de la misión de Rakunai. Como recuerdan sus compañeros catequistas, era modesto y no había vanidad en él, ni por su formación ni por sus capacidades juveniles. Dejaba que los catequistas mayores lo guiaran en su trabajo y aceptaba sus consejos.

Pero en poco tiempo los eclipsó a todos y se convirtió en su líder reconocido, a pesar de que era el más joven. Aun así, nunca cambió de actitud y se mostraba modesto y amable como siempre, de modo que no hubo envidia ni mala voluntad entre ellos. Muy a menudo, al atardecer, acudía a su párroco, porque quería mejorar su educación y hacerle preguntas para las cuales él mismo no podía encontrar respuesta. No sólo quería aprender cosas nuevas, sino también entenderlas, lo cual es un fenómeno poco común entre los nativos. (*A Short Biography...*, 9)



Taliligap, Escuela de Catequistas a la cual asistió Peter To Rot



8- Catequista

1- Dignidad de los catequistas

Como este libro está dedicado a los catequistas, antes de hablar del ministerio de To Rot, es conveniente recordar algo ya mencionado anteriormente acerca de la enorme dignidad de este ministerio. Los catequistas son laicos que, como cualquier otro cristiano, han sido llamados a la santidad y a compartir el trabajo evangelizador de Cristo. Ningún bautizado puede ignorar esta misión, ya que por el mismo sacramento del bautismo hemos sido constituidos profetas, y un profeta es aquél que le habla de Dios a los hombres. Todos los bautizados—independientemente del sexo, edad, estado civil, condición social, etc— está llamado a anunciar a Cristo. Los catequistas, sin embargo, desarrollan este ministerio de un modo particular, porque no sólo recibieron este llamado universal a predicar el Evangelio, sino que también fueron designados por la Iglesia con un mandato especial para realizar este trabajo. La Iglesia misma les confía esta misión y los apoya. Por eso no es una exageración afirmar que la evangelización en Papúa Nueva Guinea aún se encontraría en una etapa inicial si no

fuera por el trabajo arduo que han realizado los catequistas. El mismo Juan Pablo II lo recordaba con estas palabras:

En el bautismo todos los cristianos han recibido la llamada a la santidad; toda vocación personal es una llamada a compartir la misión de la Iglesia, y, ante la necesidad de la nueva evangelización, importa mucho recordar ahora a los laicos su especial llamada. (...) Desde los albores de la Iglesia en Oceanía, los laicos han contribuido a su desarrollo y misión de muchas y diferentes formas, y siguen contribuyendo mediante su implicación en diversas modalidades de servicio, especialmente en las parroquias como catequistas, educadores en la preparación a los sacramentos, animadores de actividades juveniles, guías de pequeños grupos y comunidades. (*Ecclesia in Oceania*, 43)

Si quisiéramos encontrar alguna figura bíblica con la cual comparar a los catequistas, podríamos decir que Juan el Bautista es tal vez el mejor ejemplo. Y un buen catequista debería ser como un nuevo Juan el Bautista viviendo entre nosotros. Sin intención de extendernos demasiado, podemos resaltar cuatro características del Bautista que deberían brillar en el alma de todo catequista.

1) Juan el Bautista era amigo de Jesús. Aun siendo parientes, Jesús y Juan eran también amigos. Se conocían perfectamente bien, y se querían profundamente. Disfrutaban la amistad y estar juntos, y se

respetaban y admiraban mutuamente. Jesús decía de Juan: «*En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista*» (Mt 11,11). Y Juan decía de Jesús: «*Aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no soy digno de llevarle las sandalias*» (Mt 3,11). Jesús y Juan eran inseparables, y ambos estaban dispuestos a dar la vida por el otro. Muchas veces leemos en los evangelios que Jesús defiende públicamente a Juan frente a quienes lo acusaban y calumniaban, y también Juan daba testimonio de Cristo frente a los que hacían lo mismo con él.

Y es esto lo que se espera de un buen catequista: que sea amigo de Cristo, y que disfrute de su amistad y compañía. Y para ser amigo, es necesario que el catequista le dedique tiempo a Jesús, para poder convertirse en un «experto en Jesús», en hermosa expresión muchas veces utilizada por el Papa Benedicto XVI. Es esto lo que le pidió Jesús a sus apóstoles y le pide ahora a cada catequista. En el Evangelio de Marcos, cuando se habla de la llamada a los Doce, el evangelista dice que Jesús los llamó, en primer lugar, «*para que estuvieran con él*» (Mc 3,14). Es imposible conocer a Cristo y ser su amigo si no «estamos» con él, dedicándole tiempo y esforzándonos por conocerlo cada vez mejor. Los catequistas deben pasar tiempo en adoración silenciosa, como le gustaba hacer a To Rot, para hablar con Jesús y conocerlo profundamente. Deben establecer una relación personal con él, de lo contrario predicarán a alguien que ni siquiera conocen. Y de una predicación vacía, no puede esperarse demasiados frutos. Lo que el Papa Benedicto XVI dijo de los Doce Apóstoles puede aplicarse perfectamente a todo catequista:

La aventura de los Apóstoles comienza así, como un encuentro de personas que se abren recíprocamente. Para los discípulos comienza un conocimiento directo del Maestro. Ven dónde vive y empiezan a conocerlo. En efecto, **no deberán ser anunciadores de una idea, sino testigos de una persona.** Antes de ser enviados a evangelizar, deberán «*estar*» con Jesús (cf. Mc 3,14), entablando con él una relación personal. Sobre esta base, la evangelización no será más que un anuncio de lo que se ha experimentado y una invitación a entrar en el misterio de la comunión con Cristo. (*Audiencia*, 22 de marzo de 2006).

2) Juan el Bautista era excepcional en virtud y santidad. Los evangelios nos cuentan que la gente acudía a Juan y todos quedaban maravillados por lo que veían y oían. Su estilo de vida y virtud eran extraordinarios, hasta el punto que no pocas veces se preguntaban si no sería Juan el Mesías que debía venir al mundo. Nos dice el Evangelio: «*Como el pueblo estaba a la espera, andaban todos pensando en sus corazones acerca de Juan, si no sería él el Cristo*» (Lc 3,15). Gente de todo Israel venía a Juan porque sabían que era un hombre de Dios. Los evangelios nos cuentan que reyes, soldados, fariseos y gente sencilla buscaban su consejo y seguían lo que les enseñaba. Y a pesar de que su fama y reputación crecían, jamás perdió su humildad, y una y otra vez afirmó: «*Yo no soy el Cristo. (...) Es preciso que él crezca y que yo disminuya*» (Jn 3,28.30).

Y esto es lo que se espera de un buen catequista: que sea un hombre de virtud y buscador de la santidad. Los catequistas deben ser

ejemplares en su virtud y comportamiento. La gente de las aldeas deberían poder mirar al catequista y ver un reflejo de la virtud y santidad del Maestro. Y así como la virtud de Juan brillaba a los ojos de todos los que acudían a él, lo mismo debería suceder con aquellos que se acercan a los catequistas.

Nuestras cualidades intelectuales no son suficientes a la hora de predicar a Cristo e invitar a la gente a la conversión. Y mucho menos en una aldea pequeña, donde se conocen perfectamente bien unos a otros. Durante el trabajo en las aldeas, la gente no presta demasiada atención a la erudición del catequista, sino que, de la mañana a la noche, observan su modo de vivir. Juan Pablo II, hablándole a un grupo de catequistas reunidos en Roma con ocasión del Jubileo del año 2000, les dijo:

No basta el conocimiento intelectual de Cristo y de su Evangelio. En efecto, creer en Él significa seguirlo. Por eso debemos ir a la escuela de los Apóstoles, de los confesores de la fe, de los santos y de las santas de todos los tiempos, que han contribuido a difundir y hacer amar el nombre de Cristo, mediante el testimonio de una vida entregada generosa y gozosamente por él y por los hermanos.
(*Homilía*, 10 de diciembre de 2000)

3) Juan el Bautista proclamaba a Cristo sin temor ni respeto humano. Era Juan quien, sin temor ni respeto humano, proclamaba: «*Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas*» (Lc 3,4), y agregaba: «*Convertíos y creed en el Evangelio*» (Mc 1,15). Juan no

temía a nada ni nadie a la hora de anunciar el Evangelio, porque sabía que es necesario agradar a Dios antes que a los hombres. No tenía miedo de enfrentar a los poderosos de su tiempo y denunciarles sus injusticias invitándolos a la conversión. No le temblaba la voz al enfrentar al Rey Herodes y decirle: *«No te está permitido tener la mujer de tu hermano»* (Mc 6,18).

Y esto es lo que se espera de un buen catequista: que sea un valiente predicador del Evangelio. Los catequistas, a ejemplo del Bautista y de Peter To Rot, no deben temer a nadie a la hora de anunciar a Cristo y todas las exigencias que se derivan de su mensaje. Nada debería detenerlos. Con san Pedro deberían estar siempre listos a decir: *«Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres»* (Hec 5,29). Nuevamente es Juan Pablo quien exhortó a los catequistas con estas palabras:

Como Juan Bautista, también el catequista está llamado a indicar en Jesús al Mesías esperado, al Cristo. Tiene como misión invitar a fijar la mirada en Jesús y a seguirlo, porque sólo Él es el Maestro, el Señor, el Salvador. Como el Precursor, el catequista no debe enaltecerse a sí mismo, sino a Cristo. Todo está orientado a Él: a su venida, a su presencia y a su misterio. (*Homilía*, 10 de diciembre de 2000).

4) Juan el Bautista se mantuvo fiel hasta la muerte. Finalmente, Juan el Bautista derramó su sangre por Cristo. Mantuvo sus promesas y fidelidad hasta el fin, y derramó su sangre por amor a Cristo y para dar testimonio de Él y su verdad. Juan sabía que al rey no le agradaba

escuchar sus advertencias, sin embargo no abandonó su tarea. Continuó predicando la verdad, aun sabiendo que su vida corría riesgo. Como buen discípulo de Cristo, estaba dispuesto a perder su vida en este mundo con tal de ganar la vida eterna. De hecho, fue su gran maestro y amigo quién nos enseñó: «*Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará*» (Mc 8,35). El martirio de Juan fue su última y más poderosa predicación, y al mismo tiempo la coronación de toda su vida.

Y es esto, por último, lo que se espera de un buen catequista: que sea un hombre fiel, siempre dispuesto –si fuera necesario– a perder su vida por la causa del Evangelio. Muchas veces en estas últimas décadas, los últimos Papas nos han recordado que en estos momentos la Iglesia no necesita maestros, sino testigos. La Iglesia necesita hombres y mujeres que den testimonio con sus vidas y que demuestren que conocen a Cristo. La misión necesita hombres y mujeres dispuestos a mostrar con sus vidas que Jesús es digno de cualquier sacrificio, y que vale la pena ser perseguidos por defender su causa. Y si fuese necesario dar ese testimonio con el sacrificio de la vida, quiera Dios fortalecerlos para poder mantener intacta la fidelidad, como el Bautista y To Rot. El martirio, como sabemos, es la gracia más grande que se le puede conceder a un discípulo de Cristo.

2- Ministerio de Peter To Rot como catequista

Queremos ahora citar testimonios de personas que conocieron a To Rot, porque consideramos que estos testimonios «de primera mano» son mucho más interesantes que lo que el autor del libro pueda decir.

Cuando To Rot volvió a su aldea natal a inicios de 1933 para iniciar su ministerio como catequista, era un joven de apenas veintiún años. Quienes fueron testigos durante la Causa de Beatificación lo recuerdan como un hombre fuerte y saludable, hacia quien todos miraban con amor y respeto por su su trabajo, su virtud y, también, por ser el hijo del líder. Uno de sus compañeros de escuela primaria en Rakunai, dijo de él: «Observé que cuando To Rot regresó de Taliligap, era una persona más madura y bien consciente de su nueva dignidad, pero sin haber perdido su disposición al servicio humilde. Todo el pueblo lo respetaba y le tenía cierta reverencia».

Aquellos que lo conocieron bien, dicen que To Rot tenía sólo una ambición: quería ser un buen catequista. Él sabía que ayudar a su propia gente y estar a disposición del párroco y de las actividades misioneras de la parroquia era lo único importante. Y fue durante la década de 1930 que Rakunai se convirtió en una aldea respetada e imitada por las demás misiones gracias al trabajo generoso llevado a cabo por los misioneros y catequistas.

Veamos brevemente algunas de las virtudes y cualidades del catequista To Rot.

Humilde y amable

El joven catequista comenzó su ministerio con humildad y modestia, haciéndose inmediatamente querido por todos. Nunca se jactó de sus conocimientos ni de ser miembro de una familia importante de la aldea. El padre Theler recuerda a To Rot como «una persona tranquila y bondadosa, siempre dispuesta a cumplir con su

deber y generosa en su trabajo». Su hermano Tatamai dijo que To Rot «nunca estaba enojado, siempre estaba tranquilo y siempre mostraba compasión por las personas desfavorecidas».

Algo muy importante para destacar es el hecho de que, además de la formación que había recibido en Taliligap, Peter To Rot siempre pedía consejo. Era un hombre humilde, y nunca pensó que su formación fuera suficiente para resolver todos los problemas. En primer lugar buscaba el consejo de su párroco, pero al mismo tiempo escuchaba a los demás catequistas del pueblo. El padre Theler dijo:

Dejaba que los otros catequistas lo guiaran. (...) Y siempre fue abierto y sincero con su párroco como lo era con la gente. Jamás le ocultaba nada al sacerdote, sino que le hablaba de todas las dificultades y problemas que podía tener. Y al mismo tiempo, siempre defendía abiertamente al sacerdote. (...) Muy a menudo, al atardecer, acudía a su párroco, porque quería mejorar su educación y hacerle preguntas para las cuales él mismo no podía encontrar respuesta. No sólo quería aprender cosas nuevas, sino también entenderlas. (*A Short Biography...*, 9)

Un colega catequista, Paschal To Uvae, recuerda a To Rot de la siguiente manera:

El trabajo que realizó To Rot fue admirable. Parecía capaz de llevar a cabo cualquier tarea que le pidieran. Nosotros, los catequistas más grandes, hablábamos seguido con el

joven recluta recién llegado, y siempre aceptaba nuestros consejos y nos agradecía. Y para nuestra sorpresa, en poco tiempo y casi sin darnos cuenta, ¡lo mirábamos a él como nuestro líder! Todos amaban el modo en el cual enseñaba la religión y daba instrucción religiosa. Hacía que sus clases fueran siempre interesantes, y su vida diaria era un fiel reflejo de sus clases. Hoy en día, cuando la gente mira hacia atrás y recuerda el tiempo en el cual To Rot vivía aún entre ellos, estas son cosas que todos recuerdan. (*Positio... Summ*, 154)

También su amigo y compañero de escuela, Johannes To Varto, dijo: «To Rot continuaba tomando clases privadas con el sacerdote. Incluso a la noche iba a ver al sacerdote para pedirle consejos sobre situaciones que lo preocupaban mucho, de modo especial lo que tuviera que ver con las cosas de Dios y de la enseñanza de la Iglesia Católica».

Otro testigo durante el Proceso de Beatificación recuerda a To Rot de este modo:

Conocí a To Rot como catequista desde sus primeros días en Rakunai. Siempre fue muy humilde. Nunca impuso sus ideas a nadie. Seguía los consejos de nosotros, los hombres mayores, y siempre estaba dispuesto a escuchar cualquier cosa que tuviéramos que decir. Todos los lugareños lo querían, unos por el estilo de instrucción religiosa que daba, otros por su forma de vivir, pues siempre practicaba lo que predicaba. No era alguien que estuviera sujeto a los

estados de ánimo, sino que siempre exhibía el mismo temperamento uniforme. Siempre era abierto con el sacerdote y no le guardaba secretos, y mostraba la misma apertura con la gente de su propia aldea. Los animaba a una mejor forma de vida, siempre de manera bondadosa. No recuerdo que To Rot haya mostrado ira a nadie. Ciertamente, si alguna vez estuvo enojado, nunca lo dejó ver. (*Positio... Summ*, 153)

Defensor de la fe católica

Incluso teniendo un temperamento amable, To Rot nunca rebajó las exigencias de la fe intentando agradar o complacer a sus parientes o amigos en la aldea. Él buscaba agradar sólo a Dios, y por eso siempre se mostró como un fuerte defensor de la fe católica, sin importarle lo que los demás pudieran pensar o decir sobre él. El respeto humano, uno de nuestros mayores enemigos en el apostolado, no existía en él. El padre Theler recuerda: «To Rot defendía abiertamente y en toda ocasión la fe y la moral católica, aun reprendiendo cuando fuera necesario. Una noche, por ejemplo, fue con unos amigos a la aldea de Vunadidir y se llevaron todos los amuletos mágicos que la gente tenía escondidos. Después de esto, los reprendió con dureza y condenó la falsedad de su cristianismo».

La gente de la aldea sabía que To Rot buscaba el bien espiritual y la salvación del alma de todos ellos. Por eso, aun cuando señalaba el error de una persona y la condenaba con dureza, todos sabían que, detrás del fervor de la corrección, se escondía el amor de su corazón

de catequista. Todos eran testigos de que To Rot practicaba lo que predicaba, y por eso sus correcciones daban mucho fruto.

Podemos decir de To Rot que aplicaba en su vida las mismas palabras de Cristo: «*Mi doctrina no es mía, sino del que me envió*» (Jn 7,16). Él buscaba transmitir con fidelidad la doctrina que había recibido, sin agregar ni quitar nada por cuenta propia. No buscaba decir cosas nuevas o propias, sino que se limitaba a enseñar la doctrina recibida de Jesús y transmitida por la Iglesia Católica. Y esto hizo de él un buen «portavoz de Cristo», en expresión de Juan Pablo II:

En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a Él; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca. La constante preocupación de todo catequista, cualquiera que sea su responsabilidad en la Iglesia, debe ser la de comunicar, a través de su enseñanza y su comportamiento, la doctrina y la vida de Jesús. No tratará de fijar en sí mismo, en sus opiniones y actitudes personales, la atención y la adhesión de aquel a quien catequiza; no tratará de inculcar sus opiniones y opciones personales como si éstas expresaran la doctrina y las lecciones de vida de Cristo. (*Catechesi tradendae*, 6)

La hermana de To Rot, Theresia la Varpilak, recuerda que «To Rot siempre defendía la fe, especialmente en el caso de los matrimonios mixtos, que en ese momento no eran muy bien vistos por la Iglesia.

Esto provocó un conflicto con los metodistas en el área, y se sabía que Peter To Rot había tenido discusiones con ellos».

Una vez más, es su amigo To Varto quién recuerda el ministerio de To Rot de la siguiente manera:

Acerca del comportamiento virtuoso de Peter To Rot, recuerdo de manera especial sus frecuentes visitas al Santísimo Sacramento. Era celoso y deseaba seguir con fidelidad las instrucciones que recibía de su párroco acerca de las visitas a los enfermos o de los pecadores que vivían alejados de Dios. Era un ejemplo para todos en su vida de oración y su dedicación en el ministerio de catequista. Era realmente un hombre extraordinario. (*Positio...*, 10)

También Johan To Keleto, un joven adolescente que recibió instrucción religiosa de manos de To Rot, recuerda lo siguiente: «Yo respetaba a To Rot de modo especial por su honestidad, su justicia y su nobleza. Con su vida nos enseñaba cómo nosotros, jóvenes adolescentes, debíamos comportarnos».

Y Bernardet Ia Oget, prima hermana de To Rot, también recuerda:

To Rot era un hombre que se dedicaba completamente a su misión: realizaba matrimonios, bautizaba, preparaba a los enfermos para una santa muerte, y muchas otras cosas. En una ocasión, durante la guerra, escondió el Santísimo Sacramento en su casa por temor a que los japoneses lo profanaran. Y en todas estas cosas nos daba a todos un gran

ejemplo de virtud cristiana. Hablaba con convicción, mostrando que él mismo verdaderamente creía en aquello que enseñaba. Y después, obraba siempre de acuerdo a su fe. (*Positio... Summ*, 13)

Amigo de pecadores

Los habitantes de Rakunai recuerdan a To Rot como alguien que, aún condenando el pecado y las prácticas paganas, buscaba ser amigo y estar cerca de los pecadores. Al igual que su Maestro, también él odiaba el pecado, pero buscaba a los pecadores y era paciente con ellos. Intentaba ganarlos con su carácter pacífico, sus consejos sencillos y sus palabras amables. Y no sólo buscaba a los pecadores más empedernidos, sino que también prestaba mucha atención a los católicos cuya fe comenzaba a entibiarse y abandonaban las prácticas religiosas.

Martin To Kau, un habitante de Rakunai, cuenta: «Peter To Rot se ponía en contacto con los que se habían alejado de la Iglesia y les pedía que lo ayudaran para realizar algún tipo de trabajo manual. Luego, ya estando con ellos, intentaba persuadirlos para que volvieran a la prácticas religiosas. Tenía una gran devoción a la misa diaria e intentaba influir en sus compañeros para llevarlos en esa dirección».

También sus estudiantes lo recuerdan como alguien que «amaba y respetaba a la gente. Estaba siempre intentando pacificar los distintos grupos o familias que por algún motivo estaban peleados. Era un hombre que vivía el Evangelio. Siempre llevaba su Biblia a todos lados, algo que era inusual en esos días. Tenía un don especial para

darse cuenta cuando alguien necesitaba ayuda, y en poco tiempo identificaba el problema y lo ayudaba a corregirse».

Su amigo To Varto recuerda haberse alejado durante algún tiempo de la Iglesia, pero fueron el amor y la dedicación de To Rot quienes lo convencieron a volver:

En una época, yo mismo no estaba practicando la religión, y To Rot vino a hablar conmigo. Hablaba con tal convicción y caridad que me motivó a volver a la Iglesia. Era calmo y sabía cómo tratar con todos los niveles de personas. Defendía con fuerza las enseñanzas de la Iglesia. (...) A veces discutía con los metodistas. Él les decía: «Dejen de repetir como loros. Están pronunciando palabras que les han enseñado, pero nunca han entendido lo que significan».
(*Positio... Summ*, 10)

*Caritativo con todos, especialmente con los pobres,
los enfermos y los huérfanos*

Respecto a la caridad de To Rot hacia los más necesitados, absolutamente todos los que lo conocieron dicen que se trataba de algo excepcional, imposible de olvidar. Es necesario copiar aquí el testimonio de su propio hermano, Joseph Tatamai, quien ha vivido durante muchos años en compañía de To Rot en la misma casa:

Mi hermano ayudaba al sacerdote —como le habían enseñado que hiciera—, y a la gente le gustaba cómo llevaba

a cabo su ministerio. Era realmente un hombre muy bueno, nunca estaba enojado, siempre estaba tranquilo y siempre mostraba compasión por las personas desfavorecidas y sin privilegios. No le gustaba discutir con nadie, ni siquiera con aquellas personas cuyas ideas eran obviamente erróneas. Usaba sus poderes de persuasión para traer de vuelta a Jesús a aquellos que consideraban una carga demasiado pesada el tener que servir a Dios y ser dignos de recibir la Sagrada Comunión. Se ocupaba de visitar a los enfermos. Era un excelente maestro de catecismo. Todos entendían las lecciones que daba y, cuando la gente regresaba a la noche de los campos, compartían con los demás las lecciones que habían aprendido. (*Positio... Summ*, 147)

Y entre todos los testimonios que estamos recogiendo, merece un lugar especial el de la persona que probablemente mejor conoció a Peter To Rot: su esposa Paula la Varpit. Vivieron juntos desde 1936 hasta la muerte del catequista, en 1945. Más adelante hablaremos más sobre ella y la familia. Ahora queremos citar el testimonio que nos dejó sobre el ministerio de catequista de su esposo:

Doy testimonio de la firme personalidad cristiana de To Rot. Pasaba todo su tiempo ayudando a los demás. Mostraba una virtud ejemplar, especialmente en lo que se refiere a la caridad. Nunca supe que estuviera enojado, y la única ocasión en que lo reprendí fue por los riesgos que asumió en el ejercicio de sus funciones. Continuó dirigiendo

las oraciones de la comunidad y llevando a cabo sus obras. (...) Peter To Rot tenía una fe fuerte. Con frecuencia rezaba con la comunidad local y animaba a todos al rezo del Via Crucis como acto de reparación por los pecados. También era devoto del rosario.

Su esperanza le dio confianza en la guía y el cuidado de Dios, especialmente en tiempos de prueba. Esto se hizo evidente durante el período de la guerra. Su fuerza de voluntad fue muy evidente en su vida. Era consciente de que era diferente a los demás y sé lo afortunada que fui de tener un esposo así.

La caridad de Peter To Rot fue sobresaliente. Su caridad nunca estuvo motivada por la pertenencia a su clan, el parentesco o la amistad. (*Positio... Summ*, 7)

Otro testimonio interesante acerca de la caridad de To Rot es el de Margareta Ia Kalan. Margareta era una niña cuando murió su madre, y los padres de To Rot decidieron adoptarla junto con sus otras tres pequeñas hermanas. Vivió junto a To Rot durante varios años, en la misma casa y compartiendo la vida cotidiana. Y durante esos años forjaron una gran amistad que mantuvieron hasta el martirio del catequista. Nos dice:

Yo era consciente de la amabilidad de To Rot, especialmente con los niños huérfanos como yo. El padre Laufer era párroco en ese momento, y Peter To Rot visitaba la zona de la parroquia y era querido por todos. (...) Llevó siempre una

vida cristiana ejemplar y era visto como un hombre de fe fuerte: su misma obra da testimonio de esto. Fui testigo de su vida diaria de oración y pude ver cómo logró mantener la buena vida cristiana entre su gente. La vida de To Rot nos habla de su fuerte esperanza en una vida futura con Dios. Se destacaba también en su celo por todo lo que concernía a la Iglesia.

Nunca antes en la aldea se había visto alguien como Peter To Rot que fuera detrás de los católicos no practicantes para que volvieran a su fe. Y siempre hacía esto con dulzura y amabilidad, nunca con dureza. Era particularmente celoso en el cuidado de los huérfanos, los abandonados, cualquier persona necesitada, a menudo teniéndolos en su propia casa y sus alrededores. Su caridad abrazaba a todos. Esto es especialmente digno de mención en relación con la costumbre de su propio pueblo, donde cada uno buscaba sólo su propio bien. (*Positio... Summ*, 20)

También Anton Tata, líder de la aldea de Rakunai durante los últimos años de To Rot, recuerda:

El bello ejemplo de vida cristiana que nos iba a dar a lo largo de los años, felizmente se manifestó desde el comienzo mismo de su carrera como catequista.

Los domingos en la iglesia, si un hombre estaba enfermo o herido y To Rot lo buscaba en vano, luego iba a la casa del hombre para averiguar qué tan enfermo o herido estaba

realmente. Y si alguien estaba realmente enfermo, To Rot era incansable en su atención. Le hacía visitas frecuentes y regulares a la persona enferma y le llevaba medicinas. Si la enfermedad llegaba a ser terminal, To Rot avisaba al sacerdote para que el enfermo pudiera recibir el viático y los últimos ritos.

Visitaba a los enfermos a diario y rezaba siempre con ellos por una pronta recuperación o por una santa muerte. Los invitaba a realizar actos sinceros de arrepentimiento. Si alguien había hecho daño a otro, To Rot solía darle el buen consejo de que, al recuperarse de la enfermedad, debería esforzarse por corregir el daño que había causado. Este fue el tipo de estilo de vida que nos hizo querer mucho a nuestro catequista y admirar su trabajo entre nosotros en Rakunai. (*Positio... Summ*, 158-159)

Enamorado de la Eucaristía

Leyendo las entrevistas y testimonios de las veintiséis personas que fueron entrevistadas durante la investigación preliminar a la Causa de Beatificación, llama la atención que prácticamente todos ellos han hablado del amor de To Rot hacia la Santísima Eucaristía. El mismo Juan Pablo II remarcó este aspecto de la vida del catequista, cuando en la homilía de su beatificación dijo: «La misa diaria, la santa comunión, y las frecuentes visitas a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento lo sostenían, le daban sabiduría para aconsejar a los desanimados, y coraje para perseverar hasta la muerte» (*Homilía*, 17 de enero de 1995).

Fue en la Eucaristía donde To Rot aprendió cuánto nos ama Dios, y cómo, por lo tanto, tenemos que amarlo también nosotros. El Santísimo Sacramento se convirtió para él en esa «gran escuela de amor» de la que nos hablaba Benedicto XVI: «La gran escuela del amor es, sobre todo, la Eucaristía. Cuando se participa regularmente y con devoción en la Santa Misa, cuando se transcorre en compañía de Jesús eucarístico largos ratos de adoración, es más fácil comprender lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo de su amor, que supera todo conocimiento» (*Mensaje*, 27 de enero de 2007).

Leyendo, entonces, los testimonios de quienes conocieron al buen catequista, podemos resumir su gran amor y devoción a la Eucaristía en cuatro prácticas habituales de su vida.

1- Santa Misa diaria. Ya hemos dicho que, cuando era aún un niño de apenas diez u once años, To Rot decidió dejar el hogar paterno para ir a vivir con un pariente, cuya casa quedaba más cerca de la iglesia. El motivo fue que, por nada del mundo, quería perderse la celebración diaria de la Santa Misa, y la posibilidad de servir en el altar. Sus compañeros de escuela recuerdan que To Rot fue el primero en ofrecerse cuando el sacerdote pidió voluntarios para que lo ayudaran como monaguillos, así como también la concentración que mostraba durante los momentos de oración. Esta actitud, nacida a los diez u once años de edad, no cambió o desapareció con el tiempo. Al contrario. Creció y se hizo más evidente a los ojos de todos. Y esto mismo lo que la gente de Rakunai recordaba de To Rot como catequista. Durante toda su vida, el joven catequista hizo de la Misa diaria el momento más importante del vida, y amaba la Eucaristía más que a cualquier otra cosa en el mundo.

2- Comunión diaria. Durante la época de Peter To Rot, la comunión diaria no era una práctica tan frecuente y extendida como lo es ahora. Aun así, To Rot estaba convencido de que sin Cristo no podía hacer nada, y por este recibía la Sagrada Comunión todos los días. Cuentan quienes lo conocieron que, cuando To Rot inició con esta práctica, todos en la aldea estaban un poco perplejos, ya que no era una práctica normal entre ellos. Sin embargo, tanto el párroco como To Rot no se cansaban de explicarle a la gente que, en caso de que no exista un obstáculo grave como un pecado mortal, la comunión diaria no sólo es una practica posible, sino incluso recomendable. El mismo Juan Pablo II, como hemos leído en su homilía durante la beatificación, reconoció que la Eucaristía no sólo sostenía a To Rot, sino que además le daba sabiduría y coraje. Y esto se hará evidente durante su martirio, como veremos más adelante.

3- Frecuentes visitas al Santísimo Sacramento. Eran estas visitas a Jesús en la Eucaristía lo que más llamaba la atención de la gente de la aldea y a quienes fueron sus compañeros en la Escuela de Catequistas. Hoy en día, incluso, es bastante normal conocer gente que va a Misa y comulga, pero no es tan normal conocer gente que, diariamente, visite el Santísimo Sacramento. Y tampoco en su época era normal, y por eso la gente se sorprendía al ver al buen catequista arrodillado en silencio delante del sagrario.

Como dicen muchos de los testigos, To Rot era un verdadero adorador de Jesús en la Eucaristía. Y estas frecuentes visitas al Santísimo Sacramento eran el fruto de su amor por la Santa Misa y su frecuente recepción de la comunión. A él se aplican las hermosas

palabras de Benedicto XVI cuando habló de la relación entre la Santa Misa y la adoración eucarística: «Existe un vínculo intrínseco entre la celebración y la adoración. En efecto, la Santa Misa es en sí misma el mayor acto de adoración de la Iglesia: “Nadie come de esta carne –escribe san Agustín–, sin antes adorarla”. La adoración fuera de la Santa Misa prolonga e intensifica lo que ha acontecido en la celebración litúrgica, y hace posible una acogida verdadera y profunda de Cristo» (*Angelus*, 10 de junio de 2007).

4- Arriesgar la vida por la Eucaristía. Más adelante hablaremos del ministerio de To Rot durante los años de la Segunda Guerra Mundial, en los cuales arriesgó su vida en muchas oportunidades por amor a la Eucaristía. Por ahora –ya que no queremos adelantarnos– alcanza con saber que muchas veces puso en riesgo su vida mientras buscaba el Santísimo Sacramento que le daban los misioneros que estaban encarcelados. La prisión de los misioneros quedaba a seis horas de camino desde la aldea de Rakunai, y eran seis horas en las cuales el catequista debía pasar por varios puestos de control japoneses, arriesgando su vida en cada uno de ellos. Y To Rot no sólo llevaba la eucaristía a su propia aldea para distribuirla entre los fieles, sino que además la llevaba a las aldeas vecinas, porque los catequistas de esas aldeas temían hacerlo. En varias oportunidades tuvo que esconder el Santísimo Sacramento en su propia casa, para así defenderlo de las profanaciones, que era una práctica normal entre los soldados japoneses. Hay muchos testimonios de misioneros que cuentan que los japoneses, viendo el sagrario como una «caja bonita», pensaban que adentro se escondían objetos de valor. Y al abrirlos quedaban tan

decepcionados con el contenido, que desparramaban las hostias por tierra o las daban de comer a los animales.

* * *

Todas estas numerosas virtudes que embellecieron el alma y el ministerio de To Rot, y que fueron testimoniadas por tantos testigos oculares, se encuentran resumidas en el discurso de Juan Pablo II a los sacerdotes, religiosos y fieles, que tuvo lugar en Port Moresby, el 16 de enero de 1995. En esa ocasión dijo:

Los aldeanos de Rakunai fueron atraídos a Cristo y ayudados a seguirlo por la radiante caridad y el celo de Peter To Rot. Su madurez espiritual se manifestó en su madurez apostólica. Prestó especial atención a aquellos que se habían vuelto tibios en la práctica de la fe o que la habían abandonado. Como catequista dedicado al bienestar espiritual de los demás, incluso en situaciones en las que corría el riesgo de ser arrestado y encarcelado, fue en busca de la oveja que se había descarriado y no descansó hasta encontrarla. ¡Cómo las Iglesias jóvenes de esta parte del mundo necesitan hombres y mujeres del calibre de Pedro To Rot! (*Discurso*, 16 de enero de 1995)

9- Matrimonio

En 1936, después de haber ejercido durante tres años el ministerio de catequista, Peter To Rot ya se había ganado el amor y respeto de todos en Rakunai y las aldeas vecinas. Su párroco apreciaba realmente el trabajo del joven catequista, y le encomendaba grandes responsabilidades. Y sus colegas y los jefes de las distintas aldeas tenían en gran estima su ministerio.

El 11 de noviembre de 1936 –y es esta la única fecha de la vida de To Rot que conocemos con certeza– recibió el sacramento del matrimonio en la iglesia parroquial de Rakunai. Su esposa era una joven de dieciséis años llamada Paula Ia Varpit.

Somos bastante afortunados en lo que respecta al matrimonio de To Rot, porque –además de conocer la fecha con certeza– tenemos también numerosos testigos que nos han dejado testimonios «de primera mano». Gracias a ellos sabemos cómo ocurrió la celebración, incluidas las preparaciones y los festejos. Y entre todos estos testimonios, sin lugar a dudas, el más especial e importante es el de la joven esposa, Paula Ia Varpit. También otros familiares, amigos e invitados han hecho lo mismo durante la investigación preliminar a la beatificación del catequista.

Hablemos un poco de la esposa. Paula Ia Varpit nació en Raimamal, un aldea cercana a Rakunai, el 27 de junio de 1920. Se mudó a Rakunai en 1934 para vivir en la finca de su madre. Y como tenía catorce años de edad y estaba bautizada, fue admitida inmediatamente en la escuela primaria de Rakunai. Allí se convirtió en alumna del catequista To Rot, que en ese momento tenía veintidós años. Ella recuerda ese momento de este modo:

Conocí a To Rot poco después de su inicio como catequista en Rakunai. Debido a que mi madre, Ia Nalili, era de Rakunai, yo también vine de Ramaimal para quedarme en la finca de mi madre. Como tenía edad escolar, asistí a clases en la escuela de la misión de To Rot. Tiempo después, cuando se pagó el «precio de la novia», me comprometí con él. (*Positio... Summ*, 156)

Llegados a este punto es necesario hacer dos aclaraciones importantes, de lo contrario nuestras mentes occidentales podrían de algún modo escandalizarse del hecho de que Peter To Rot haya pagado el «precio de la novia» de una niña de catorce años de edad.

Respecto a la edad de la novia, debemos saber que en la cultura tolai una joven de catorce años ya era considerada apta para el matrimonio. Este hecho no pasaba desapercibido para las familias que tenían hijos en edad de matrimonio, uno de los cuales era Angelo To Puia, cuyo hijo To Rot tenía veintidós años. Y esta costumbre continúa en Papúa Nueva Guinea hasta el día de hoy. No es raro ver niñas de catorce o quince años de edad que son prometidas

en matrimonio, y poco tiempo después deciden irse a vivir con quien será su futuro esposo. Los misioneros en Papúa Nueva Guinea lo vemos con frecuencia entre las niñas que asisten a nuestras escuelas primarias. Duele ver cómo muchas de ellas, apenas terminan la escuela primaria con 14 o 15 años, abandonan todo y se van a vivir con su futuro esposo.

Y respecto al pago del «precio de la novia» también es necesario explicar en qué consiste esta práctica. En la cultura melanesia, «pagar» por una futura esposa, no significa «ponerle un precio» a la mujer, como si tratase de una mercancía. Absolutamente no. Mucha gente se escandaliza al escuchar esta expresión, pero ese escándalo se debe a que no han comprendido el sentido de esta práctica. «Pagar» por una mujer, en la cultura melanesia, es un modo de agradecerle a la familia de la novia por todo lo que han hecho por ella desde el nacimiento hasta el momento en el cual deja la casa paterna para formar su nueva familia. Fueron los padres de esa mujer los que la cuidaron y educaron hasta convertirla en lo que es ahora: una joven buena, educada y responsable como para formar una familia. Y por eso el hombre que desee casarse con ella, debe de algún modo agradecerle a los padres por todo lo que han hecho por su futura esposa. Al fin de cuentas, si esa joven es ahora una mujer educada, buena y responsable, es mérito de sus padres y no de su futuro esposo. Y por eso el futuro esposo se siente en la obligación dar algo a cambio a los padres, por todo el esfuerzo que ellos han hecho por su futura esposa. Y este pago no sólo no rebaja la dignidad de la mujer, sino que la exalta. Aún hoy en día sucede que las futuras esposas se sienten honradas si el «precio» es alto, porque eso demuestra la alta estima y consideración que el futuro

esposo tiene por ella. Y por el contrario, se sienten humilladas y ofendidas si no se «paga» por ellas o si el «precio» es bajo.

El padre Laufer, que vivió durante muchas décadas en medio de los tolai y conoció perfectamente bien su cultura, nos explica:

La frase «precio de la novia» suena inhumana y bárbara para los oídos europeos, pero no es una etiqueta con el precio que se le pone a la novia. Es más una recompensa para los parientes de la novia. Durante muchos años, la novia ha tenido que trabajar para su grupo familiar, pero ahora tendrá que trabajar para su esposo, por lo que se debe recompensar a su familia ofreciéndoles un regalo en dinero y bienes, llamado «precio de la novia». Esto no da al futuro esposo derechos absolutos sobre la novia. Sus derechos sobre ella son sólo condicionales, como pronto veremos. Y este «precio de la novia» no es degradante para una chica, como suele pensarse, sino todo lo contrario. Las niñas nativas están muy contentas de que les pongan un «precio de la novia» lo más alto posible. Y cuanto más caro sea el «precio» pedido, mayor será su orgullo, ya que esto aumenta su prestigio dentro de la comunidad. Nuevamente, la misión ha hecho poco para interferir con esta práctica, excepto para protegerse contra el abuso del sistema y sugerir que el «precio» se considere como un regalo de compromiso, que está más en línea con la práctica cristiana. (*Rakunai...*, 3-4)

A modo de resumen, en la costumbre tolai el «precio de la novia» tiene dos aspectos, y escribo con los verbos en presente y no en pasado porque esta práctica continúa hasta nuestros días. El primer aspecto se refiere a la familia de la novia, para quienes el dinero recibido es sólo una muestra de agradecimiento por todo lo que han hecho por la novia desde su nacimiento hasta el momento del compromiso. La familia de la novia recibe este «pago» también como una especie de compensación, porque ella ya no podrá ayudarlos ni trabajar para ellos. El segundo aspecto se refiere a la propia joven, para quien el «precio de la novia» la hacer sentir apreciada y deseada, y es motivo de alegría y orgullo. En nuestra humilde opinión, esta comprensión correcta del «precio de la novia» es la razón por la cual los misioneros no sólo permitieron esta práctica en el pasado, sino que todavía la permiten hoy en tantas partes de Papua Nueva Guinea.

Habiendo hecho estas dos aclaraciones, sigamos con la historia de To Rot y su futura esposa Paula la Varpit. Una mañana, entonces, se anunció en el pueblo el «precio de la novia»: cincuenta collares de conchas de mejillón. Se trata de un «método de pago» que se utiliza hasta el día de hoy, ya que esos collares están formados por muchos mejillones, y cada mejillón tiene valor adquisitivo en las aldeas y puede intercambiarse por otros bienes. Con la introducción del dinero en papel moneda, de a poco esta práctica ha comenzado a perderse y no son pocos los que hoy en día prefieren el dinero a los mejillones. Sin embargo, aún hay lugares en los cuales estos collares de mejillones se siguen utilizando como medio de pago. En diciembre de 2021 tuve oportunidad de asistir a una fiesta en la mismísima aldea en la cual vivió y trabajó Peter To Rot. En realidad no era una fiesta,

sino un funeral. Pero era el funeral de una mujer santa, y lo celebramos como si fuera una fiesta. Había muchos familiares del beato, y la mujer que acababa de morir había sido bautizada por To Rot y era pariente de él. La gente quiso honrarme con varios de estos collares, que tuve colgados del cuello durante algunas horas. Poco antes de irme, sin saber muy bien qué hacer con los collares –porque no quería llevarlos conmigo como recuerdo sabiendo que alguien podría usarlos para comprar comida– decidí regalárselos a unos niños que durante esos días me habían acompañado a todos lados como guías turísticos. Apenas recibieron los collares, los niños desaparecieron. Y a los pocos minutos regresaron sin los collares y con una gran cantidad de comida que hubiesen necesitado mucho dinero para poder comprar.

Volvamos a To Rot y a su futura esposa Paula. De acuerdo con la tradición tolai, son los tíos quienes deben hacer las negociaciones para un futuro matrimonio. Un tío materno del novio debe reunirse con un tío materno de la novia y arreglar los detalles de la boda. Y una vez que ambos tíos llegaron a un acuerdo, entonces se fija una fecha para la ceremonia y se le comunica, en primer lugar, a los novios. Sin embargo no fue esto lo que sucedió en el caso de To Rot y Paula. La hermana de Peter To Rot declaró que, en el caso de To Rot y Paula, no fueron los tíos maternos quienes hicieron los arreglos sino que, «siguiendo la tradición católica, fueron los padres de la novia y del novio quienes decidieron hacerlo». Y fueron los padres de To Rot quienes iniciaron las conversaciones con los padres de Paula.

Ahora bien, habiendo leído cómo eran –y continúan siendo– las costumbres de los tolai en lo que respecta al matrimonio, uno puede preguntarse hasta qué punto el futuro esposo y la futura esposa eran

realmente libres para contraer matrimonio. Por lo que hemos leído hasta aquí, parecería que todo era arreglado por los familiares y los futuros esposos no intervenían en ninguna decisión. Y sabemos que la libertad de los futuros cónyuges es una condición necesaria e indispensable para la validez del matrimonio. Para responder a esta objeción, nada mejor que las palabras de la mismísima esposa Paula Ia Varpit: «Si bien el matrimonio fue arreglado por las dos familias, fue también aceptado libremente por To Rot y por mí. Fue un matrimonio que tuvo lugar en la iglesia, organizado según las costumbres locales. El amor mutuo entre el esposo y la esposa fue siempre grande y constante».

Anton Tata, líder de Rakunai durante el último período de vida de To Rot, también recuerda: «El matrimonio de Peter To Rot y Paula Ia Varpit fue el resultado de la mutua atracción. Y Peter To Rot siempre fue absolutamente fiel a sus responsabilidades conyugales y familiares». También Margareta Ia Kalan, la niña huérfana adoptada por los padres de To Rot, dijo: «Fue la atracción mutua lo que los llevó a Peter To Rot y a Paula Ia Varpit a casarse».

Por lo tanto, aun cuando fueron los familiares de los esposos quienes llevaron adelante las negociaciones y establecieron los detalles del matrimonio, sabemos sin embargo que entre los jóvenes esposos existía atracción mutua, amor real y deseos de formar una familia. Por eso se aceptaron mutuamente con total libertad y gran felicidad. Así lo deseaban ambos, aun cuando, de acuerdo a sus tradiciones, tuviera que ser arreglado a través de terceros.

El padre Theler dejó escrito:

«To Rot realmente quería casarse con Paula, y también ella quería casarse con él. Aún así ella continuó asistiendo a las clases de su prometido, pero To Rot jamás le dio ningún tipo de privilegio en la escuela. De hecho, un día en el que Paula estaba distraída en clase, To Rot la castigó pidiéndole que se arrodillara en el suelo con los brazos extendidos, que era el modo como los maestros acostumbraban castigar a los alumnos». (*A Short Biography...*, 14)

Un hecho importante para resaltar en el matrimonio de To Rot y Paula, es que entre los tolai existía una práctica bastante difundida que contradecía la moral cristiana. Práctica que, lamentablemente, continúa existiendo hasta el día de hoy. Esta práctica consistía en lo que llamaban «matrimonio de prueba». Meses antes de que la ceremonia tuviera lugar, los futuros esposos eran animados a vivir juntos en la misma casa haciendo vida de pareja como si ya estuvieran casados. Después de unos meses debían informar a los parientes y a los líderes cómo había resultado la experiencia, y de ese modo se juzgaba si la futura pareja tendría un buen futuro, o si en cambio estaba destinada al fracaso. Si durante ese «matrimonio de prueba» se habían llevado bien y entendido mutuamente, entonces la ceremonia tendría lugar. De lo contrario, debían dejar la casa y cada uno volvería a su hogar paterno, con la esperanza de tener mejor suerte en el futuro. Sin embargo, este tipo de «matrimonio de prueba» no tuvo lugar en el caso de To Rot y Paula. Los misioneros desalentaban enérgicamente esta práctica, sabiendo que se opone a las enseñanzas morales de la Iglesia. Y To Rot estaba convencido que ser católico era

más importante que ser tolai, y por este motivo se opuso desde el primer momento a convivir con Paula sin antes haber recibido el sacramento del matrimonio. Y esto —que tal vez a algunos pueda parecerles poco heroico— nos habla del tipo de cristiano que era To Rot, porque en aquella época —y también ahora— oponerse abiertamente a alguna tradición de la aldea o del clan podía significar la enemistad con todos los miembros de la familia y de la aldea. Se necesitaba mucho valor para oponerse abiertamente a una tradición tan arraigada, y hacerlo era siempre un riesgo. Abandonar una tradición era considerado —también ahora— darle la espalda a la familia, al clan y a la aldea. Y eso podía tener grandes consecuencias negativas.

La ceremonia de matrimonio tuvo lugar el 11 de noviembre de 1936. Le siguió la tradicional fiesta en el pueblo a la que tenía derecho el hijo del líder. Los familiares y amigos que estuvieron presentes en la ceremonia religiosa y en la celebración dieron su testimonio sobre ambos hechos durante la investigación canónica de 1987. Por el afán de ser breves, no los citaremos todos aquí, pues alcanza con recoger algunos recuerdos. Todos coincidieron diciendo que fue «un matrimonio católico», una «feliz y gran ceremonia llena de honores tradicionales» porque «el matrimonio era importante».

Nuevamente el padre Theler:

Su matrimonio fue feliz. Después de la muerte de su esposo, Paula no quiso casarse nuevamente, a pesar de que tenía sólo veinticinco años. Ella decía: «Jamás encontraré otro esposo como To Rot». (...) De todos modos, y como suele suceder, también esta joven pareja tuvo dificultades al

inicio de la vida matrimonial. Paula confesó: «Al inicio, To Rot y yo teníamos discusiones. El motivo solía ser que yo era bastante testaruda». (*A Short Biography...*, 15)

Los familiares y amigos de To Rot y Paula coinciden en que ambos llevaron una vida feliz durante los años en que estuvieron casados. La expresión «vida feliz» no implica la ausencia de incomprendiones o discusiones propias de una pareja. La misma Paula declaró que «el amor mutuo entre el esposo y la esposa fue siempre grande y constante». Y Anton To Burangan, amigo cercano de To Rot, dijo: «Yo era muy cercano a la familia de To Rot, y algunas veces me enteraba que habían pequeños problemas entre ellos, sobre todo por culpa de Paula, pero nada demasiado grande».

Durante la segunda examinación para la Causa de Beatificación, la misma Paula nos dejó este testimonio:

«*Pregunta:* ¿Fue su vida familiar con Peter To Rot siempre feliz y pacífica? ¿Era Peter To Rot un buen esposo y un padre amoroso para sus hijos? ¿Fue To Rot alguna vez poco amable, impaciente, grosero o violento contigo?

Paula: Peter To Rot y yo vivíamos juntos en paz y felicidad. De vez en cuando, cuando no hacía algo que To Rot me había dicho que hiciera, como trabajar en la huerta o algo relacionado con los niños, me golpeaba, lo cual era una costumbre en ese momento y todos entendían. Normalmente, la esposa habría ido a casa de su madre en ese momento, pero como yo respetaba el estatus de

catequista de To Rot, no lo hacía. Después de estos hechos, To Rot se disculpaba conmigo, lo cual era bastante excepcional. Era amable y considerado conmigo y con los niños». (*Positio... Summ*, 47)

Una vez más, leyendo este testimonio, podríamos escandalizarnos. Cuesta imaginar a un beato de la Iglesia golpeando a su esposa, sabiendo que la violencia jamás es una solución y nunca puede justificarse. Pero al mismo tiempo, es necesario saber cómo este hecho era visto y entendido por los tolai en aquel entonces. Y entender esto es la clave y la solución para comprender este tipo de comportamiento. Si lo juzgamos con nuestra mentalidad occidental moderna, este merece todo nuestro desprecio. Pero la cultura tolai lo juzgaba de modo distinto, y por eso es importante enmarcar este evento en aquella cultura y en aquella época. La *Positio* nos da una ayuda para comprenderlo mejor:

Cabe señalar que en la sociedad tolai, tradicionalmente, la posición de «padre» exigía absoluto respeto por parte de la madre y los hijos. De vez en cuando se le pedía al padre que exigiera públicamente este respeto, y también se esperaba que mostrara su desaprobación por cualquier desobediencia o mala conducta de la familia con palabras en voz alta y «golpeando» a los infractores. Este comportamiento poco característico del Siervo de Dios, por lo tanto, debe verse como necesario para mantener su propio prestigio y el de su familia dentro de la comunidad tolai. Una vez más, estas

acciones, que los observadores occidentales podrían pensar que no mostraban más que una reprensible injusticia conyugal, eran consideradas, por la psicología inversa de los tolai, como absolutamente necesarias para indicar el grado de dependencia familiar de la figura materna, inequívocamente demostrada por la manifestación pública de la indignación del padre por su falta ocasional en el desempeño de sus servicios regulares. (*Positio...*, 37)

Como hemos dicho anteriormente, sería escandaloso saber que To Rot golpeó a su esposa en alguna ocasión, a menos que estemos familiarizados con las costumbres tolai de hace cien años atrás... y de ahora. La misma Paula, que es gracias a quien conocemos estos incidentes, remarcó que To Rot se disculpaba siempre con ella, lo cual era algo excepcional en aquella cultura. Para los tolai, el hombre jamás debía «humillarse» o «rebajarse» para pedirle perdón a su esposa, sobre todo si la discusión que había dado lugar a los golpes había sido causada por alguna falta de parte de ella. Como dijimos anteriormente, los tolai consideraban que golpear a sus mujeres era un modo de demostrar al resto de la aldea que la familia no estaba fuera de control y que el infractor había ya recibido su merecido. Por eso, esta práctica lamentable no sólo estaba bien vista entre ellos, sino que además era lo que se esperaba que hiciera un buen padre de familia. Los tolai consideraban que si un hombre no corregía de este modo a su esposa o a sus hijos, entonces la familia entera estaba destinada a la ruina, porque aquel que debía mantener el orden, había ya renunciado a esta responsabilidad y perdido toda autoridad.

Fuera de estos episodios aislados y comprendidos en ese ambiente, no hay duda de que el matrimonio de To Rot y Paula fue ejemplar. Todos los que los conocieron dan testimonio de que la familia era un modelo en la aldea, y la misma Paula declaró que vivían «en paz y felicidad». La misma Paula agrega: «En todas las ocasiones, To Rot se apresuraba para seguir mis ideas y hacer lo que yo quisiera hacer. Siempre hizo todo lo posible para complacer a su esposa».

Es importante saber que To Rot y Paula han mantenido siempre una vida de oración en familia. La buena educación y el bienestar general de sus hijos era la principal preocupación de ambos, y jamás se escondían secretos. La misma Paula nos cuenta: «Rezábamos juntos todas las mañanas y todas las noches. Cuando yo estaba cansada, To Rot decía que él rezaría el rosario por los dos, e iba a la iglesia. Y con mucha frecuencia me compartía sus preocupaciones».

Como hemos ya dicho, el matrimonio y la familia de To Rot y Paula eran normales, sin eventos o fenómenos extraordinarios. Durante los años que estuvieron juntos, siempre compartieron las alegrías y las tristezas de las demás familias de la aldea, llevando una vida normal como el resto de la gente de Rakunai. Eran una familia más entre las familias de la aldea.

Leamos rápidamente algunos testimonios de sus familiares y amigos:

Anton Tata: «El matrimonio de Peter To Rot y Paula la Varpit fue el resultado de la mutua atracción. Y Peter To Rot siempre fue absolutamente fiel a sus responsabilidades conyugales y familiares. Nunca dieron lugar a escándalo. Él era visto por todos como un esposo y padre amoroso».

Philip Tikot: «Hasta donde sé, la familia era buena y estable. To Rot era un esposo y padre responsable. La pareja era respetada por todos».

Johannes To Varto: «Cuando regresé a Rakunai, Peter To Rot estaba casado. Su matrimonio era visto como un matrimonio bueno y feliz, y había formado una familia unida».

Margareta Ia Kalan: «El matrimonio era feliz, con una vida familiar muy buena. Nunca supe de ninguna discordia. Siempre había una atmósfera católica y buena alrededor del hogar».

Marta Ia Kot: «El matrimonio era bueno, eran una familia fuerte y vivían en paz, más allá de algunas discusiones pequeñas y ocasionales».

Hermana Adraiana Ia Katai: «Durante ciertos períodos, viví en la casa de To Rot. Y vi que su matrimonio era firme, verdaderamente cristiano y habían formado una buena familia». (Testimonios recogidos de la *Positio...*)

Después de la invasión japonesa de 1942 —como la misma Paula ha afirmado—, el amor mutuo en la pareja se intensificó, siendo más fuerte que antes. A diario surgían problemas graves que amenazaban la vida de To Rot si continuaba con su labor de catequista, y él siempre compartía esto con su joven esposa, algo que era inusual en la tradición tolai en la que los hombres, normalmente, no compartían sus problemas personales con sus esposas. Los hombres tolai preferían discutir sus problemas con otros hombres, así como las mujeres discutían sus problemas con otras mujeres. En cambio, Peter To Rot

confiaba en Paula y la amaba profundamente, y por eso nunca quiso ocultarle nada. Paula conocía todos los secretos de To Rot, y él le confiaba a ella cosas que ninguna otra persona conocía, como el escondite donde se guardaban los registros de matrimonios, nacimientos y defunciones, y los demás objetos de la iglesia. Paula dijo: «To Rot organizó la remoción de todos los registros de la iglesia, como bautismos, etc., y dispuso que yo me ocupara de enterrarlos en algún lugar cercano. Y lo hice».

En la última noche de su vida, To Rot demostró por última vez su confianza en Paula, cuando le pidió que le pasara de contrabando a la prisión donde estaba detenido, su atuendo oficial de catequista. Con este acto, To Rot también le estaba advirtiéndole delicadamente de su ejecución, de la cual él sabía o tenía serias sospechas. Aquella última noche, este fuerte vínculo de amor que existía entre To Rot y su joven esposa Paula se expresó por última vez. Ella misma nos cuenta que la pareja simplemente se sentó en silencio, cerca el uno del otro. Y después de un largo silencio en el cual sólo Dios sabe qué pasó por el corazón de cada uno, To Rot simplemente le dijo a su esposa que era hora de tomar a los niños y volver a la casa.

Así es como Paula recuerda aquél último encuentro:

Dos días antes de su muerte fui a visitar a mi esposo [a la prisión] como hacía regularmente. Me pidió que le trajera una navaja para afeitarse, sábanas y su crucifijo de catequista, que estaba escondido en una valija que contenía hojas con cantos. Al día siguiente llegué a la prisión más temprano de lo normal, llevándole todo lo que me había pedido. Incluso

llevé a los dos niños. También le cociné pollo con batatas. To Rot parecía haber perdido el apetito, y yo me sentía algo intranquila, ya que no me había explicado para qué quería las cosas que me había pedido traer de casa. Expresando mis temores, rogué a To Rot que abandonara el estilo de vida del catequista y adoptara, en cambio, un estilo de vida más tranquilo y desapercibido. To Rot me respondió: «**No te preocupes por eso. Es mi deber morir por Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por mi propia gente**». Luego hizo la señal de la cruz. No mostró ningún signo de miedo o dolor. Nos sentamos juntos durante mucho tiempo, y luego To Rot me instó a llevar a los niños a casa. (*Positio... Summ*, 157)

Tres hijos nacieron del matrimonio de Peter To Rot y su esposa Paula Ia Varpit. El primer hijo nació el 5 de diciembre de 1939, y lo llamaron To Puia, en memoria del padre de To Rot. Sin embargo, cuando lo bautizaron, le dieron el nombre cristiano de Andreas. To Burangan, amigo de To Rot, recuerda: «To Rot siempre rezaba por su esposa y sus hijos, especialmente por el primogénito. Lo llevaba a todos lados, lo acariciaba y jugaba con él, de modo que el pequeño niño pasaba más tiempo con su padre que con su madre». Andreas murió de disentería poco tiempo después de acabada la guerra. El segundo fruto del matrimonio fue una niña nacida en 1942, llamada Rufina Ia Mama. Rufina murió en 2016, y tuvo un hijo varón llamado Peter en honor a su abuelo. Y el tercero fue un niño que nació pocas semanas después de la muerte de su padre To Rot, y murió a los pocos

días de haber nacido. Es costumbre en Papúa Nueva Guinea darle nombre a los recién nacidos después de algunas semanas, por lo que este último niño murió sin haber tenido nombre.

Un tío de To Rot recuerda: «To Rot era un hombre completamente bueno que nunca conoció ningún tipo de engaño. Sus palabras eran tan buenas como sus hechos. Sólo la religión estaba en su mente. Su matrimonio era sagrado para él, y luchó contra la profanación del matrimonio por parte de otros».

Durante la homilía de beatificación de Peter To Rot, quiso también Juan Pablo II que miráramos al ejemplo que To Rot y Paula han dejado para las parejas del mundo:

El ejemplo del mártir habla también a las parejas casadas. El beato Peter To Rot tenía la más alta estima por el matrimonio, e incluso ante grandes peligros personales y oposición, defendió la enseñanza de la Iglesia sobre la unidad del matrimonio y la necesidad de la fidelidad mutua. Trataba a su esposa Paula con profundo respeto, y rezaba con ella mañana y tarde. A sus hijos les tenía el máximo cariño y pasaba todo el tiempo que podía con ellos. Si las familias son buenas, vuestros pueblos serán pacíficos y buenos. ¡Mantened las tradiciones que defienden y fortalecen la vida familiar! (*Homilía*, 17 de enero de 1995)



Arriba, Paula la Varpit, esposa del beato Peter To Rot desde 1936 hasta 1945.

Abajo a la izquierda, un niño tolai sostiene un enorme collar de mejillones.
Ese collar, después de haber sido visto por todos, se desarma y se entregan los
mejillones como en las fotografías de la derecha.



10- Tiempos de prueba

Antes de comenzar a hablar sobre el ministerio de To Rot durante la Segunda Guerra Mundial, conviene aclarar que en este capítulo hablaremos pura y exclusivamente de lo que sucedió en la isla de New Britain. No es nuestra intención hablar de los acontecimientos que se iban desarrollando en otros rincones de Papúa Nueva Guinea o del mundo. Nos limitaremos a narrar los eventos que tuvieron lugar en New Britain desde la invasión japonesa de la isla en 1942 hasta su liberación en 1945. Y nos limitaremos, también, a narrar los hechos que conciernen a Peter To Rot y a los misioneros de esa zona.

Durante los años de la guerra en New Britain, es necesario distinguir tres grandes momentos. 1) El primer momento tiene lugar con la invasión y ocupación de la isla en enero de 1942. Durante este período, a pesar de haber encarcelado a todos los misioneros, el ejército japonés no prohibió ninguna actividad pastoral. Es decir, que To Rot gozaba de libertad para llevar adelante su ministerio. 2) El segundo momento tiene lugar a inicios de 1943. Durante este período el ejército japonés decidió

prohibir parcialmente las actividades religiosas. 3) Y el tercer momento comienza a inicios de 1944, y esta vez la prohibición de actividades religiosas fue total.

1- Primer momento: ocupación japonesa de New Britain Enero de 1942 - Marzo de 1943

La ocupación japonesa de la isla de New Britain por parte del ejército japonés comenzó el 4 de enero de 1942 y se extendió hasta agosto de 1945. Naturalmente se trató de un evento que causó un gran impacto y cambió para siempre la vida de los habitantes de la isla, especialmente de los misioneros católicos. También los tolai, de la noche a la mañana y sin previo aviso, se encontraron invadidos por miles de soldados japoneses armados. Desde este momento, To Rot deberá demostrar la fortaleza de su fe y estar dispuesto a enfrentar muchos peligros de muerte.

La *Positio* relata este hecho de la siguiente manera:

Cuando se produjo el primer ataque aéreo pesado japonés de la Segunda Guerra Mundial en la península de Gazelle el 4 de enero de 1942, seguido de una gran invasión marítima los días 23 y 24 de enero, los australianos sólo tenían una fuerza simbólica para hacerles frente. Esto se debió a que las condiciones bajo las cuales la Liga de las Naciones otorgó a Australia el derecho de gobernar New Britain como un territorio de “Clase C” después de la Primera Guerra Mundial, estipulaba que no debía ocurrir

ningún desarrollo militar o gran despliegue de tropas o armamento militar en esta área. (*Positio...*, 41)

Los australianos que cuidaban la isla contaban con un equipamiento obsoleto para enfrentar a los japoneses. Se trataba de una fuerza de 2.200 hombres distribuída a lo largo de una gran isla, por lo que, en algunos puestos militares, no había más de media docena de soldados para defender los territorios. Los australianos pelearon e intentaron defender la isla, pero no fue suficiente. A las pocas semanas el ejército australiano decidió retirarse, y el 24 de enero de 1942 los japoneses tomaron posesión de la isla.

Al día siguiente de haber desembarcado en la isla, los japoneses tomaron Vunapope, la sede y el «cuartel general» de la diócesis. Monseñor Leo Scharmach, MSC, entonces arzobispo de Rabaul, recuerda ese hecho de este modo:

La misión de los Misioneros del Sagrado Corazón se extendía por todo New Britain, New Ireland y Manus. En total eran cincuenta y siete grandes estaciones de misión, en las cuales sesenta sacerdotes cuidaban el bienestar espiritual de sesenta mil católicos. (...) Cuando la guerra llegó a Vunapope, el complejo contaba con setenta y ocho edificios permanentes. (...) Los japoneses desembarcaron en Rabaul el 23 de enero de 1942, justo cuarenta y seis días después de Pearl Harbour. (...) El gobierno decidió evacuar a todas las mujeres y niños europeos. Un agente del gobierno visitó Vunapope y le preguntó a las hermanas europeas si ellas

también querían irse. Todas se ofrecieron a permanecer en la misión, y ofrecieron sus servicios como enfermeras, no sólo para los amigos, sino también para los enemigos. (...) En Vunapope había misioneros australianos, alemanes, austríacos, checoslovacos, polacos, holandeses, irlandeses, franceses e italianos. (*This Crowd...*, 3-12)

Ese mismo día fue parcialmente destruida la hermosa iglesia de Rakunai, porque los japoneses sospechaban que un soldado australiano estaba escondido dentro. La hermana de Peter To Rot, testigo ocular de estos hechos, recuerda: «El ejército japonés invadió New Britain en 1942. Llegaron a Rabaul el 23 de enero. Dos días más tarde, el 25 de enero, llegaron a Vunapope, la sede de la misión católica, y también a Rakunai».

Otro testigo dice:

Yo estaba en Rakunai cuando los japoneses invadieron. El miedo era el sentimiento predominante entre las personas que estaban bajo el dominio de los japoneses. Todos estaban en silencio mientras los japoneses disparaban contra la iglesia y la destruían en la búsqueda de un soldado australiano que creían que se escondía dentro. (*Positio... Summ*, 37)

Durante estos eventos, el padre Laufer, amigo y confidente de To Rot, también se encontraba en Rakunai. La policía japonesa le permitió permanecer en la aldea durante algunos meses, pero la

situación cambió drásticamente poco tiempo después. En octubre de 1942, los japoneses decidieron encerrar a todos los misioneros y los obligaron a permanecer bajo estricto internamiento en Vunapope. El predio se encontraba vigilado durante las veinticuatro horas del día, y un alambre de púas les recordaba a los misioneros los límites más allá de los cuales no debían alejarse. Desde este momento, la gente en las aldeas quedaba absolutamente sola, y la fe los valientes catequistas deberá brillar más fuerte que nunca.

Así recuerda Monseñor Leo Scharmach el inicio de la prisión en Vunapope:

Antes de que los japoneses partieran para la batalla del mar del Coral [mayo de 1942], la opinión en Vunapope era que, una vez que los japoneses se hubiesen ido, la guerra iba a terminar para nosotros. Cuando volvieron, pensé: «Preparémonos para al menos tres años de guerra». Y les aconsejé a todos [los religiosos] que se mantuvieran ocupados con alguna actividad, de lo contrario, podían perder la mente.

Las hermanas, además de encargarse de la comida y la ropa de todos, ocupaban sus días con lecciones de enfermería, música, idiomas y otras asignaturas. Los hermanos trabajaban duro para mejorar las condiciones en las cuales vivíamos, y para ayudar también en las demás comunidades. Los sacerdotes repasaban su filosofía y teología, estudiaban lenguas nativas y japonés. Teníamos un pequeño libro de esos que usan los turistas cuando van

a Japón. Hicimos copias, de modo que todos teníamos uno. (*This Crowd...*, 40)

Desde el momento en que el padre Laufer dejó Rakunai, Peter To Rot decidió que había llegado el momento de demostrar su generosidad y fidelidad. Tiempo atrás, el obispo le había entregado el crucifijo de catequista y había confiado en él nombrándolo catequista de Rakunai. Y el joven catequista no quería defraudar a Dios, a los misioneros y a su propia gente. Sabía muy bien que la situación era peligrosa y que su propia vida corría peligro, pero no dudó en hacerse cargo del cuidado de la estación misionera. Entre los testigos que dieron su testimonio durante la investigación canónica, sólo encontramos elogios y agradecimientos hacia To Rot.

Theresia Ia Varpilak, hermana de To Rot, recuerda:

Durante la ausencia del párroco, que estaba internado con los demás misioneros, primero en Vunapope y después en un campo de concentración en Ramale, Peter To Rot expresó su determinación y continuó como cabeza y jefe de la iglesia. Continuó con sus actividades pastorales, preocupándose por los enfermos y por los niños. (*Positio... Summ*, 5)

También Paula Ia Varpit, la joven viuda de To Rot, declara: «Peter To Rot continuó con su trabajo como catequista durante los años de la guerra, bautizando, realizando matrimonios, dando instrucción religiosa, cuidando a los enfermos».

Y su amigo y confidente padre Laufer, en la primera biografía escrita sobre To Rot llamada *A Catechist Becomes a Martyr*, escribe:

Cuando en 1942, por orden de la marina japonesa, el sacerdote a cargo se vio obligado a dejar la misión, To Rot asumió las responsabilidades en la parroquia y mantuvo unido al pueblo católico. Durante aproximadamente cuatro años fue el único director espiritual, en sustitución del pastor. Regularmente reunía a los niños y adultos para que recibieran instrucción tanto religiosa como secular, dirigía los servicios dominicales, bautizaba a los niños, oficiaba matrimonios, visitaba a los enfermos y enterraba a los muertos. Tomó nota de todo en los registros parroquiales y fue considerado la persona más importante entre la población nativa católica durante toda la duración de la ocupación japonesa. (*A Catechist...*, 1)

Y el entonces líder de Rakunai también recuerda:

En ausencia del párroco, Peter To Rot asumió todas las responsabilidades de la parroquia y comenzó a cuidar de la gente. La marina japonesa fue la primera en llegar a Rakunai, y ordenaron a los misioneros a dejar la aldea, pero no prohibieron las actividades pastorales. Tiempo más tarde intervino la policía japonesa, y fue entonces cuando comenzó la prohibición de toda actividad religiosa. (*Positio... Summ*, 15)

Aunque podríamos también citar el testimonio de otros testigos, preferimos no hacerlo, ya que todos concuerdan en que To Rot se hizo cargo de la fe y la moral de la aldea en ausencia del sacerdote. Todos los testimonios hablan del cuidado de To Rot para con los enfermos, a quienes visitaba con frecuencia y les daba la Sagrada Comunión. Cuidaba de los niños, a los que dedicaba largas horas de instrucción religiosa y secular. Cuidaba de los pobres, a quienes buscaba ayudar en sus necesidades. Se preocupaba de los recién nacidos, y apenas sabía de alguna mujer que hubiera dado a luz, comenzaba a organizar el bautismo. Cuidaba de las parejas, a las que daba instrucción y asistía en sus matrimonios. Se preocupaba por sus compañeros catequistas, a quienes visitaba y fortalecía. Y hacía lo mismo con los misioneros, a quienes solía visitar y llevar comida. Por último, también se preocupaba por los muertos, a quienes les daba cristiana sepultura siguiendo los ritos que el párroco le había enseñado. En otras palabras, a nadie en Rakunai se le negó el amor y la preocupación paternal del catequista To Rot.

Un primo de To Rot recuerda este período con estas palabras:

Cuando, durante la ocupación japonesa, la estación misionera se quedó sin sacerdote, To Rot fue perfectamente capaz de asumir la total responsabilidad y logró que todo continuase funcionando. Bautizaba a los recién nacidos y oficiaba matrimonios de parejas católicas. A veces traía hostias consagradas de la estación central de la misión en Vunapope, que estaba a cinco o seis horas de camino, y luego convocaba a la gente en la iglesia de Palnalama para

recibir la Sagrada Comunión. (...) To Rot tampoco se olvidaba de los misioneros en el campo de prisioneros japonés. Solía recolectar huevos y otros productos de los aldeanos y llevar estas donaciones al campamento, o persuadir a otras personas para que lo hicieran. Después del bombardeo de la misión en Vunapope, el lugar donde los misioneros habían sido internados originalmente, todos los misioneros fueron trasladados tierra adentro a Ramale. To Rot recolectó una gran cantidad de alimentos y ropa, y él mismo llevó todo al campamento en un camión japonés, sólo para que la policía japonesa confiscara todo. (*Positio... Summ*, 151)

Mientras To Rot tuvo libertad, se preocupó por todos.

2- Segundo momento: prohibición parcial de la religión Marzo de 1943 - Marzo de 1944

La libertad de la que gozaban los católicos durante los primeros meses de la ocupación japonesa llegó a su fin en marzo de 1943. Durante 1942 la actividad pastoral había continuado y la gente había podido rezar libremente y recibir formación de los catequistas. Pero, a partir de marzo de 1943, comenzó a notarse un cambio en la actitud de los japoneses hacia la población nativa, y en particular en lo que respectaba a la práctica religiosa. Como consecuencia de varias derrotas sufridas tanto por la armada japonesa como por el ejército japonés durante 1942, la administración civil, que había estado a

cargo de estos dos servicios, fue transferida a la policía militar en 1943. En marzo de 1943, después de la Batalla del Mar de Bismarck, los japoneses también perdieron la supremacía aérea. Fue en este mismo momento en el que la situación cambió drásticamente para los nativos de Papúa Nueva Guinea bajo la administración japonesa.

Y Rakunai no fue una excepción. La tolerancia de los japoneses hacia las prácticas religiosas de los tolai se deterioró rápidamente, y la situación se volvió aún más peligrosa que antes. Peter To Rot y Anton Tata, que era el líder de Rakunai durante esos años, fueron identificados por los japoneses y convocados al cuartel general de la policía militar en Rabaul. A To Rot se le interrogó sobre sus actividades como catequista y se le ordenó restringir su trabajo. De este episodio, tenemos el testimonio dado por el propio Anton Tata durante la investigación de 1952:

No pasó mucho tiempo antes de que ambos fuéramos llamados a la estación de policía por primera vez. Tuvimos que ir a Rabaul. A To Rot se le preguntó si era catequista y si aún realizaba servicios religiosos. Él respondió afirmativamente. To Keta, el jefe de la Policía Nativa, trató de facilitarle las cosas a To Rot. Los servicios religiosos no estaban prohibidos, pero no debía haber grandes concentraciones de personas. Si la gente quería reunirse, debía ser en las primeras horas de la mañana debido al peligro de los ataques aéreos. To Rot pensó que la proposición era razonable y todos nos fuimos a casa. (*Positio... Summ*, 159)

Y el primo de To Rot, Gabriel To Uratun, recuerda incluso las palabras textuales con las cuales respondió el catequista:

To Rot fue citado tres veces a la jefatura de policía de Japón porque continuaba ejerciendo su ministerio como catequista. En la primera ocasión tuvo que acudir a Rabaul, donde fue interrogado sobre sus actividades. Le dijo a la policía japonesa: «La religión nos hace capaces de soportar las miserias de la guerra. No hacemos nada malo cuando hacemos la obra de Dios. Al contrario, la religión los beneficia también a ustedes, pues nos enseña a obedecerles como a la autoridad legítima y nos prohíbe robarles. Y hay muchas otras enseñanzas similares beneficiosas para ustedes». En esa primera ocasión no se tomó ninguna acción contra To Rot y fue libre de irse a casa. (*Positio... Summ*, 151)

En Rakunai, mientras tanto, los japoneses ordenaron que se destruyera la iglesia parroquial. Decían que era sorprendentemente visible para los bombarderos aliados, y atraía a grandes concentraciones de personas, lo que la convertía en una trampa mortal y ponía en riesgo a la gente. Nadie en Rakunai creyó esa excusa, porque sabían que desde el principio los japoneses miraban con desconfianza todas las actividades y reuniones religiosas. A pesar de ello, To Rot obtuvo permiso para construir una iglesia más pequeña en un lugar menos visible. Tenía que ser pequeña, sencilla y, de alguna manera, camuflada. Sólo pequeños grupos de personas podían reunirse en

ella, de acuerdo con las órdenes japonesas dadas a To Rot. Sin demora, el buen catequista organizó la construcción de la nueva iglesia, hecha al estilo tolai con materiales de la selva en un lugar llamado Palnalama, cuyo nombre significa «casa de palma» («pal» = casa; «na» = de; «lama» = pama).

Joseph Tatamai, hermano mayor de To Rot, recuerda así el hecho:

Un día instó a la gente a construir una iglesia. Hicimos lo que nos pidió y se construyó la iglesia. Cuando la casa de oración estuvo terminada, tuvimos una celebración. Los niños comenzaron allí su educación. Cuando una pareja deseaba casarse, se lo decían a To Rot para que obtuviera el permiso requerido. Después de obtenido el permiso, realizaba la ceremonia de la iglesia. (*Positio... Summ*, 148)

Y Marta Ia Kot, esposa del líder de Rakunai durante esos años, agrega:

La gente estaba muy asustada y no se atrevía a desobedecer las órdenes de los japoneses. Mi esposo era el intermediario entre la gente y la policía militar y trataba de ayudar a la gente. Algún tiempo después de la invasión, los japoneses prohibieron las grandes reuniones de oración y ordenaron que se destruyera la iglesia y se construyera otra en la aldea. El Santísimo Sacramento fue retirado de la estación [misionera] principal. Peter To Rot organizaba pequeños grupos de personas en varios lugares y rezaba con ellos. (*Positio... Summ*, 22)

Uno de los motivos por los cuales los japoneses comenzaron a oponerse a la práctica religiosa, fue el hecho de que estaban sufriendo grandes derrotas en el frente de guerra. Por un lado, los japoneses sabían que los tolai deseaban que la guerra finalizara lo antes posible. Y por otro lado, sabían también que los tolai apoyaban a los australianos y estadounidenses. Por eso atribuían las derrotas bélicas a las oraciones de los cristianos. Monseñor Scharmarch nos cuenta:

Al inicio los japoneses no tenían ninguna objeción en estas prácticas [religiosas], especialmente los domingos. Los distintos grupos se reunían temprano en la mañana y, después de las oraciones matutinas acostumbradas, comenzaban a recitar las oraciones de las distintas partes de la misa. Incluso hacían sonar las campanas cuando llegaba el momento del ofertorio, la consagración y la comunión. Como el Santísimo Sacramento no estaba en la iglesia y no tenían sacerdotes, todos hacían una comunión espiritual. Se preparaban así, con contrición y amor, e invitaban a Nuestro Señor a sus corazones.

Esta era la práctica normal en las numerosas comunidades católicas durante la ocupación japonesa. Sin embargo, cuando la fortuna de la guerra se volvió contra las invasores y se dieron cuenta de su ruina, comenzaron a culpar abiertamente a los fieles por esto. Les decían: «Ustedes nos odian y le rezan a su Dios por nuestra derrota, privándonos de nuestras victorias». (*This Crowd...*, 240)

De hecho, la biografía de To Rot escrita en 1950 por su amigo el padre Carl Laufer, tiene por título *Too Much Christo*, que era la expresión con la cual los japoneses disgregaban a los católicos que se reunían para rezar. «*Christo*» era como los japoneses llamaban a Cristo, y «*too much*» significa «demasiado». Cuentan los testigos que cada vez que los japoneses se acercaban a algún grupo de gente que estaba rezando, les decían con desdén: «¡Basta de rezar! ¡Demasiado Cristo!». Los japoneses convirtieron esta expresión en la excusa perfecta para justificar muchas de sus derrotas durante la Guerra del Pacífico. Según ellos, las derrotas eran inevitables porque había «demasiado Cristo» que les impedía vencer.

Esta situación duró durante exactamente un año, desde marzo de 1943 hasta marzo de 1944. En marzo de 1944, todo cambiaría una vez más.

3- Tercer momento: prohibición total de la religión Marzo de 1944 - Mayo de 1945

Para esta época la guerra se había vuelto definitivamente en contra para los japoneses. El ejército había sido expulsado del sur de New Britain y sólo controlaban la península de Gazelle, que estaba totalmente incomunicada para nuevos suministros traídos por mar o por aire. Los bombardeos, sin embargo, continuaban.

Como la situación de los japoneses empeoraba y se acercaba el final de la guerra, decidieron endurecer su relación con los nativos, y el pueblo tolai sufrió aún más. La prohibición parcial de las actividades religiosas fue, en ese momento, reemplazada por una prohibición

total, que se hizo oficial cuando los líderes de las aldeas, así como los catequistas católicos y metodistas, fueron citados a la jefatura de policía en Ramata. Los catequistas fueron interrogados sobre sus actividades religiosas, y la policía les comunicó que todas las prácticas religiosas estarían, a partir de ese momento, absolutamente prohibidas. Aunque en los años anteriores habían tolerado el trabajo de los catequistas, ya no estarían dispuestos a hacerlo. To Rot trató de explicarles que su servicio religioso no tenía nada que ver con la guerra. Por el contrario, la religión los fortalecía para soportar la guerra y también les enseñaba a obedecer y respetar a los japoneses. Sin embargo, el oficial de policía le gritó que cerrara la boca y se callara. Los servicios religiosos estaban y seguirían estando estrictamente prohibidos. A partir de ese momento, el apostolado se convirtió en sinónimo de martirio.

Paschal To Uvae, un colega catequista de que fue citado junto con To Rot a la jefatura de policía, recuerda:

En la segunda ocasión en que fue citado a jefatura, To Rot iba acompañado de To Vema de Raluan, To Rapuia de Rapui y yo. Nos dijeron que no debíamos celebrar más asambleas religiosas porque, según alegaban los japoneses, las oraciones cristianas les estaban retrasando la victoria final en la guerra. Los japoneses creían que debido a que los nativos practicaban su religión tan responsablemente, Dios ya no consideraba adecuado favorecer a los japoneses. (*Positio... Summ*, 155)

To Rot dejó la jefatura y volvió a su casa, sabiendo que no podía hacer caso a la prohibición. Le dijo a la gente de su aldea: «**Quieren quitarnos la oración, pero yo haré mi trabajo**». Y desde este momento, To Rot se encontraría absolutamente solo. Al inicio de la ocupación, ya había perdido a los sacerdotes y a los misioneros. Después, durante la prohibición parcial, había también perdido a muchos colegas catequistas. Algunos habían abandonado el ministerio por temor a los japoneses. Otros, en cambio, habían sido encarcelados. Recuerda Monseñor Schamarch:

Un buen número de catequistas fueron encarcelados, golpeados y asesinados. Algunos, por haber ayudado a pilotos [aliados] que se estrellaron, o a soldados [aliados] en apuros. La mayoría, por negarse a abandonar sus deberes religiosos. Prefirieron morir antes que convertirse en traidores de su fe. (*This Crowd...*, 242)

Ahora, con la prohibición total, a To Rot se le cerraban todas las puertas para seguir estando cercano a la gente que lo necesitaba. El padre Laufer dejó escrito:

Las chozas de los nativos eran registradas regularmente en busca de libros religiosos, crucifijos, medallas, estampas, etc. Poseer cualquier documento escrito era peligroso. To Rot tenía en su poder el registro de la misión que, junto con sus anotaciones personales, logró ocultar en el techo de paja de la escuela. Lo que había sido permitido hasta este

momento y llevado a cabo en cuanto a oraciones, servicios dominicales e instrucciones, ahora estaba prohibido, al menos exteriormente. (*A Catechist...*, 8)

Con esta nueva prohibición, To Rot tenía delante sólo dos posibilidades. La primera consistía en abandonar su ministerio de catequista, abandonando también a su pueblo a vivir y a morir sin oraciones ni sacramentos. La segunda, en cambio, consistía en arriesgar su vida por Cristo y, con prudencia y sabiduría, continuar con su ministerio de catequista. El buen catequista no lo dudó, y prefirió arriesgar la vida, *«porque tenía los ojos puestos en la recompensa»* (Heb 11,26).

*Apostolado de Peter To Rot
durante la prohibición total de la religión*

Después de la última reunión en la jefatura de policía, To Rot decidió comenzar a actuar con la máxima prudencia. No quería poner en riesgo a los demás, y tampoco quería arriesgarse imprudentemente a un eventual encarcelamiento. Su orgulloso párroco y amigo, el padre Laufer, lo recuerda de este modo:

En secreto, durante la noche y escondidos en cuevas, To Rot rezaba con pequeños grupos. Daba instrucciones religiosas, bautizaba a los recién nacidos y oficiaba matrimonios. Viajaba de un lugar a otro y animaba a sus cristianos que se encontraban en catacumbas: **«Se han**

llevado a nuestros sacerdotes, pero no pueden prohibirnos que seamos católicos y que vivamos y muramos como tales. Soy vuestro catequista y cumpliré con mi deber aunque me cueste la vida». Esto da testimonio de su espíritu de fe y fidelidad al deber que, durante el tiempo de necesidad espiritual, no permitía que ningún niño muriera sin el bautismo, y ningún matrimonio se llevara a cabo sin su ayuda. Su actividad de amor no se limitó a su propio pueblo. En las cercanías de Vunalaka, una tropa de soldados convictos había sido sentenciada a trabajos forzados, y entre ellos había un grupo de católicos. Para ellos, To Rot demostró ser un amigo, y recolectaba frutos para saciar su hambre. Los otros catequistas de la estación fueron estimulados por su heroico ejemplo y comenzaron a actuar en la misma dirección. (*A Catechist...*, 9)

También el padre Theler alaba a To Rot con estas palabras:

Ahora la fe del valiente e intransigente del catequista se mostró aún más fuerte que antes, al igual que su amor de pastor por su pueblo y su compasión por los gravemente afectados por la guerra. Se consideraba a sí mismo un custodio, responsable de toda la comunidad, y un ayudante designado para cuidar de los enfermos, los moribundos y los prisioneros. (...)

Durante este tiempo, To Rot se ocupó especialmente de los enfermos y moribundos. Los visitaba y los preparaba para

la muerte, suscitando en ellos el arrepentimiento, y enterraba a los difuntos. Cuando esto ya no fue posible oficialmente, lo hizo en secreto, incluso en la oscuridad de la noche, sin temor a las eventuales consecuencias. Su principio era: «**La obra de Dios es todo y lo más importante**». A veces incluso caminaba hasta la lejana Vunapope para buscar el viático para los moribundos. Posteriormente, invitaba al pueblo a adorar al Santísimo Sacramento.

Durante este período sin sacerdote, To Rot también se ocupaba de las «sucursales» de la estación misionera principal, donde trabajaban otros catequistas. Visitaba a la gente, les daba instrucción, los animaba, los bautizaba y oficiaba en las bodas. Más tarde, cuando los viajes se hicieron más difíciles, enviaba a los catequistas breves consejos escritos y palabras de consejo. (*A Short Biography...*, 18-19)

Durante este período de prohibición total, To Rot dividió a la gente en tres grupos de oración, de modo que no hubiese muchas personas en un mismo lugar. De más está decir que visitaba con frecuencia esos grupos, siempre y cuando las circunstancias se lo permitieran. Les aconsejaba rezar en voz baja, sin llamar demasiado la atención. Y les decía que, en caso de que alguien muriera y él no pudiera hacerse presente, entonces no deberían rezar en el cementerio, de lo contrario llamarían la atención de los japoneses y de la gente de la aldea que, para ganarse el favor de los japoneses, actuaban como espías. Les aconsejaba rezar en la casa del difunto la noche anterior al entierro, y

enterrar al difunto en total silencio durante la mañana siguiente. To Rot era prudente, y así le decía a la gente: «Recen todos los días, pero sólo en la mañana temprano, y en las cuevas».

Todos los testimonios que se recogen en la *Positio* aseguran que To Rot jamás abandonó su ministerio de catequista, a pesar de las prohibiciones y las amenazas. Intentaba por todos los medios ser sumamente prudente y listo, pero continuaba con sus obligaciones y estaba listo a perseverar hasta el final.

La hermana Adriana Ia Katai, una pariente de To Rot, asegura que el buen catequista «continuó con su trabajo con un celo insuperable, a pesar de todas las prohibiciones de los japoneses acerca de ese tipo de actividades». Martin To Kau, habitante de Rakunai, dice: «Peter To Rot continuó con su trabajo de catequista hasta el final». Margareta Ia Kalan, la niña adoptada por la familia de To Rot, agrega: «Peter To Rot continuó firmemente con sus actividades pastorales. Seguía visitando a la gente, bautizando, llevando a cabo matrimonios y preocupándose por los enfermos. Así lo hizo hasta su encarcelamiento. Y jamás demostró temor mientras realizaba estas actividades». Johannes to Varto, compañero de escuela y amigo del catequista, señala: «Yo estaba impresionado por el modo como To Rot llevaba a cabo su trabajo y por la respuesta que encontraba en la gente bajo esas condiciones tan problemáticas. En ese momento la gente tenía mucho temor, pero gracias a la guía de To Rot continuaban reuniéndose para las oraciones, a pesar de que todas las formas de expresión cristiana estaban totalmente prohibidas. La gente sentía que los japoneses estaban en contra de la religión, porque nos decían: “Basta de *Christo*”».

Anton to Burangan también recuerda que un domingo, en la iglesia de Palnalama, To Rot anunció: **«Quieren quitarnos nuestras oraciones. Pero no teman, ¡me ocuparé de que mi ministerio continúe!»** Estas palabras de To Rot tenían un claro significado: estaba dispuesto a asumir las consecuencias de su fe y de su ministerio, aunque esto implicara la prisión o la muerte. Y la prisión de la que estamos hablando no suponía únicamente la privación de la libertad, sino también un castigo cruel. Muchos tolai habían sido ejecutados en su propio distrito por delitos menores que la desobediencia deliberada a una orden policial.

Los riesgos a los que se enfrentaba To Rot eran ciertos. Raphael To Labit, amigo y colega catequista, recuerda que una vez la policía japonesa le dijo a To Rot: «Si no abandonas tus actividades religiosas, irás a prisión, y allí te cortarán la cabeza». No se trataba de amenazas vacías usadas para intimidar al catequista, sino que los castigos eran realmente crueles. Las ejecuciones, los azotes y las mutilaciones eran prácticas comunes entre los japoneses, y los tolai debían sufrirlas incluso por las más mínimas desobediencias. Un testigo recuerda: «Los japoneses eran crueles con la gente. Los asesinatos no eran hechos aislados, aun sin grandes motivos aparentes, como por una simple negativa a obedecer. (...) Algunos fueron asesinados por robar víveres a los japoneses». También Monseñor Scharmach habla de estas crueldades en su libro: «Algunos isleños tomaban víveres y arroz de los japoneses. Al ser descubiertos, eran juzgados, azotados terriblemente y sentenciados a trabajos forzados».

Terminamos este capítulo con las palabras de Juan Pablo II durante la beatificación de Peter To Rot:

Durante tiempos de persecución, la fe de los individuos y de las comunidades es «*probada por el fuego*» (1 Ped 1,7). Pero Cristo nos dice que no hay razón para tener miedo. Los perseguidos por su fe serán más elocuentes que nunca: «*No sois vosotros los que habláis; el Espíritu de vuestro Padre estará hablando en vosotros*» (Mt 10,20). Así fue para el beato Peter To Rot. Cuando el pueblo de Rakunai fue ocupado durante la Segunda Guerra Mundial y después de que los heroicos sacerdotes misioneros fueran encarcelados, asumió la responsabilidad de la vida espiritual de los habitantes del pueblo. No sólo continuaba instruyendo a los fieles y visitando a los enfermos, sino que también bautizaba, asistía a matrimonios y guiaba a la gente en la oración. (*Homilía*, 17 de enero de 1995)

11- Prisión de los misioneros

Si bien este libro está dedicado a la figura de Peter To Rot, no queremos olvidar a los heroicos y generosos religiosos que, libremente, decidieron quedarse en New Britain durante los años de la guerra. Entre los religiosos hay que distinguir dos grandes grupos: las hermanas nativas, y los misioneros europeos.

1- Hijas de María Inmaculada Congregación nativa de hermanas

Cuando hablamos de «hermanas nativas», nos referimos a las hermanas Hijas de María Inmaculada (FMI Sisters). Se trata de una congregación fundada por el entonces Vicario Apostólico en Rabaul, Monseñor Louis Couppé, MSC (1850-1926). En 1912, animado por el Santo Padre, decidió establecer una congregación religiosa femenina bajo el patrocinio de María Inmaculada. Sin embargo, durante los primeros años de vida, esta nueva congregación dependía de las hermanas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón (OLSH Sisters), la rama femenina de los Misioneros del Sagrado Corazón (MSC). Las

hermanas OLSH y los padres MSC guiaron esta nueva congregación durante los primeros años de vida.

Durante el período de la guerra, mientras que los misioneros europeos fueron encarcelados desde mediados de 1942 hasta agosto de 1945, las hermanas nativas gozaron de cierta libertad. Los japoneses insistían en que Japón era enemigo de Europa, pero no de Papúa Nueva Guinea. Por eso las hermanas nativas fueron dejadas en libertad, con la condición de que obedecieran a los japoneses y no intentaran comunicarse ni ayudar a los religiosos encarcelados.

Monseñor Leo Scharmach recuerda:

Cuando en octubre de 1942 todos los misioneros fueron llevados a la prisión en Vunapope, las hermanas nativas fueron dejadas en libertad y los japoneses les dijeron que podían irse a donde quisieran. Las pobres hermanas se sentían huérfanas al ser separadas de sus madres y padres espirituales. Llorando y lamentándose, empacaron sus pocas pertenencias. Su convento, de todos modos, ya había sido ocupado por soldados japoneses. Entonces reuní a las pobres hermanas y les expliqué que, bajo estas circunstancias, estaba dispuesto a darles permiso para que cambiaran sus hábitos religiosos por ropa secular y se fueran a sus casas. Ni siquiera una aceptó el ofrecimiento. Todas insistieron enfáticamente en que seguirían viviendo juntas y vistiendo el hábito religioso. Con el corazón lleno de tristeza, les di mi última bendición y partieron. (*This Crowd...*, 244)

Una vez alejadas del resto de los padres y las hermanas europeas, las hermanas nativas fueron a Takabur, una aldea a pocos kilómetros de Vunapope donde estaba su noviciado. Eligieron a la hermana Cecilia como superiora, y continuaron llevando vida comunitaria hasta el final de la guerra. Sólo en poquísimas ocasiones les fue permitido visitar al obispo y al resto de los misioneros que estaban encarcelados, aunque tenían permitido acercarse hasta los alambres de púas. Monseñor Scharmach recuerda:

Los sábados por la mañana yo me paraba en un lugar donde ellas podían verme bien. Levantaba mi mano para llamarles la atención, y ellas me reconocían. Después les hacía un segundo signo: me golpeaba el pecho, como durante el *Confiteor*, indicando contrición. Finalmente, trazaba el signo de la cruz con la mano dándoles la absolución general. Ellas me entendían perfectamente y se alegraban. Todos los sábados, durante un año y medio, recibieron la absolución general, porque era imposible que se confesaran individualmente. (...) Cualquier tipo de comunicación estaba estrictamente prohibida y era imposible. (*This Crowd...*, 249)

Fueron años en los cuales las hermanas tuvieron que afrontar muchos peligros y contrariedades. A pesar de ser nativas, seguían siendo religiosas. Y no debemos olvidar que todas las prácticas religiosas habían sido estrictamente prohibidas, y los japoneses despreciaban a los cristianos. Durante todos estos años –hasta donde

sabemos— sólo pudieron comulgar una vez, y estaban privadas de la presencia eucarística de Cristo en el sagrario. Tampoco podían rezar abiertamente o hacer apostolado, y uno de los dolores más grandes era saber que el obispo —a quién amaban como a un padre— y el resto de los misioneros se encontraban viviendo en condiciones inhumanas.

Incluso gozando de cierta libertad, las hermanas eran continuamente vigiladas, y la policía japonesa buscaba cualquier excusa para intentar que abandonaran la vida religiosa y volvieran a sus aldeas. Nos cuenta Monseñor Scharmach:

La hermana Theresia fue acusada de haber dicho algo ofensivo contra los japoneses. Ella lo negaba con insistencia, y el japonés que la acusó no tenía testigos. (...) La hermana Cecilia la acompañó [a la estación de policía]. Un japonés intentaba alejar con violencia a la hermana Cecilia, pero ella se aferraba a la hermana Theresia, y decía: «Es mi hija, no la dejaré». Los japoneses continuaron con el interrogatorio durante toda la noche, con la bayoneta apuntando continuamente al cuerpo y la garganta de la hermana Theresia, y moviéndola de modo amenazante y salvaje. Cuando decidieron que la hermana Theresia sería llevada a la prisión subterránea de la estación de policía, la hermana Cecilia respondió: «También yo iré con ella, no podrán separarme». «La mataremos esta noche», dijeron los policías. «Entonces tendrán que matarme a mí primero», respondió la superiora. Cuando las demás hermanas se enteraron de esto, se acercaron [a la estación de policía] y comenzaron a

gritar, una después de la otra: «¡Mátenme a mí, pero dejen a la hermana Theresia!» La hermana Theresia alzó la voz y dijo a sus hermanas: «Déjenlos que me maten. Sé que no he hecho nada malo y no tengo miedo a morir».

Mientras tanto, las otras hermanas continuaban afuera. Los guardias japoneses las vieron y decidieron darles un trato especial: la llamada «tortura del bambú». Se les ordenó que se pusieran en fila y se arrodillaran. Les colocaron un largo tronco de bambú sobre sus piernas, detras de las rodillas. Dos policías nativos se pararon en cada uno de los extremos, para hacerlo pesado. Este tormento es muy cruel y doloroso. Las pobres hermanas comenzar a gimotear y a llorar de dolor.

Tagai, el intérprete japonés, comenzó a reír sádicamente y les decía con tono burlón y despectivo: «¿Y así pretenden ser seguidoras de *Christo*? ¿Acaso *Christo*, cuando colgaba de la cruz, se quejaba y lloraba como hacen ustedes ahora? ¡Deberían avergonzarse!»

Esta burla hizo que las hermanas dejaran de lamentarse. (...) Este trato inhumano continuó hasta las cuatro de la mañana. A esa hora, fueron los japoneses quienes se rindieron. En ese momento se dieron cuenta de que las hermanas eran verdaderas seguidoras de *Christo* y que no había nada que pudiera quebrar su ánimo. (*This Crowd...*, 247-248)

La suerte de las hermanas cambió en diciembre de 1944. Al menos, durante algunos minutos. El 24 de diciembre de ese año enviaron una

canasta de bananas cocidas al obispo, que se encontraba en estricto aislamiento junto a los demás misioneros. Y escondida entre las bananas, una pequeña nota que decía: «Querido obispo y padre, queremos que sepa que nos encontramos angustiadas. Hemos estado llorando durante muchos días y noches, y no podemos dormir por la pena. La Navidad está muy cerca y sabemos que no habrá Misa ni comunión para nosotras. Ni siquiera en el nacimiento de Nuestro Señor. ¿Podría ayudarnos, querido obispo? Firma: Sus pequeñas hijas». Escribe Monseñor Scharmach:

Esa nota se clavó como una daga en mi corazón. Había intentado celebrarles la Misa y darles la comunión en muchas oportunidades, pero hasta ese momento había siempre fallado. Decidí intentarlo una vez más, e intentarlo con fuerza. (...) Me presenté en la oficina donde se encontraban el alcalde, el doctor, el jefe de policía y un intérprete. Después de explicarles el sentido de la Navidad, pedí permiso para que las hermanas nativas pudieran asistir a la Misa y recibir la comunión ese día.

Primera propuesta: permitir que las hermanas entraran al campo [de detención] con custodia policial. A cierta distancia, un sacerdote celebraría la Misa y se acercaría a ellas únicamente para darles la comunión. Una animada discusión tuvo lugar entre el alcalde y el jefe de policía. Hablaban y hablaban mientras yo permanecía sentado y me preguntaba qué estarían diciendo. Después de unos veinte minutos, me dijeron que no podían concederme

autorización, ya que esa propuesta atentaba contra las reglas de la prisión.

Entonces les presenté mi segunda propuesta: en lugar de dejar entrar a las hermanas al campo, que le permitieran a un sacerdote prisionero salir del campo e ir hasta donde estaban las hermanas, también acompañado por custodia policial. El sacerdote celebraría la Misa y volvería inmediatamente a la prisión. Una vez más, después de una larga discusión, la respuesta fue también negativa.

Yo estaba listo para mi tercera propuesta. Les dije: «Para custodiar las santas reglas de seguridad de la prisión, les propongo que mañana, a las seis de la mañana, les permitan a las hermanas acercarse hasta el alambre de púas que está a treinta metros de mi choza, permaneciendo fuera de la prisión. Desde allí, al menos, podrán verme celebrar Misa. Les pido sólo esto. No hablaremos. Si quieren, hasta pueden poner guardias armados con granadas y bayonetas entre las hermanas y yo». Pensé que esta propuesta era infalible. La discutieron durante media hora. Mis esperanzas comenzaron a desaparecer, hasta que, con gran alivio, me concedieron el pedido. «Está bien, obispo –dijeron–, mañana a las seis de la mañana las hermanas estarán en el lugar indicado». Les agradecí, y les dije que quería pedirles un último favor. Les expliqué que en el día de Navidad habría una ceremonia especial. Todos los sacerdotes, hermanos, hermanas, niños y niñas se acercarían al obispo, y, arrodillándose, besarían mi anillo. Después nos daríamos la mano y nos desearíamos

una feliz Navidad unos a otros. «Les pido que este favor se extienda también a las hermanas nativas –les dije–. Deseo estrecharles la mano en presencia de todas las autoridades y fuerzas policiales». Después de una pequeña discusión, me concedieron también este pedido.

El día de Navidad, antes de las seis de la mañana, comencé la primera de las tres misas. Después de unos minutos, el monaguillo me avisó en voz baja que las hermanas de María Inmaculada habían llegado. Yo estaba feliz, y continué con el Santo Sacrificio. Después de unos pocos minutos, me susurró de nuevo: «Las hermanas se han ido. El guardia las ha expulsado».

Cuando terminé mi Misa, las vi sentadas en el camino empinado que conduce a la prisión, y lloraban. El padre Kersken ya estaba revestido para la Misa y estaba a punto de comenzar. Le pedí que moviera la mesa que usaba de altar y la pusiera en algún lugar más visible, justo frente a mi choza, para que las hermanas pudieran verlo. El padre se alegró de hacerlo, y las hermanas se alegraron aún más por poder escuchar la Misa, aun estando a unos cien metros de distancia.

Cuando terminé mi tercera Misa, me acerqué donde estaban reunidos el oficial de policía y las demás autoridades. Yo estaba vestido con sotana morada, roquete y estola. Comencé estrechando las manos con el alcalde y continué con el resto, deseándoles a cada uno una feliz Navidad. Ellos refunfuñaban alguna frase en respuesta. Después dije: «Alcalde, ahora me gustaría poder saludar a las hermanas».

Asintió, y con un gesto de cabeza les indicó a las hermanas que se acercaran. Las hermanas comenzaron a acercarse en fila, una detrás de otra. La primera hermana se arrodilló y besó mi anillo. Entonces abrí el copón que había escondido bajo el roquete, y le di la Santa Comunión. Una por una, todas se fueron acercando, llevando a cabo la misma ceremonia. Ellas besaban el anillo y al mismo tiempo recibían al Salvador que por nosotros había nacido en Navidad. (*This Crowd...*, 250-252)

2- Misioneros europeos

La suerte de los misioneros europeos fue muy distinta a la de las hermanas nativas. No queremos aquí hablar sobre todo lo que sucedió en New Britain, sino únicamente de lo que sucedió en Vunapope, la sede del Vicariato de Rabaul. Nos cuenta Monseñor Scharmarch:

La misión de los Misioneros del Sagrado Corazón se extendía por todo New Britain, New Ireland y Manus. En total eran cincuenta y siete grandes estaciones de misión, en las cuales sesenta sacerdotes cuidaban el bienestar espiritual de sesenta mil católicos. (...) Cuando la guerra llegó a Vunapope, el complejo contaba con setenta y ocho edificios permanentes. (...) Los japoneses desembarcaron en Rabaul el 23 de enero de 1942, justo cuarenta y seis días después de Pearl Harbour. (...) El gobierno decidió evacuar a todas las mujeres y niños europeos. Un agente del gobierno visitó

Vunapope y le preguntó a las hermanas europeas si ellas también querían irse. Todas se ofrecieron a permanecer en la misión, y ofrecieron sus servicios como enfermeras, no sólo para los amigos, sino también para los enemigos. (...) En Vunapope había misioneros australianos, alemanes, austríacos, checoslovacos, polacos, holandeses, irlandeses, franceses e italianos. (*This Crowd...*, 3-12)

Cuando en enero de 1942 los japoneses llegaron a Rabaul, una de las primeras decisiones que tomaron fue la de establecerse en Vunapope. Vunapope contaba con setenta y ocho edificios: escuelas, talleres, conventos, hospital, salas de reuniones, casa de retiro, capillas, habitaciones para sacerdotes y hermanos, dormitorios para estudiantes, residencia del obispo, oficinas del obispado, etc. Era una pequeña ciudad a la que no le faltaba absolutamente nada. De hecho, Vunapope podía subsistir sin necesidad del mundo exterior, ya que tenía no sólo una gran cantidad de animales y tierras cultivadas, sino que incluso generaba su propia energía y agua potable. Todo esto llamó la atención de los japoneses, que vieron en Vunapope un lugar ideal para instalarse. A los pocos días desalojaron gran parte de los edificios, y los transformaron en habitaciones, comedores y enfermerías para los miles de soldados que día tras día iban llegando a la isla.

Durante los primeros días, los misioneros aún gozaban de cierta libertad. Si bien debían pedir permiso continuamente a los japoneses para poder abandonar el predio o realizar cualquier movimiento, sin embargo ese permiso era casi siempre concedido. De todos modos, esa libertad duró muy poco.

Un mes más tarde, el 26 de febrero, la situación empeoró para los misioneros. Ese día llegó un comunicado de Japón en la que se ordenaba que todos los extranjeros residentes en Rabaul que fueran súbditos de alguna nación en guerra con Japón, debían ser inmediatamente arrestados y encarcelados. «Esa fue una de mis horas más oscuras –recuerda el obispo–. ¡Me pedían que entregara mis misioneros, especialmente las numerosas hermanas, a las “delicadas misericordias” de las tropas japonesas! ¡Nunca en mi vida haría eso! Decidí pelear». Y después de largas negociaciones con las autoridades japonesas, el obispo logró que ningún misionero fuera encarcelado en una prisión. Aun así, absolutamente todos deberían permanecer en el predio, y la salida estaba ahora absolutamente prohibida. A partir de ese momento, los misioneros sabían que no podrían abandonar el lugar hasta que finalizara la guerra. Vunapope se convirtió, de este modo, en una prisión a cielo abierto. Así lo recuerda Monseñor Scharmach:

Ya no esperábamos una retirada anticipada de los japoneses. Estábamos completamente resignados a la voluntad de Dios, y preparados para aceptar cada prueba que Él quisiera que sufriéramos. Teníamos tres capillas en el predio. Hacíamos nuestra meditación cada mañana, asistíamos a la Santa Misa y recibíamos la Santa Comunión. Eso nos daba la fortaleza y el coraje necesarios para soportar todas las dificultades. (*This Crowd...*, 58)

Poco a poco el número de los prisioneros fue aumentando. Al inicio, eran únicamente los misioneros residentes en Vunapope. Poco tiempo

después, el mismo obispo pidió a las autoridades japonesas que les permitieran vivir con ellos a los alumnos mestizos que asistían a sus escuelas. Y a las pocas semanas comenzaron a llegar otros misioneros que, al ser descubiertos en sus tierras de misión, eran inmediatamente enviados a la prisión a cielo abierto. En pocos meses el número de prisioneros llegó a trescientos cincuenta. Cuenta Scharmach:

Todos los días teníamos nuestras oraciones matutinas y vespertinas, nuestra meditación, Santa Misa y comunión diaria. Rezábamos el breviario y el rosario. Hacíamos adoración al Santísimo Sacramento, porque teníamos a Nuestro Señor en los sagrarios de nuestras capillas. En los días establecidos, teníamos la bendición sacramental, el Via Crucis y la Hora Santa todos los jueves. Incluso hacíamos nuestro retiro. Por lo tanto, podíamos permitirnos el estar alegres. (*This Crowd...*, 77)

Durante la primera mitad de 1943 se intensificaron los enfrentamientos aéreos entre japoneses y estadounidenses, y con los enfrentamientos comenzó también la ruina material de Vunapope. Los aviones estadounidenses descargaban sin piedad sus bombas sobre cualquier edificio que fuera sospechoso, y lamentablemente Vunapope se había convertido en un lugar demasiado sospechoso por la enorme cantidad de japoneses que albergaba. Si bien hay muchísimas anécdotas de estos bombardeos, preferimos quedarnos con la siguiente. Escribe Scharmach:

Una mañana estaba celebrando la misa a las seis de la mañana para las hermanas MSC. Justo antes de la Sagrada Comunión, un combate aéreo comenzó arriba nuestro. Motores que aullaban y gritaban, ametralladoras de ambos combatientes que producían un ruido infernal. Yo no tenía ninguna intención de abandonar el altar en ese momento de la santa celebración. Y llegó el momento cuando me volví a la comunidad y les presenté la sagrada hostia diciendo: «*Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi*: He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo». Y comencé a distribuir la comunión: «Que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo custodie tu alma para la vida eterna. Amén».

Si íbamos a ser asesinados por bombas y balas, ¿podía haber un mejor momento para partir de este mundo hostil que después de haber recibido la Santa Comunión? Todos estábamos unidos en esta convicción. No se sentía pánico ni nervios entre las valientes hermanas. Todos nos sentíamos seguros en presencia de Nuestro Señor. (*This Crowd...*, 121)

Si bien los misioneros llevaban ya dos años de prisión, el mismo obispo nos dice que «durante 1942-1943 vivimos nuestro cautiverio sin mayores incidentes». Sin embargo, esto cambiaría para siempre a inicios de 1944. En la madrugada del 1 de enero 1944 Vunapope sufrió un feroz bombardeo, que sería el primero de una larga serie que se repetiría hasta reducirlo a ruinas. Y el peor de ellos llegó el día 11 de febrero.

Después de una alerta de ataque aéreo, vimos largas filas de bombarderos y aviones de combate que pasaban sobre Vunapope con dirección al mar. «Es mejor así, que tiren sus cosas en otro lugar», pensamos. Pero a los pocos minutos los aviones cambiaron de dirección y los vi dirigiéndose directamente hacia Vunapope. (...) Pocos segundos más tarde se desató el infierno sobre Vunapope. El sonido terrible de los aviones, el ruido de las bombas que caían y sus detonaciones ensordecedoras, el traqueteo y silbido de las ametralladoras y sus balas, todo combinado en un terrible infierno. En el túnel [donde se escondían los misioneros apenas escuchaban los aviones] todo el ruido fue amortiguado, pero las bombas que explotaban hicieron que todo temblara como si se tratase de un terremoto. Todas las luces estaban apagadas. Fuimos tragados por una oscuridad infernal. Sí, había infierno alrededor nuestro, pero no dentro nuestro. Todos habían recibido la Santa Comunión. Había gracia y luz en nuestros corazones. No hubo histeria, ni gritos de terror, ni insultos. Pero escucha, ¿qué es eso? Armoniosamente afinada, desde todos los rincones del túnel, hizo su camino al cielo una oración ferviente cargada de plena confianza en la protección de Dios y de Nuestra Señora. (*This Crowd...*, 139-140)

Como los bombardeos continuaban, en junio de 1944 los japoneses decidieron enviar a los prisioneros a un valle llamado Ramale, cerca de Vunapope. Por un lado, el valle era un lugar más

seguro para los prisioneros, porque estaba cubierto de una gran vegetación que lo hacía invisible para los aviones estadounidenses que día y noche pasaban en vuelos de reconocimiento. Por otro lado, era una forma elegante para que los japoneses se desentendieran de los prisioneros, abandonándolos a su propia suerte. Los japoneses ya no estaban interesados en seguir alimentando y compartiendo las pocas medicinas disponibles con los trescientos cincuenta prisioneros. Cuenta Scharmach:

De acuerdo con las estadísticas que aún poseo, el promedio de enfermos durante los quince meses en Ramale fue de 23,6 por día. Ese número incluye los casos de malaria confinados a la cama. Si contáramos las demás aflicciones, como problemas digestivos o úlceras tropicales, el número subiría a 92,9 por día. Los primeros dos meses y los últimos seis meses fueron los peores. (*This Crowd...*, 206)

Para este entonces, los prisioneros eran de diecisiete nacionalidades diferentes, incluyendo cuatro tribus nativas: australianos, estadounidenses, ingleses, alemanes, austríacos, polacos, checoslovacos, holandeses, luxemburgueses, franceses, italianos, canadienses, mestizos, gunantuna, manus, sulka y baining.

Contra todas las expectativas, el tiempo pasó rápido en Ramale. El secreto fue que los prisioneros habían armado un programa de actividades diario, de manera que todos estaban ocupados de la mañana a la noche. Las primeras horas de la mañana estaban reservadas a la vida espiritual: oraciones matutinas, meditación y Santa Misa.

Seguía un desayuno que consistía en una taza de agua caliente o fría, dos bananas hervidas y dos bananas maduras. Después del desayuno comenzaba el tiempo para el trabajo manual. Los más fuertes iban a trabajar en las huertas, mientras que el resto se quedaba en el campamento y se ocupaba de la cocina, traer agua desde el río hasta el campamento, trabajos manuales, lavar la ropa, etc. Los que tenían habilidades artísticas utilizaban ese tiempo para trabajar la madera y realizar distintos objetos, desde utensilios de cocina hasta crucifijos. Los sacerdotes también aprovechaban el tiempo para leer y estudiar. Esa actividad no sólo los mantenía ocupados, sino que además les daba temas interesantes de conversación durante las comidas y los tiempos de recreación. Monseñor Scharmach estaba convencido de que los japoneses podían quedarse con todo, menos con los libros.

Todos los sacerdotes tomaban cursos de actualización en dogma, moral, derecho canónico y otras ciencias. Los libros que trajimos de Vunapope demostraron ser una gran bendición para todas las comunidades.

Durante las noches no se permitía ninguna lámpara demasiado brillante. Sólo una pequeña lámpara de aceite quedaba encendida, para que no fuera vista por los aviones que hacían vuelos de reconocimiento nocturnos. Desde las siete de la tarde hasta las nueve de la noche, cada comunidad se reunía para intercambiarse noticias y conversar de modo informal. Los sacerdotes se reunían en un lugar aparte. Siempre esperábamos con ansias esos encuentros nocturnos. Eran sumamente interesantes, y no podía ser de otro modo por

la cantidad de sacerdotes bien formados que teníamos. Se discutían cuestiones de teología, filosofía, moral, antropología, ciencia y cuestiones técnicas. Y, por supuesto, se discutía sobre política. (*This Crowd...*, 221)

La vida espiritual de los prisioneros era la prioridad de Monseñor Scharmach. Por nada del mundo permitía que sus religiosos descuidaran la Santa Misa diaria, las oraciones comunitarias y los momentos de meditación. Incluso realizaban días de retiro mensual y Ejercicios Espirituales.

Es una práctica común entre los religiosos, y por lo tanto entre los misioneros, retirarse de las actividades normales por una semana o más, para dedicarse especialmente a los Ejercicios Espirituales. Es un tiempo de chequeo, una revisión de nuestra vida. Estamos en silencio durante esos días, para poder concentrarnos mejor en nosotros mismos y no interferir la comunión con Dios, a quien sentimos especialmente cercano durante esos días. Un maestro de retiro es elegido para darnos cuatro conferencias al día, dándonos material para nuestras meditaciones y crecimiento espiritual. El retiro es un tiempo maravilloso para restaurar la paz del alma y el reposo en Dios. Hicimos fielmente nuestros retiros cada año. Primero en Vunapope, y después en Ramale. (...)

El fundador de este tipo de retiros fue san Ignacio de Loyola, que, habiendo sido también él un viejo guerrero y

prisionero de guerra, desde el cielo habrá mirado hacia abajo y aplaudido nuestros valientes esfuerzos para hacer un buen retiro a pesar de los bombardeos y la vida en prisión.
(*This Crowd...*, 229-231)

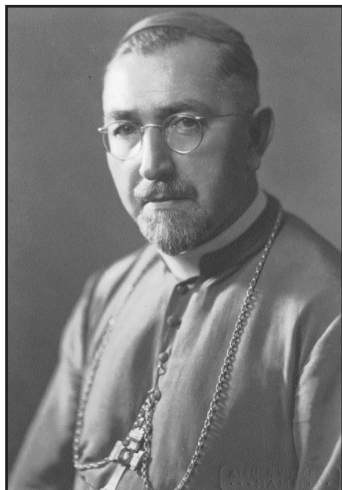
Cuando la derrota japonesa era inminente y la guerra estaba por llegar a su fin, los japoneses idearon un plan para matar a todos los prisioneros. Existe documentación que fue presentada a la Comisión de Crímenes de Guerra, que demuestra que el 23 de agosto de 1945 era la fecha establecida para la ejecución de todos los prisioneros. Gracias a Dios, el armisticio fue declarado el 15 de agosto, Solemnidad de la Asunción de la Virgen María, exactamente ocho días antes de la ejecución. Sin embargo, la liberación llegaría casi un mes más tarde, el 13 de septiembre. Durante los seis meses que siguieron al fin de los combates, los prisioneros continuaron viviendo en Ramale. En total murieron cincuenta y ocho misioneros: veintitrés sacerdotes, diecisiete hermanos, nueve hermanas europeas y nueve hermanas nativas. De los cincuenta y ocho misioneros que perdieron la vida, veintiuno murieron asesinados por los japoneses, mientras que el resto lo hicieron debido a enfermedades tropicales o causadas por la mala alimentación.

Apenas diez años más tarde, Vunapope había, literalmente, resucitado de las cenizas. Durante la guerra se perdieron setenta y ocho edificios, entre ellos la hermosa catedral dedicada al Sagrado Corazón. En 1955 la misión estaba nuevamente de pie. Monseñor Scharmach logró construir una nueva catedral, ciento veintiocho nuevos edificios y más de cincuenta estaciones de misión.

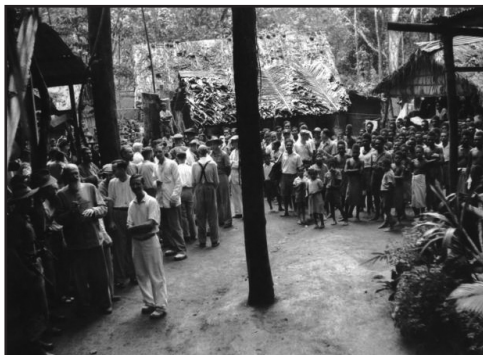
Hermanas Hijas de María Inmaculada (FMI) durante la Segunda Guerra Mundial. La tercera desde la izquierda es la hermana Cecilia, elegida superiora cuando las hermanas europeas fueron encarceladas. Se convirtió –sin quererlo–, en la primera superiora local de la congregación.



Capítulo General de las Hermanas FMI, año 2022. A la izquierda, Monseñor Rochus Tatamai, MSC, sobrino nieto de Peter To Rot y actual arzobispo de Rabaul. Su abuelo Joseph era el hermano mayor de Peter To Rot.

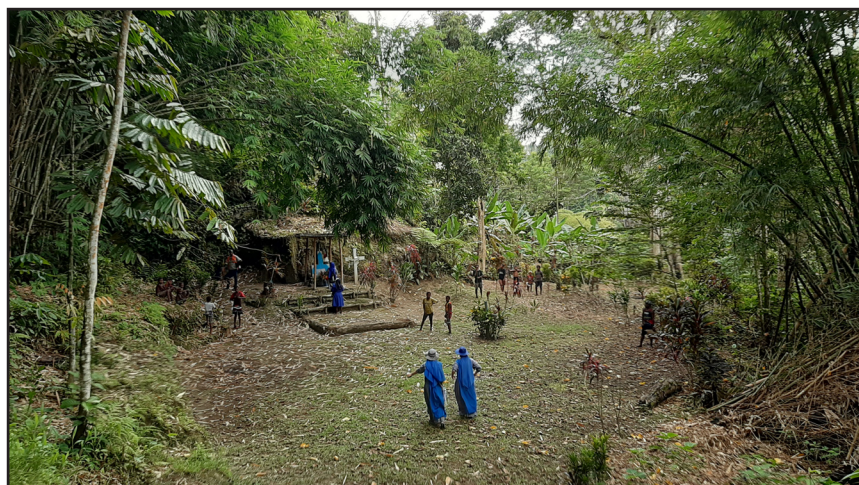


Arriba: Mons. Leo Scharmach.
Abajo: Un misionero MSC
da clases de canto a los niños
mestizos prisioneros juntos a los
misioneros en Ramale.





Ramale, 1945 y 2020





Arriba: Liberación de los misioneros prisioneros en Ramale.
Abajo: Gruta de Nuestra Señora de Ramale.
Detrás, la entrada a uno de los túneles donde se refugiaban
los misioneros durante los bombardeos.



12- Lucha por la santidad del matrimonio

Este capítulo será dividido en tres partes. La primera, es una breve historia acerca de la cuestión de la poligamia en New Britain y la reacción de To Rot delante de este nuevo desafío. La segunda, en cambio, es la famosa historia entre To Rot y To Metapa, el joven policía nativo que quería tomar una segunda esposa y para esto necesitaba deshacerse del catequista. La tercera y última parte es un resumen cronológico de los eventos.

1- La cuestión de la poligamia

Junio de 1944

En junio de 1944, el destino de la guerra estaba prácticamente definido y los japoneses sabían que la derrota era inevitable. Aún quedaba más de un año para el final de la guerra, pero Japón sabía que su suerte no cambiaría. Y con la suerte adversa de la guerra, los japoneses comenzar a temer a los tolai. Japón había perdido prácticamente todos sus aviones y la mayoría de sus barcos, de modo que no tenían medios para escapar cuando llegasen los aliados. Lo único que podrían hacer era

esconderse, pero para eso necesitarían la ayuda de los nativos. Y los nativos no parecían demasiado dispuestos a ayudar a quienes, desde enero de 1942 hasta junio de 1944, habían sido terriblemente crueles con ellos. Existen testimonios —que no queremos citar aquí para no extendernos innecesariamente— en los cuales se nos relatan los azotes, mutilaciones, violaciones y asesinatos cometidos por los japoneses contra la población tolai. Ahora la suerte estaba dada vuelta. Y si bien durante más de dos años los tolai vivieron aterrorizados por los japoneses, ahora eran los japoneses quienes temían a los tolai. Temían no sólo que los tolai los entregasen en manos de los enemigos, sino que también temían que quisieran vengar todos los homicidios y castigos con la misma crueldad que ellos habían utilizado.

Tratando de ganar el favor y la cooperación de los líderes de las aldeas, las autoridades japoneses convocaron a una reunión especial.

Como resultado de la discusión acerca de la recompensa que sería aceptable para los líderes de las aldeas por su cooperación, se decidió que la poligamia tradicional tolai, proscrita por las iglesias cristianas y los gobiernos anteriores, sería legalizada para todos los que demostraran ser amigos de los japoneses. (*Positio...*, 49)

Así recuerda Monseñor Schamarch este episodio: «Para dar a conocer este nuevo edicto, [los japoneses] reunieron un gran número de jefes nativos y proclamaron que no estarían más ligados a los principios cristianos, y la poligamia y burdeles serían nuevamente establecidos» (*This Crowd...*, 240).

Para entender el contexto y la razón de esta nueva ley, es necesario recordar que durante muchísimas generaciones la poligamia había sido una práctica tradicional entre los tolai. No estaba mal visto que un hombre tuviese todas las mujeres y familias que quisiera, siempre y cuando pudieras mantenerlas a todas. Era esa la única condición que la aldea le exigía a quien quería tomar más de una mujer. Incluso la cantidad de mujeres que un hombre tenía indicaba el grado de bienestar económico y posición social que ese hombre tenía dentro de la sociedad tolai. Entre los tolai era famoso el caso de To Valia, un gran líder que tenía diez mujeres, pero que al conocer a los misioneros MSC no sólo recibió el bautismo y cambió de vida, sino que además donó una gran cantidad de tierras para la misión.

Esta práctica había comenzado a desaparecer con la llegada del Evangelio, y a medida que las aldeas se iban haciendo cristianas, ellas mismas dictaban leyes en las cuales prohibían esta tradición. Sin embargo, el Evangelio había llegado apenas cincuenta años antes. De modo que esta tradición se encontraba todavía arraigada en el corazón de muchos hombres, y no eran pocos quienes la añoraban y la recordaban con nostalgia. Muchos tolai habían dejado de practicar la poligamia únicamente porque así había sido legislado por el líder de la aldea, pero sin ningún tipo de convicción interior. Y de algún modo los japoneses sabían esto, y quisieron ganarse el favor de los líderes y de los hombres dándoles aquellos que añoraban y que habían abandonado contra su voluntad. Con esta nueva ley, la policía militar japonesa no sólo legalizaba la poligamia, sino que el oponerse a esta legislación anticristiana se convertía en un delito punible.

Paula la Varpit, esposa y confidente de To Rot, supo de este encuentro entre las autoridades japonesas y los líderes de las aldeas. Así lo recuerda: «[To Rot] Me dijo que los líderes habían tenido una reunión en la cual habían decidido legalizar la poligamia. Pero él siempre hablaba contra esta práctica y advertía sobre sus consecuencias».

Un colega catequista de To Rot, Raphael To Labit, agrega:

To Lapar, el jefe de la aldea de Nangnagunan, me comentó sobre una reunión de jefes y subjefes que había sido convocada por los japoneses. En esta reunión se planteó la propuesta de que a todos se les permitiera tomar más de una esposa. Pensaban que, por este favor, estarían más dispuestos a cooperar con los japoneses. (*Positio... Summ*, 153)

Y Heinrich To Lapar, el líder de la aldea de Nangnagunan que estuvo presente en esa reunión, dice:

Un día todos los jefes de este gran territorio fuimos convocados a Vunakalkalulu. El oficial japonés, Kueka San, nos dijo que todos los jefes deberíamos tomar una segunda esposa. Algunos jefes se pronunciaron a favor de la idea. La mayoría de los jefes pensaron que era una buena idea. Sólo dos jefes, To Lapar y To Vue, jefe de Vunalaka, hablaron en contra. (*Positio... Summ*, 166)

No sabemos exactamente cuántos líderes o jefes de aldeas participaron en esa reunión, aunque seguramente tienen que haber sido realmente muchos porque participaron «todos los jefes de este gran territorio». Y el hecho de que sólo dos de ellos se opusieran a la nueva ley confirma lo que hemos dicho anteriormente: muchos tolai añoraban la poligamia tradicional que había sido prohibida, y los japoneses supieron utilizarla a su favor.

Volvamos a Peter To Rot. Si la prohibición de actividades religiosas era ya algo malo para su ministerio, esta nueva situación era, sin lugar a dudas, aún peor. Una vez más la religión se encontraba bajo ataque y uno de los tesoros más preciados del catolicismo se encontraba en riesgo.

La actitud de To Rot delante de esta ley infame fue totalmente predecible: desde el primer instante denunció abiertamente la poligamia como una práctica pagana inaceptable para los cristianos. Utilizó todos los medios que estaban a su alcance para persuadir a los católicos y ayudarlos a evitar esta práctica. Él sabía que esto podía significarle la prisión y la muerte, pero al mismo tiempo no podía permanecer en silencio delante de este gran peligro. Sabía que el amor de los esposos exige, por su misma naturaleza, la unidad y la indisolubilidad de la comunidad de personas que abarca la vida entera de los esposos, *«de manera que ya no son dos, sino una sola carne»* (Mt 19,6). Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica:

El amor conyugal comporta una totalidad en la que entran todos los elementos de la persona –reclamo del cuerpo y del instinto, fuerza del sentimiento y de la afectividad, aspiración

del espíritu y de la voluntad—; mira a una unidad profundamente personal que, más allá de la unión en una sola carne, conduce a no tener más que un corazón y un alma; exige la *indisolubilidad* y la *fidelidad* de la donación recíproca definitiva. (1643)

Delante de esta nueva situación, Peter To Rot estaba listo para luchar con todas sus fuerzas y, si era necesario, rendir su último homenaje a Dios con el sacrificio de su propia vida. No temió correr la misma suerte de los grandes «mártires del matrimonio» como san Juan Bautista, san Juan Fisher y santo Tomás Moro, entre otros. Estos santos nos dieron un testimonio asombroso y escribieron, con sus vidas y su sangre, páginas gloriosas en la historia de la Iglesia. San Juan Bautista no dudó en enfrentarse al poderoso rey Herodes diciéndole: «*No te está permitido tener la mujer de tu hermano*» (Mc 6,18). Tampoco san Juan Fisher o santo Tomás Moro dudaron en oponerse y condenar al rey Enrique VIII. Al fin de cuentas, como enseñaba el Cardenal Müller en el año 2013: «El pacto que une íntima y recíprocamente a los cónyuges entre sí, ha sido establecido por Dios. **Designa una realidad que proviene de Dios y que, por tanto, ya no está a disposición de los hombres**» (SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Testimonio a favor de la fuerza de la gracia*, Vaticano, 2013).

Algo interesante para destacar es el hecho de que Peter To Rot defendió el matrimonio cristiano incluso dentro del círculo íntimo de su familia, y esto es algo digno de elogio que puede pasar desapercibido para quien no conoce la cultura y las tradiciones de Papúa Nueva

Guinea. Hasta el día de hoy existe en las aldeas una suerte de «acuerdo tácito» por el cual, si un familiar o pariente hace algo digno de reprobación, lo mejor será «mirar para otro lado» y fingir que no pasó nada. O al menos, fingir que uno nunca lo supo. Señalar el error de un familiar o de un pariente puede ser muy peligroso, porque implica arriesgarse a que todos en la familia y en la aldea comiencen a darle la espalda. Y eso puede convertirse en sinónimo de tener que renunciar a la familia, al clan, a la aldea en general, y a las tierras. En otras palabras, se trata de perderlo todo. Es necesario ser muy valiente y tener un gran amor a Dios para atreverse a corregir a un familiar, porque puede significar la ruina total y la pérdida de todo.

En el caso de To Rot, fue su propio hermano mayor, Joseph Tatamai, uno de los primeros hombres en querer tomar una segunda esposa. Tatamai, como recordaron muchos testigos, era bastante débil en su fe, y apenas supo de la nueva ley promulgada por las autoridades japonesas, fue en secreto a ver a una mujer de mala vida llamada Ia Tia para tomarla como segunda esposa. A To Rot no le importó el vínculo familiar, sino que se opuso con firmeza a su hermano mayor de manera clara y decisiva. Incluso, se opuso a su hermano mayor con más vigor que con los demás que no estaban emparentados con él. No permitió que Tatamai hiciera de Ia Tia su segunda esposa, y menos aún que la llevara a vivir a la finca de la familia, donde vivían To Rot y sus hermanos. Cuando Tatamai insistió para vivir con ella, To Rot los echó a ambos de la finca.

El catequista Raphael To Labit recuerda el episodio de la siguiente manera: «To Rot llevó a su propio hermano, Tatamai, a la corte. No temía que expulsaran a su hermano de su finca familiar si estaba

dispuesto a ser infiel a la ley de Dios y a aparecer públicamente en compañía de otra mujer, aún estando casado».

La esposa de Peter To Rot también da su testimonio:

Más tarde, cuando su hermano Tatamai le informó a To Rot que deseaba tomar a la infame la Tia como su segunda esposa, To Rot exclamó: «No quiero a esa mujer entre nosotros. Si no la dejas, debes abandonar nuestra comunidad lo antes posible». (*Positio...*, 156)

Al inicio, Tatamai estaba demasiado engeguado como para escuchar los consejos de su hermano catequista. Prefirió abandonar la finca familiar para irse a vivir con su segunda esposa a otra aldea. Sin embargo, no resistió mucho tiempo. Incluso estando lejos, parecía como si todavía podía escuchar los reproches de su hermano menor, y poco tiempo después abandonó a la Tia y volvió con su legítima esposa. Sin embargo, su relación con To Rot ya no volvería a ser la misma.

Muchos testigos creen que fue Joseph Tatamai quien, a raíz de este episodio, decidió acusar al catequista con un policía local. El policía era un joven metodista llamado To Metapa, quien también tenía intenciones de tomar una segunda esposa. Pero con To Rot en el medio, las cosas tampoco serían fáciles para To Metapa. Y al escuchar la queja de Tatamai, el joven policía encontró la excusa ideal para deshacerse de To Rot: acusarlo de desobediencia a las autoridades japonesas.

Sin embargo To Metapa no fue el único. Su caso pasó a la historia por haber sido uno de los primeros y por haber logrado que asesinaran

a To Rot, pero lo cierto es que la gran mayoría de los líderes cedieron a la tentación, y la situación estaba totalmente fuera de control. Escribe el padre Theler:

El primero en intentar contrar un doble matrimonio fue el joven policía negro To Metapa, de la estación de policía de Vunaiaara, en Navunaram. (...) Intentó ganarse el afecto de Ia Mentil, una mujer católica válidamente casada, queriendo separarla de su esposo To Vinau. (...) To Rot logró hacer fracasar el intento, pero To Metapa nunca lo olvidaría.

Y a este caso le seguirían otros. To Kaban, un juez asistente del jefe To Lapar, tomó a la ya casada Ia Lop como su segunda esposa. To Lapar apoyaba a To Rot absolutamente. Invitó a Tarue, el jefe de Navunaram, para arreglar el caso. Ambos intentaron convencer a To Kaban de desistir de su crimen, aunque lamentablemente no tuvieron éxito.

El segundo caso fue To Anot, un juez auxiliar en Rakunai, que forzó a la ya casada Ia Palakia, esposa de Tarere, a seguirlo. Incluso el propio jefe de To Rot, Tata, sucesor del anciano To Puia, cayó en la tentación. Él deseaba a Ia Varvai. Afortunadamente otro hombre fue más rápido que él y, sin demasiado alboroto, se llevó a Ia Varvai a vivir con él.

Fue, sin dudas, un tiempo muy duro para To Rot. Pero no se rindió. Él, el único pastor disponible porque su párroco estaba en prisión, se sentía obligado por su conciencia a decir: «No te es lícito hacer esto». (*A Short Biography...*, 23-24)

Respecto a los burdeles establecidos por los japoneses, así escribe Monseñor Scharmach:

Las enfermeras japonesas eran muy respetadas. (...) Pero las enfermeras no deben ser confundidas con algunas otras «señoritas» de diferente profesión y destino. Las llamábamos «Geishas», pero ese título era un poco superior a su rango. Respecto a estas pobres criaturas, un oficial me dijo: «Las despreciamos, pero las usamos». Había varias miles de ellas en los alrededores de Rabaul y Kokopo. Cuando los estadounidenses comenzaron a bombardear en serio, el ejército japonés decidió repatriarlas. Fue muy tarde. El barco donde viajaban fue bombardeado, se hundió y todas murieron. (*This Crowd...*, 107)

No podemos saber con precisión cuántas casas de mala vida se establecieron en Rabaul, pero Monseñor Scharmach habla de «varias miles» de mujeres japonesas que ejercían la prostitución, y a estas «varias miles» de japonesas debemos sumarles otras varias miles de mujeres locales. Sabemos –porque así lo recuerda la gente hasta el día de hoy, aunque no existan registros– que muchas jóvenes tolai también fueron obligadas a prostituirse.

Y aquí, nuevamente, interviene To Rot. Cuando los japoneses reclutaban jóvenes tolai y las forzaban a prostituirse, siempre buscaban jóvenes solteras sin ningún tipo de compromiso. El buen catequista, preocupado por las jóvenes de su aldea y de las aldeas vecinas, tuvo una genial idea: recolectó dinero y pagó el «precio de la novia» de

muchas jóvenes. De este modo, cada joven por la cual To Rot había pagado, se convertía desde ese momento en una mujer ya comprometida, y por lo tanto los japoneses debían respetarla y no podían obligarla a hacer nada contra su voluntad.

2- El catequista y el policía

Abril - Junio de 1945

Debido a la prédica y la insistencia de To Rot en observar la ley de Dios y respetar la santidad del matrimonio, no sólo se ganó la enemistad del policía nativo To Metapa sino también el odio del oficial de policía japonés, Meshida, quien estaba a cargo de la policía del distrito de Rakunai. En ese entonces, la policía local cooperaba con la policía japonesa, de modo que To Metapa se encontraba bajo el mando de un oficial de policía japonés.

To Metapa era un joven policía metodista nativo de Nodup. El catequista y el policía ya se conocían. To Rot sabía que To Metapa era libertino y que además odiaba a la Iglesia Católica, a los misioneros y a los catequistas. Y To Metapa sabía que To Rot no iba a abandonar su ministerio y continuaría siendo un obstáculo para todos aquellos que quisieran tomar una segunda esposa.

To Metapa fue uno de los primeros en intentar tomar una segunda esposa, e hizo todo lo posible para que Ia Mentil, una mujer católica válidamente casada, dejara a su esposo. Sin embargo, To Rot arruinaría sus planes, haciendo que el intento del policía fracasara definitivamente. Un día, el buen catequista logró contactar a la mujer, y la llevó a Rakunai. Allí, en presencia del líder de la aldea, la convenció de

permanecer fiel a los mandamientos de Dios y de no abandonar a su legítimo esposo. Ella escuchó los consejos del catequista y decidió regresar a su hogar y a su legítimo esposo, frustrando todos los planes y deseos de To Metapa. Incluso To Rot también les ofreció refugio para ella y su hermana en Rakunai, que fue aceptado de buena gana.

Así lo relata el padre Theler:

Cuando To Metapa quiso que Ia Mentil, la joven esposa católica de To Vinau, se convirtiera en su segunda esposa, el tío de ella se enfureció por la insolencia de To Metapa. A pesar de ser metodista, intervino en la situación y le impidió hacer esto a su joven sobrina. (...) To Metapa esta muy enojado por esta intervención. Reportó el hecho al oficial japonés e hizo que el tío y el legítimo esposo de Ia Mentil se presentaran delante de él para castigarlos por negarse a entregarle a Ia Mentil. Arrestó a To Vinau y lo ató a un árbol durante dos días.

Apenas To Rot escuchó esto, hizo que la mujer viniera a Rakunai. En presencia del jefe Tata la persuadió de permanecer fiel a los Mandamientos de Dios y de no abandonar a su legítimo esposo. El jefe y el catequista les ofrecieron a ella y a su hermana, Ia Ursula, un refugio en Rakunai para que estuvieran a salvo del policía metodista To Metapa. Ia Mentil aceptó el ofrecimiento. To Metapa, como era de esperar, se enfureció al ver que To Rot había torcido sus planes, y desde aquél momento buscaba la ocasión para tomar venganza. (*A Short Biography...*, 24)

Recuerda el catequista Raphael To Labit:

Este fue un momento muy difícil para To Rot. Prácticamente estaba solo en la lucha contra la inmoralidad, y se había ganado la enemistad de todos aquellos que eran entusiastas con la idea de poder romper sus matrimonios. Entonces escuchó que el joven policía, To Metapa, había tomado por esposa a Ia Mentil, una mujer ya casada. (*Positio... Summ*, 153)

Y Anton Tanta, líder de la aldea en ese entonces, agrega:

Peter To Rot se opuso activamente a la sugerencia japonesa de la poligamia. To Metapa, un hombre de Matupit que trabajaba en Navunaram, cerca de Rakunai, se enojó con Peter To Rot porque se oponía a su matrimonio con Ia Mentil, quien ya estaba casada por la Iglesia. To Metapa era metodista, y Ia Mentil era católica y pariente lejana de Peter To Rot. Debido a esto, To Metapa se dispuso a destruir a Peter To Rot. (*Positio...*, 15)

To Metapa no era el único enemigo que se había ganado el catequista, ya que muchos adúlteros, incluido su propio hermano Tatamai, estaban furiosos con él. Sin embargo, To Metapa era el más peligroso de todos. Era el único que tenía los medios necesarios para deshacerse finalmente del catequista. Se trataba de un hombre que no dudaba en recurrir a castigos físicos por cuenta propia, sino que

también podía acusar a To Rot con la policía japonesa. Además, contaba con la amistad de Meshida, un oficial japonés famoso por su falta de escrúpulos y su gran desprecio por los nativos.

La ocasión ideal para To Metapa se dio en la madrugada de un domingo en el que To Rot presidió unos matrimonios en un lugar escondido. Una pareja, sin tomar en cuenta las precauciones recomendadas por el catequista, fue interceptada en el camino por To Metapa, quien vigilaba el lugar. El policía les preguntó qué estaban haciendo tan temprano, y le dijeron absolutamente todo, incluidos todos los detalles de la ceremonia. Ahora, To Metapa encontró la excusa que anhelaba y se lo comunicó al jefe de la policía, Meshida, quien de inmediato dio la orden para que Peter To Rot y sus dos hermanos fueran detenidos al día siguiente.

La joven esposa del catequista, Paula Ia Varpit, estaba presente en la casa cuando la policía llegó buscando a To Rot. Así lo recuerda:

En ese momento, [To Rot] estaba trabajando en su finca de Taogo para proporcionar comida a los prisioneros de los japoneses. Meshida vino con el joven policía nativo, To Metapa, y registró la casa. Registraron su refugio y luego registraron las casas de los tres hermanos. Vaciaron cajas y maletas. Destruyeron los libros de To Rot, su biblia, catecismo, himnario, listas de bautismos y matrimonios, y su crucifijo (*Positio... Summ*, 157).

Hay dos testimonios «de primera mano» que merecen ser transcritos en su totalidad. El primero es del catequista Emil To Iura, que fue uno

de los testigos de esa boda. El segundo, de Joseph Tatamai, hermano de Peter To Rot, que también estuvo presente en la ceremonia y fue arrestado junto con su hermano catequista.

Hablando de la boda, To Iura dijo que, esa mañana en particular, había estado hablando con el novio To Metin, y ambos habían llegado algo tarde al refugio subterráneo de To Rot. De hecho, habían llegado a la finca de Taogo sólo después de que se hubieran completado las otras dos ceremonias de matrimonio. To Rot le reprendió por llegar tarde, pero sin embargo había seguido adelante con la tercera ceremonia. Yo no había visto al policía, To Metapa, pero varios otros invitados a la boda lo habían encontrado camino a la boda, y él les había preguntado: «¿Adónde van?», y ellos le habían respondido: «Vamos a ver a To Rot para estar presentes en algunas bodas». (*Positio... Summ*, 167)

Joseph Tatamai agrega más detalles a la historia:

Los domingos, To Rot había comenzado a officiar matrimonios nuevamente. Se celebraban en un refugio subterráneo en la finca de Taogo. Las parejas eran, To Lauren - Ia Praide, y To Ruga - Ia Teret. Los testigos fueron To Kabang - Ia Vavina, y To Malila - Ia Tili. También había una tercera pareja de Vunavidir que estaba casada, To Metin y Ia Maul. Los testigos fuimos el catequista To Iura y yo. El policía, To Metapa, un metodista de Nodup, se encontró

con la fiesta de bodas en el camino y, después de interrogarlos, descubrió que las bodas estaban a punto de llevarse a cabo. Reportó el incidente de To Rot a Meshida, que era el japonés a cargo de la estación de policía de Navunaram. A la mañana siguiente, Meshida envió a Inui, hijo de To Mano de Navunaram, a la finca que pertenecía a los tres hermanos: To Rot, Tatamai y Telo, para buscarme a mí, el mayor de los tres. La finca se llamaba Taogo.

Meshida me preguntó: «¿Es cierto que el catequista ha estado realizando ceremonias religiosas?» Respondí: «Sí». Meshida me golpeó en la cabeza con un palo por mi participación en tales ceremonias. «¿No sabías que al catequista se le prohibieron tales actos?» preguntó Meshida. Respondí de nuevo: «Sí». Me condenaron a un mes de prisión. Poco después, Meshida fue a la finca y registró la casa. Volvió por la tarde con To Rot. Estuve presente al comienzo de la audiencia, pero me enviaron de vuelta al trabajo antes de que concluyera, por lo que no escuché parte de lo que se dijo.

Meshida le preguntó a To Rot: «¿Realizaste una ceremonia religiosa ayer?» To Rot respondió: «Sí». «¿No sabes que tales actos están prohibidos?» Y cuando To Rot respondió «Sí», Meshida lo golpeó en el cabeza con un palo, y continuaba golpeándolo desde las costillas hasta el cuello. To Rot fue condenado a dos meses de prisión.

Meshida luego mandó a buscar al hermano menor, Telo. Lo había atado a un árbol de papaya y golpeado hasta dejarlo

inconsciente. También fue enviado a prisión. La razón dada fue que se había encontrado un talonario de cheques en su maleta durante el registro de la casa. Aquella tarde To Rot me dijo: **«Es malo cuando a uno lo matan las bombas o las balas de las ametralladoras, pero es bueno morir por la fe. Obtienes una gran recompensa en el cielo»** (*Positio... Summ*, 148-149).

El padre Laufer agrega: «En presencia de los policías, se le preguntó si había oficiado los matrimonios y rezado con la gente. To Rot respondió: **“Sí, hice lo que me correspondía hacer”**. Entonces Meshida lo golpeó en el rostro, en la cabeza y en cuerpo con un palo, y después To Metapa hizo lo mismo usando un bambú afilado» (*Too Much Christo*, 11).

Después de estos eventos, la sentencia dada al catequista por el oficial Meshida fue de permanecer dos meses en prisión. El padre Theler, gran conocedor de la historia de To Rot y de su familia, escribe:

¿Se le preguntó a To Rot [durante el interrogatorio] en relación con su actitud hacia los adúlteros? Su hermano Tatamai no sabe nada de eso, porque dice que lo enviaron a trabajar antes de que terminara el interrogatorio.

Tarua, el tío de To Rot y jefe de Navunaram, afirma que el mismo To Rot le contó en la prisión cómo fueron las cosas en la entrevista: **«Primero, fui acusado de celebrar los servicios de la iglesia. El segundo cargo fue mi actitud hacia los adúlteros. Mi hermano Tatamai ha declarado que le prohibí**

vivir con la Tia. Y esta segunda acusación reforzaba la primera». Tarue incluso afirma que To Rot podría haber sido puesto en libertad si sólo se le hubiera acusado de realizar los servicios de la iglesia, pero tal como estaban las cosas, Meshida quería hacerse amigo de sus ayudantes.

Más tarde, en la prisión, To Rot también le dijo a su esposa que un espía japonés dijo que Meshida había convocado a Tatamai y a Tata, y los había interrogado sobre los asuntos de los matrimonios. Él mismo también fue interrogado por Meshida sobre los servicios de la iglesia y las historias acerca de los matrimonios. Había estado bastante solo, nadie lo ayudó. Cuando terminó la declaración, To Rot fue encerrado en una pequeña habitación en un refugio subterráneo. (*Short Biography...*, 36).

Aunque la policía acusaba a To Rot de haber roto la ley al haber llevado a cabo reuniones de oración y servicios religiosos, esto fue únicamente una excusa para evitar que siguiera interfiriendo en el asunto de la poligamia. A To Metapa y a Meshida no les interesaban los casamientos o las reuniones de oración que tenían lugar a la noche en los refugios. Lo único que realmente deseaban era que To Rot no continuase siendo un obstáculo para aquellos que deseaban tomar una segunda esposa. Era tan grande la fama que había adquirido To Rot durante esos años que los mismos líderes de las aldeas no sabían a quién debían obedecer. Por un lado, los japoneses permitían y promovían la poligamia, que muchos líderes veían como algo bueno. Desafortunadamente, muchos católicos también estaban a favor de

esta vieja práctica. Por otro lado, Peter To Rot era un apóstol incansable, y su autoridad moral era tan grande, que ni siquiera los líderes de las aldeas querían hacer nada que le desagradara. Sabían, además, que el buen catequista los reprendería en caso de que llegaran a hacerlo.

El orgullo de To Metapa estaba herido, y quería venganza. El catequista había arruinado sus planes y ya no podría obtener lo que deseaba. Su sueño de tomar a la Mentil como segunda esposa se había acabado, y la culpa era del catequista. Sin embargo estaba dispuesto a continuar luchando para que la poligamia continuase, sin importar el costo, y se había dispuesto no permitirle al catequista que arruinase nuevamente sus planes. Para To Metapa, el único problema era To Rot, y sabía que To Rot no se callaría. Por lo tanto, la única solución era matarlo. Sólo así podrían los hombres tomar nuevas esposas con total libertad y sin nadie que los condenara. Y es esta la verdadera razón por la cual To Rot ya estaba condenado incluso antes de haber sido arrestado.

Dijo Juan Pablo II durante la beatificación de To Rot:

Cuando las autoridades legalizaron y alentaron la poligamia, el beato Peter sabía que iba en contra de los principios cristianos y denunció con firmeza esta práctica. Debido a que el Espíritu de Dios moraba en él, proclamó sin miedo la verdad sobre la santidad del matrimonio. Se negó a tomar el «camino fácil» del compromiso moral. «Tengo que cumplir con mi deber como testigo de la Iglesia de Jesucristo», explicó. El miedo al sufrimiento y a la muerte

no lo detuvo. Durante su encarcelamiento final, Peter To Rot estaba sereno, incluso alegre. Le dijo a la gente que estaba dispuesto a morir por la fe y por su pueblo. (*Homilía*, 17 de enero de 1995)

3- Resumen cronológico de los eventos

Al inicio del libro hemos dicho que para los tolai no tenía importancia recordar o registrar fechas y cronologías específicas, y este habitual desinterés por las fechas hace bastante difícil calcular una cronología precisa de todos estos eventos. Sin embargo, todos los testigos coincidieron en decir que To Rot recibió dos advertencias oficiales de los japoneses antes de ser finalmente arrestado. Estas tuvieron lugar en los dos últimos meses de vida de To Rot, aunque no podemos saber las fechas exactas con exactitud.

Según los testigos, entre To Rot y la policía japonesa se dieron los siguientes hechos:

1) Primer interrogatorio. La primera vez que los japoneses convocaron a To Rot a la comisaría de Ramata, le advirtieron que abandonara toda actividad religiosa. En esta ocasión, To Rot incluso fue detenido durante algunos días y obligado a cavar túneles para los japoneses. Cuando regresó a casa, continuó con su ministerio de catequista.

2) Segundo interrogatorio. En esta segunda oportunidad también se le ordenó, una vez más, que abandonara cualquier actividad religiosa. También en esta ocasión se le permitió salir en libertad, y también ahora continuó con su ministerio de catequista.

3) Tercer interrogatorio. La tercera y última vez tuvo lugar entre abril y junio de 1945. En esta ocasión, To Rot fue interrogado por el oficial japonés Meshida, quien lo condenó a dos meses de prisión.



To Valia, gran líder tolai casado –según la tradición tolai– con diez mujeres.

Al conocer a los misioneros recibió el bautismo, cambió de vida
y donó una gran cantidad de tierras para la misión.

13- El catequista en prisión

A pesar de no saber con exactitud la fecha en la cual Peter To Rot fue encarcelado, sí sabemos que fue alrededor de abril o junio de 1945. Desafortunadamente, no tenemos mucha información sobre su detención y la vida en el campo de prisioneros, porque estaba prácticamente prohibido interactuar con él. Sólo su anciana madre y su joven esposa podían visitarlo regularmente, junto con algunas otras pocas personas que excepcionalmente recibieron un permiso especial de la policía.

Peter To Rot estuvo detenido en el campo de prisioneros de Vunaiaara. Allí, los casos graves se estaban encerrados en un refugio con barrotes, mientras que los casos menores disfrutaban de cierta libertad de movimiento por el campo. No pensemos que se trataba de una prisión como las conocemos actualmente. La prisión se encontraba en el medio de la selva, en un valle estrecho, y hasta el día de hoy es bastante difícil al lugar. Y consistía de algunas chozas improvisadas realizadas con material de la selva. La primera choza podía albergar entre seis y ocho hombres. Una segunda choza, construida con piso de tierra, servía de cocina. La mayor parte del tiempo los prisioneros vivían al aire libre, como solían hacer los tolai. La choza era su

dormitorio, y cuando hacía mal tiempo, su refugio. También había un túnel más pequeño excavado en la ladera de la colina que se usaba para interrogatorios. En otras ocasiones, este pequeño túnel era usado para confinamiento estricto o como refugio.

Durante su primer día de encarcelamiento, To Rot fue puesto en una pequeña habitación en el refugio subterráneo y lo dejaron allí todo el día. Un compañero de prisión, llamado To Romano, dejó este testimonio sobre los primeros días de prisión de To Rot:

Fui arrestado aproximadamente dos meses antes que Peter To Rot. Cuando llegó To Rot, yo estaba cocinando para los japoneses y los demás prisioneros. Vi por primera vez a Peter To Rot cuando regresaba de la huerta. Traté de hablar con él, pero temí interrumpir lo que parecía ser su oración continua. Le pregunté al policía nativo To Metapa por qué Peter To Rot estaba preso, y me dijo que era porque había estado dirigiendo reuniones de oración y realizando matrimonios. Había sido advertido dos veces y arrestado después de la tercera infracción. Yo estaba convencido de que To Rot moriría a causa de estas actividades que eran consideradas delitos graves. El único nombre japonés que recuerdo es Gunto, que era el oficial a cargo del área. (*Positio... Summ*, 29)

El prisionero To Romano también recuerda el momento en el cual To Rot le dijo: «**Oh, bueno, me van a matar por mi religión.**»

Muchas veces To Rot fue puesto en confinamiento solitario y, durante todo el período de su detención, fue tratado con menos

piedad que los demás prisioneros. Lo mantuvieron en la parte enrejada de la prisión, reservada para casos graves. Estaba separado del resto de los prisioneros, y también sus visitas eran restringidas. Su propia hermana, Theresia Ia Varpilak, recuerda que en una ocasión To Rot exclamó: «Esta noche me van a meter otra vez en el hoyo».

El hermano de To Rot, Tatamai, declaró que estuvieron juntos durante los días siguientes al arresto. Sin embargo, al poco tiempo To Rot fue nombrado cocinero de los prisioneros, y esto lo obligaba a permanecer dentro de los límites del campo, mientras que a los demás se les permitía salir y trabajar en las huertas.

En cuanto al tiempo que To Rot estuvo detenido en prisión, lamentablemente no tenemos información precisa. Lo único que se sabe con certeza es que mientras sus hermanos Tatamai y Telo fueron sentenciados a un mes de prisión, To Rot fue sentenciado a dos meses. El propio Tatamai recuerda: «Telo fue liberado pronto debido a su mala salud, y yo también fui dado de alta cuando expiró mi sentencia de un mes. To Rot completó su condena de dos meses, pero no fue puesto en libertad».

Durante su detención de dos meses, a Peter To Rot se le permitió recibir visitas periódicas de su anciana madre Maria Ia Tumul, de su esposa Paula Ia Varpit, de sus hijos, y de su hermana Theresia Ia Varpilak. Ellas solían cocinar y traerle comida cada vez que lo visitaban. Así lo recuerda Theresia:

Después de su arresto, la madre de To Rot, Ia Tumul, mi cuñada Ia Varpit, y yo, solíamos visitar a los tres hermanos

en prisión. En una ocasión me encontré con ellos reunidos alrededor de un fuego, temblando de frío. Empecé a llorar, y To Rot se volvió hacia mí y me dijo: **«Deja de llorar. Debes rezar. Estoy aquí por una buena causa. Estoy muy feliz por eso, porque estoy aquí debido a mi fe»**. A su madre le dijo: «¡Tal vez pronto las manden a buscar a ustedes tres también y luego estaremos todos juntos aquí en la prisión!»

(...) Desde el momento en que fue encarcelado, To Rot me advirtió que no frecuentara encuentros públicos de oración. Ahora la familia debía rezar en privado. (*Positio... Summ*, 152)

Y en otra ocasión agrega: «To Rot no mostraba signos de miedo. Siempre vivió y se identificó como catequista. Mientras estaba en prisión, siempre les pedía a sus visitas que rezaran por él, y rezaba el rosario con frecuencia, solo o con otros».

Paula la Varpit, esposa de Peter To Rot, también testifica:

La madre de Peter To Rot y yo teníamos permitido visitarlo en prisión todos los días. Me pedía que le trajera comida, y yo lo hacía. Mi última visita fue la mañana del día en que lo mataron. Era consciente del peligro y esperaba que lo mataran, pero no mostraba ninguna signo de temor. (*Positio... Summ*, 7)

En otra oportunidad, Paula recordó lo siguiente:

Dos días antes de su muerte fui a visitar a mi esposo [a la prisión] como hacía regularmente. Me pidió que le trajera una navaja para afeitarse, sábanas y su crucifijo de catequista, que estaba escondido en una valija que contenía hojas con cantos. Al día siguiente llegué a la prisión más temprano de lo normal, llevándole todo lo que me había pedido. Incluso llevé a los dos niños. También le cociné pollo con batatas. To Rot parecía haber perdido el apetito, y yo me sentía algo intranquila, ya que no me había explicado para qué quería las cosas que me había pedido traer de casa. Expresando mis temores, rogué a To Rot que abandonara el estilo de vida del catequista y adoptara, en cambio, un estilo de vida más tranquilo y desapercibido. To Rot me respondió: **«No te preocupes por eso. Es mi deber morir por Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por mi propia gente»**. Luego hizo la señal de la cruz. No mostró ningún signo de miedo o dolor. Nos sentamos juntos durante mucho tiempo, y luego To Rot me instó a llevar a los niños a casa. (*Positio... Summ*, 157)

Otra de las personas que pudieron visitar a To Rot en prisión fue su prima, la Oget, que dijo:

Visité a To Rot muchas veces mientras estaba en prisión, porque acompañaba a mi tía, Maria Ia Tumul, la madre de To Rot, y le llevábamos comida. Recuerdo que Maria Ia Tumul siempre estaba triste cuando dejábamos la prisión,

porque tenía la impresión de que To Rot moriría pronto. Pero To Rot parecía calmo y en paz, y siempre nos decía a quienes lo visitábamos: **«No se preocupen por mí. Muero por mi fe. Vuelvan a casa y recen por mí»**. (*Positio... Summ*, 13)

De acuerdo a la información disponible, sabemos que además de las personas de las que hemos apenas hablado, otras tres tuvieron la oportunidad de visitar a To Rot en prisión: Margareta Ia Kalan y Adriana Ia Katai, que vivían con la familia de To Rot en Rakunai, y Eleazar Tarue, uno de los tíos del catequista. Tarue dejó este testimonio:

Durante una de mis visitas a la prisión, To Rot me habló de los procedimientos judiciales: **«Primero, fui acusado de celebrar asambleas religiosas cuando estaba prohibido hacerlo. Luego, fui acusado de interferir en sus planes para promover los matrimonios polígamos. Mi hermano les contó cómo me había opuesto a su matrimonio con Ia Tia, y la acusación en relación con la poligamia tenía más peso que la primera»**. (*Positio... Summ*, 169)

Al leer todos estos testimonios es interesante notar cómo To Rot era perfectamente consciente de dos cosas. La primera, sabía que moriría, y lo aceptaba de buena gana. La segunda, sabía que moriría por su fe, por su defensa del matrimonio y su oposición a la poligamia. A la policía japonesa y al policía nativo To Metapa no les interesaban

realmente las reuniones de oración, o las visitas a los enfermos, o la instrucción religiosa que el catequista les daba a los niños. El único crimen que realmente querían castigar era su defensa del matrimonio y su oposición a la poligamia.



Izquierda: Restos de lo que fue la prisión donde estuvo encarcelado To Rot.

Abajo: Hermanas SSMV caminando hacia la prisión y lugar del martirio del catequista mártir.

Hasta el día de hoy es difícil acceder al lugar.



14- Muerte de Peter To Rot

Desde el momento en que To Rot fue arrestado, estaba convencido de que moriría en prisión. A pesar de que muchas personas intentaron interceder en su favor, la policía japonesa no tenía misericordia con el catequista y todos los esfuerzos eran en vano. De hecho, desde el primer día en prisión, To Rot fue siempre tratado con mayor dureza y severidad que el resto de los prisioneros. Y al cumplirse los dos meses de la sentencia que se le había fijado, no se le concedió libertad. Al contrario, continuó injustamente en prisión sin ningún tipo de explicación. Este tipo de trato por parte de los japoneses y de To Metapa era un gesto que To Rot podía entender muy bien. En las páginas anteriores hemos leído que To Rot estaba seguro de que no saldría con vida de la prisión, y lo manifestaba con frases como «No se preocupen por mí. Muero por mi fe», «Es mi deber morir por Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por mi propia gente», «Estoy aquí por una buena causa. (...) Estoy aquí debido a mi fe», «Oh, bueno, me van a matar por mi religión», etc.

1- Las horas finales

Como hemos dicho anteriormente, To Rot sabía que moriría en prisión y que moriría pronto, aunque no podía saber con precisión exactamente cuándo. Las sospechas surgieron en su mente cuando el oficial japonés Gunto le dijo al prisionero To Romano que tendría que venir un médico a darle algún medicamento al prisionero To Rot debido a su enfermedad. Esto ocurrió dos días antes del último viernes del catequista. Al ver que To Rot no estaba enfermo en absoluto, To Romano comprendió de inmediato que la enfermedad inexistente era sólo una excusa para justificar la visita del médico.

Los familiares que visitaron a To Rot durante esos dos últimos días dan testimonio de las acertadas sospechas del catequista. Su hermano Tatamai recuerda:

En la que iba a ser su última visita, To Rot le dijo a su madre: **«La policía me ha dicho que están esperando al médico japonés, que me va a dar una medicina. Sospecho que esto es mentira porque no estoy realmente enfermo. No sé qué significa esto»**. A diferencia de ocasiones, ese día no comió mucho de la comida que le habían traído. Luego le pidió a su esposa y a su hermana que oraran por él. (*Positio... Summ*, 149)

También la hermana de To Rot, There la Varpilak, agrega:

Cuando mi madre se dirigía a su casa en la finca de Taogo, después de la última visita que iba a hacer a la prisión, me dijo que To Rot le había dicho: «Esta noche me van a meter otra vez en el hoyo». Se refería a la celda subterránea en la que los japoneses lo habían metido en una ocasión anterior. (*Positio... Summ*, 152)

También la joven viuda, Paula la Varpit, aunque sin muchos detalles, recordó la sensación de malestar que la embargó en la última visita a su marido. Él le había pedido que le trajera el crucifijo del catequista, y se sentaron juntos durante mucho tiempo en silencio, después de lo cual To Rot la instó a llevar a los niños de vuelta a la casa. También agregó: «Estaba consciente del peligro y esperaba que lo mataran, pero no mostró signos de miedo».

El día anterior a la muerte del catequista, el líder Anton Tata tuvo oportunidad de verlo por última vez. Él fue quien escuchó de labios de To Rot una de las declaraciones más hermosas del catequista. En 1952 escribió:

Más tarde, en prisión, tuve una conversación de hombre a hombre con To Rot, quien dijo: **«Estoy aquí por aquellos que rompen sus votos matrimoniales y por aquellos que no quieren ver avanzar la obra de Dios. Eso es todo. Debo morir. Tú vuelve y cuida de la gente»**. Le dije que debería tratar de sobornar a la policía por su libertad. Él respondió: **«Quítate eso de la cabeza. ya me han condenado a muerte»**. (*Positio... Summ*, 160)

Más de treinta años más tarde, en 1987, Anton Tata volvió a hablar de este episodio y agregó algunos detalles interesantes:

Visité a Peter To Rot muchas veces durante su encarcelamiento. La última vez fue el día de su muerte. Traté de obtener la liberación de Peter To Rot de los jefes militares japoneses, Gunto y Meshida. Se negaron, diciendo: «Es un buen hombre, déjalo que se quede aquí». Esta respuesta me dio una fuerte sensación de peligro inminente para Peter To Rot, porque percibí en ella un doble significado. Pero To Rot nunca mostró ningún signo de miedo. Me dijo: **«No te preocupes. Soy catequista y sólo estoy cumpliendo con mi deber. Me quedaré aquí»**. (*Positio...*, 16)

La hermana Adriana Ia Katai, familiar de To Rot, también tuvo oportunidad de visitar al catequista. La hermana Adriana había quedado huérfana siendo aún pequeña y los padres de To Rot la habían adoptado. Tuvo oportunidad de visitar a To Rot el día previo a su muerte, y así lo recuerda:

Visité a Peter To Rot en la prisión el día anterior a su muerte. Fui a verlo sólo para decirle que había cumplido su orden de ocultar los libros de la iglesia, los registros bautismales y otros materiales. Me dijo que pronto vendrían unos médicos a verlo. No sabía por qué, ya que no estaba enfermo. Me dijo que fuera a casa y rezara por él. Se lo escuchaba feliz y en paz. (*Positio...*, 23)

Cuando se trata de las últimas horas de Peter To Rot, existen dos testimonios que merecen un lugar especial: To Romano y Arap To Binabak. Ambos estuvieron encarcelados con Peter To Rot, y estuvieron involucrados en los eventos cruciales que marcaron los últimos dos días de To Rot en prisión. De hecho, es gracias al testimonio de estos dos testigos que sabemos cómo murió el catequista.

To Romano dio testimonio en dos ocasiones. La primera fue en 1952, relativamente poco tiempo después de la muerte de To Rot. La segunda, en cambio, fue más de treinta años más tarde, durante la investigación realizada en 1987. Si bien podemos encontrar algunas diferencias entre los dos relatos, se tratan de diferencias menores debidas a los más de treinta años que pasaron entre una declaración y la otra. Leamos lo que dijo en esas ocasiones. En 1952 declaró:

To Rot se resfrió un poco, pero estaba de pie como de costumbre, y se le permitió quedarse en la casa del jefe Tarue, que estaba justo al lado de la prisión. Le conté a la policía sobre el resfrió de To Rot, y Meshida dijo que un médico japonés vendría a darle un medicamento.

Esa noche vinieron dos médicos japoneses. Los vi porque yo era cocinero para los japoneses. Después del anochecer, todos los prisioneros y los policías nativos fueron enviados a la finca de To Mano para jugar y hacer mucho ruido a la luz de la luna. Pero volví a Vunaiaara a lavarme. Vi a To Rot acostado en su choza y lo llamé: «¡Despierta!» Como To Rot no se movía, pensé que To Rot estaba profundamente dormido, y seguí adelante.

Después de lavarme, volví donde estaba To Rot y traté de despertarlo. Para mi horror, descubrí que To Rot estaba muerto. Vi algodón en las orejas y en las fosas nasales de To Rot. Mi primer pensamiento fue que a To Rot lo habían envenenado. (*Positio... Summ*, 171)

Más tarde, en 1987, dijo:

El oficial japonés, Gunto, me dijo que un médico vendría dentro de dos días para darle medicina a Peter To Rot porque estaba enfermo. No creí en esa razón. Dos días después Gunto me volvió a decir lo mismo, y por la noche me dijo que fuera y trajera a Peter To Rot al lugar donde él estaba. La orden cambió, y al final fue Arap To Binabak quien buscó To Rot, mientras que yo fui con un mensaje al policía nativo para que se llevara a los prisioneros a otro lugar. También yo fui a este lugar con los demás prisioneros.

Cerca de la medianoche regresé al campamento. En la oscuridad, me di cuenta de que Peter To Rot estaba allí, pero pensé que estaba durmiendo. Me lavé y luego me reuní con los otros prisioneros. Cuando volví, llamé a Peter To Rot, pero cuando no hubo respuesta, vi que To Rot estaba muerto. Más tarde, Arap To Binabak me contó lo que había visto.

Cuando llegaron los japoneses, fui de nuevo al lugar donde estaba el cuerpo de Peter To Rot y fingí estar sorprendido. Grité en voz alta a los japoneses que Peter To Rot estaba

muerto. Llegaron al lugar y también fingieron estar sorprendidos. Noté que las orejas y las fosas nasales de To Rot estaban rellenas con algodón o algún otro material. Gunto hizo poner el cuerpo en una tabla y envió al policía nativo a decirle a Anton Tata y a los demás que Peter To Rot estaba muerto. Hubo un sentimiento inmediato y general de que Peter To Rot había muerto por sus creencias. (*Positio... Summ*, 29-30)

Arap To Binabak era quince años más joven que To Rot. No era católico, pero eso no fue un impedimento para que fueran grandes amigos con el catequista. Es más, admiraba profundamente a To Rot y las integridad de vida con la cual el catequista vivía lo que predicaba. También él dio testimonio en 1952 y en 1987. Este es su testimonio de 1952:

El día de su muerte, To Rot era el cocinero habitual. Por la noche, todos los prisioneros y los policías nativos fueron expulsados de la prisión, mientras que todos los japoneses se quedaron en Vunaiaara. To Varmari, que había estado trabajando en un campo de patatas en Tavulie, regresó más tarde y buscó algo para comer. (...) To Varmari y yo nos escabullimos de regreso a la prisión porque teníamos hambre. Encontramos a To Rot en la misma posición en la que sería visto a la mañana siguiente. Ambos tratamos de despertarlo. Tenía algodón en las orejas y en la nariz. To Rot estaba vestido con un taparrabos, mientras que otro taparrabos cubría su cuerpo.

Mientras tanto, llegó To Romano. Cada uno advirtió al otro que se callara, no fuera que alguien nos encontrara allí. Luego nos fuimos a dormir. A la mañana siguiente hubo un pase de lista para todos los que estaban dentro de los confines de la prisión: grupo de trabajo, presos, colaboradores, policías, todos sin excepción. To Varmari y yo fuimos directamente a trabajar. Teníamos demasiado miedo de decir algo.

Fui al cuartel de la prisión para encender un fuego y empezar a cocinar. Algunos de los colaboradores japoneses se acercaron al fuego y vieron a To Rot muerto. Los colaboradores informaron a los japoneses de lo que habían visto, y ellos vinieron y comenzaron a hacer preguntas. Parecían estar muy sorprendidos. (...)

To Varmari y yo todavía teníamos miedo de hablar, pero estábamos convencidos de que To Rot había sido asesinado. To Varmari dijo que había presenciado otras ejecuciones japonesas, pero nunca una tan secreta.

Entonces recordé que antes To Rot me había dicho que se suponía que un médico japonés vendría a darle un medicamento. To Rot expresó su incredulidad y dijo: «¿Qué tipo de medicina quieren darme?» To Rot, de hecho, no estaba enfermo, pero no del todo saludable. Los médicos nunca habían venido a ver a los presos antes de esto. (*In Positio... Summ*, 172-173)

Y en 1987 dio el siguiente testimonio delante del Promotor de Justicia:

«*Promotor de Justicia*: ¿Le preguntó a Peter To Rot por qué estaba en prisión?

Arap To Binabak: No había necesidad de hacerlo. Era de conocimiento común que Peter To Rot había sido arrestado a causa de sus actividades religiosas. Dejó en claro que sabía por qué lo iban a matar, pero no mostró ningún signo de miedo.

Todos los prisioneros excepto Peter To Rot, que estaba resfriado, y yo, fueron enviados a un lugar alejado del campo para divertirse, aunque estaba lloviendo. Cuando me enviaron a llevar a To Rot al dormitorio para recibir tratamiento médico, no pude evitar pensar que realmente no parecía enfermo. Esta orden fue dada por Meshida. Desde donde Peter To Rot y yo esperábamos, pudimos ver la preparación para el «tratamiento» de To Rot. Hablamos en voz baja y Peter To Rot se preguntaba qué tipo de inyección le darían.

Cuando Meshida vino a buscar a Peter To Rot, me envió lejos. Subí a una pequeña elevación cercana, desde donde podía ver lo que estaba pasando abajo. El médico le dio a Peter To Rot una inyección y un trago de algo, y le dijo que se acostara. Sus oídos y fosas nasales estaban tapados. Después de un tiempo, Peter To Rot parecía luchar y querer vomitar. El médico le tapó la boca y lo sostuvo, y después de un rato estaba inmóvil. Cuando vi que Peter To Rot estaba muerto, corrí a donde estaban mis amigos con los otros prisioneros y en voz baja les conté lo que había sucedido. Alrededor de la

medianoche, los tres regresamos al campamento y vimos el cuerpo. En ese momento no había japoneses allí. (...) Cuando los demás prisioneros regresaron al campo, se sorprendieron mucho al encontrar muerto a Peter To Rot. Los japoneses también fingieron estar sorprendidos cuando regresaron. (...) Sentí fuertemente que Peter To Rot había muerto por su fe. (*Positio... Summ*, 25-26)

Cuando To Metapa, el infame policía nativo cuya lujuria fue la causa del martirio de Peter To Rot, se acercó al lugar donde estaba recostado el cuerpo sin vida de To Rot, lo cubrió con un manto, y dijo a los prisioneros: «Él, el “chico de la misión”, estaba muy enfermo y ha muerto. Avísenle al líder Tata y a sus parientes que vengan aquí y se lo lleven».

2- Fecha del martirio

Al igual que con otras fechas importantes de la vida de To Rot, también aquí debemos lamentar la falta de registros o documentos. Y así como no podemos establecer con certeza la fecha de su nacimiento o bautismo, tampoco ahora podemos establecer con certeza la fecha exacta de su muerte, aunque sabemos que tuvo lugar en el mes de julio. Por un lado, no debemos olvidarnos que, cuando la guerra se acercaba a su fin, los japoneses destruyeron todos los documentos que de algún modo podían incriminarlos en el futuro. Por otro lado, el caso de Peter To Rot era de poca importancia para los japoneses, de tal modo que tampoco tendrían demasiado interés en registrar los

hechos. Y a esto es necesario sumarle la falta de interés de los tolai a la hora de recordar fechas precisas.

Sin embargo, tenemos elementos suficientes como para indicar cuatro fechas posibles, y es la esposa del catequista, Paula Ia Varpit, quien nos ayuda a hacerlo. Ella recuerda haber visitado a su esposo un viernes y haberse enterado de su muerte la mañana del día siguiente. Y sus compañeros de prisión recuerdan que la muerte tuvo lugar de noche, antes de que fuera la hora de dormir. De tal modo que el catequista murió la noche de un viernes del mes de julio de 1945. Dice la *Positio*:

«*Julio de 1945*» fue la fecha que la gente de Rakunai grabó en la cruz con la que marcaron la tumba de su amado catequista. Sin embargo, ni Paula Ia Varpit, ni ningún otro de los testigos ha podido indicar qué viernes del mes de julio de 1945 fue el día de la muerte del Siervo de Dios. Y hubo cuatro viernes en el mes de julio de ese año: 6, 13, 20 y 27.

Durante la investigación de 1987 se le preguntó específicamente [a la esposa]: «¿*Recuerda exactamente cuando fue asesinado Peter To Rot?*», Paula Ia Varpit respondió: «*La testigo no recuerda esta fecha*».

Como resultado de las dificultades concretas para establecer una fecha exacta de la muerte del Siervo de Dios, «*Un viernes de julio de 1945*» ha sido generalmente aceptada por los católicos de la Arquidiócesis de Rabaul como la fecha oficial de su martirio. (*Positio...*, 56-57)

Hoy en día se acepta el 7 de julio como fecha de su martirio, aunque en realidad no existe certeza para asegurarlo. Es más, el 7 de julio de 1945 fue un día sábado, y eso parece contradecir el testimonio de la esposa del catequista, que recuerda que un viernes estaba vivo y al día siguiente a la mañana estaba muerto. Y esa fecha también parece contradecir el testimonio de los compañeros de prisión de To Rot, que aseguran que murió la noche de un viernes. De todos modos, la Iglesia estableció su memoria litúrgica el día 7 de julio. Así dice el Martirologio Romano:

7 de julio: En el pueblo de Rakunai, en Nueva Bretaña, isla de Melanesia, beato Pedro To Rot, mártir, padre de familia y catequista, que durante la guerra fue apresado por haber seguido ejerciendo su oficio de catequista y sufrió el martirio bajo los efectos de una inyección de veneno letal (1945).

3- El catequista ha muerto

Cuando Anton Tata, líder de la aldea, recibió la noticia, hizo sonar su cuerno para dar la advertencia a su gente. Algunas personas fueron directamente a la prisión y encontraron el cadáver todavía en la galería. Notaron el algodón en las orejas y en las fosas nasales, junto con una flema espumosa que le salía de las comisuras de la boca. Había un pinchazo de aguja junto a la gran vena de la parte superior del brazo izquierdo, y su garganta estaba descolorida e hinchada.

Llevaron el cuerpo a la finca de Tarue. Aún estaba tibio y las extremidades aún no estaban rígidas. Mucha gente se acercó para ver

qué había sucedido. Nadie creyó la versión oficial de su enfermedad, sino que todos decían: «To Rot ha sido asesinado».

Leamos algunos testimonios de testigos oculares:

Tarue, tío de To Rot: «El cuerpo aún estaba tibio y sus extremidades eran flexibles. Lo notamos mientras lavábamos el cuerpo. Y mientras lo hacíamos noté la punción de una jeringa en la parte superior del brazo izquierdo, junto a la vena. Les susurré a los que estaban presentes: “No digan nada. To Rot murió por sus enseñanzas y por su religión”».

To Burangan, amigo de To Rot: «Le quitaron la venda roja de la frente y el algodón, y de estos orificios salió una flema espumosa y fétida. Lavamos el cadáver. Conocía a To Rot desde que éramos niños. Era de naturaleza robusta y nunca enfermaba. Al ver el cadáver, no pensé ni por un momento que había muerto por una enfermedad. Mi primer pensamiento fue: asesinado».

Anton Tata, líder de la aldea: «Encontramos el cadáver en la finca de Tarue, con la cara hacia el cielo, las manos juntas sobre el corazón, una pierna doblada rígidamente. La nariz y las orejas estaban tapadas con algodón. De su boca salía espuma, pero era bastante diferente a la que se ve con otros cadáveres. Olía fuertemente a alguna medicina vil. Cuando estaban lavando el cuerpo, noté la marca oscura y descolorida en la garganta y en la parte superior del brazo izquierdo junto a la vena gruesa, la punción de una aguja de inyección. Nos comunicábamos entre nosotros por medio de señas y miradas. Todos supimos inmediatamente que esto fue un asesinato».

Joseph Tatamai, hermano de To Rot: «Cuando le quitaron el algodón de los oídos y de las fosas nasales, por esos orificios salía

espuma blanca y medicina con olor a hojas de mango. El centro de la garganta estaba aplastado e hinchado. Todo el mundo vio y supo que esto era causado por una porra que le habían dado en la garganta. Por temor a la policía, los presentes susurraron entre sí en voz baja: “To Rot fue asesinado”».

Y entre todos estos testimonios, queremos resaltar el de la joven y valiente esposa, Paula la Varpit. En 1952 recordó lo siguiente:

Cuando me dijeron a la mañana siguiente [después de la última visita a la prisión] que To Rot estaba muerto, era un sábado, y todos corrieron hacia Vunaiaara. Me quedé con mi suegra en la finca de Taogo, ya que estaba embarazada de mi tercer hijo. Me eché a llorar. Finalmente trajeron a casa el cuerpo de To Rot. Alrededor de su cabeza había un paño rojo. Le salía espuma blanca por la boca y la nariz. La espuma olía mal, así que me puse un pañuelo en la boca. Me sorprendió ver que su cuello estuviera tan hinchado. En la parte posterior de su cabeza noté dos cortes profundos que aún sangraban. (*Positio... Summ*, 157)

4- El funeral

El funeral y el entierro de Rot se llevaron a cabo sin mucha solemnidad. Todo el mundo temía a los japoneses y nadie quería tener ningún tipo de problema con la policía. La orden que prohibía las reuniones de oración todavía estaba vigente, y un funeral era una ocasión perfecta para que la policía llevara más personas a prisión.

Algunas personas querían enterrar a To Rot junto a su padre, To Puia. El líder Anton Tata se opuso a esta idea porque, según el profundo matriarcado presente en la tradición tolai, To Rot no pertenecía a la familia de su padre, sino a la de su madre. To Puia fue enterrado en Vunapalabarip, el lugar de su familia. Más tarde, todos coincidieron en que To Rot debía ser sepultado en un pequeño cementerio que el padre Laufer había arreglado unos años antes cerca de la iglesia, según la tradición católica.

En ese cementerio, había un lugar de honor bajo un gran crucifijo. Era el lugar en que el mismo padre Laufer quería ser enterrado cuando llegara su hora. Aunque todos amaban a su párroco, sabían muy bien que To Rot era un mártir y decidieron, en cambio, enterrar a To Rot en ese lugar especial.

Los policías llevaron el cuerpo desde la finca de Tarue a la finca de To Rot. Dos japoneses y algunos espías se mezclaron con la gente. La esposa y la madre de To Rot se quedaron en la finca de Tarue, ya que Paula estaba próxima a dar a luz a su tercer hijo.

Según la costumbre nativa, el cuerpo de To Rot tenía que ser elevado para que la gente pudiera verlo. La noticia de la muerte del catequista se difundió rápidamente por todas las aldeas, de tal modo que mucha gente se acercó para ver el cadáver, llorar y rezar. Horas más tarde, el cuerpo fue llevado al patio de lo que había sido la iglesia de la aldea, ahora completamente en ruinas. Mucha gente siguió el cortejo. El funeral se llevó a cabo en silencio, porque todos sabían que había algunos espías entre ellos, por lo que no querían rezar en voz alta. Por la noche se reencontraron en la finca de Taogo, donde siguieron las tradiciones tolai en honor a los difuntos. Y en este caso, en honor a un mártir.

No se escucharon voces en la finca de Taogo durante toda la noche. Todo el mundo estaba en silencio, rezando y con miedo.

* * *

Llegados a este punto –incluso brevemente y fuera de contexto–, es necesario dedicar unas palabras de reconocimiento y agradecimiento a la joven viuda, Paula Ia Varpit. Cuando murió su esposo, Paula tenía veinticinco años de edad y tres hijos. De acuerdo con los testimonios de la misma Paula y de aquellos que la han conocido, ella era la confidente y el apoyo del catequista. Sin la generosidad y entrega de Paula, probablemente el nombre de Peter To Rot no se encontraría en el Martirologio.

Sólo una sola vez intentó persuadir a su esposo para que abandonara el ministerio de catequista, porque era consciente de los peligros a los cuales se exponía. Y lo hizo el mismísimo día del martirio de su esposo, sólo unas pocas horas antes. Hasta ese día, jamás se había quejado ni había puesto obstáculos en el ministerio de su esposo.

Durante la segunda investigación canónica que se llevó a cabo para la Causa de Beatificación de To Rot, tuvo lugar este breve y hermoso diálogo:

Promotor de Justicia: En su testimonio anterior, usted dijo que sólo una vez le pidió a Peter To Rot que detuviera o discontinuara su trabajo pastoral. ¿Está segura de esto, o hubo otras ocasiones en las que sugirió o pidió a Peter To Rot que abandonara su actividad religiosa?

Paula Ia Varpit: Sí, le pedí a Peter To Rot que suspendiera su trabajo pastoral sólo una vez. Esto fue el día de su muerte, cuando lo visité por última vez en prisión. Nunca antes le había pedido a Peter To Rot que detuviera su trabajo pastoral, porque a causa de su fuerte insistencia y su fe profunda y su fuerza de propósito en su trabajo, sabía que se negaría a considerar solicitudes de este tipo.

Promotor de Justicia: ¿Cuál fue la respuesta de Peter To Rot a su sugerencia?

Paula Ia Varpit: La respuesta de Peter To Rot a mi súplica fue: «**No me impidas hacer mi trabajo. es la obra de Dios**». (*Positio... Summ*, 48)



Tumba donde estuvo enterrado el beato Peter To Rot hasta su beatificación.
Hoy en día sus restos reposan en la iglesia parroquial de Rakunai,
a unos trescientos metros del cementerio.



Abajo: Cruz de catequista con la cual quiso morir y fue enterrado Peter To Rot. Fue recuperada durante la exhumación del cuerpo, pero se perdió definitivamente durante el incendio de la casa obispo que la custodiaba.



15- ¿Es Peter To Rot realmente un mártir?

¿Es Peter To Rot realmente un mártir? Aunque la respuesta a esta pregunta puede ser evidente para nosotros, sin embargo se trata de un punto crucial en cualquier causa de beatificación, y debe ser demostrado con argumentos. En otras palabras: ¿Peter To Rot murió por su fe, o murió, en cambio, por haber desobedecido a las autoridades japonesas? La respuesta a esta pregunta es decisiva en el caso de Peter To Rot. Si afirmamos que murió por su fe y que voluntariamente aceptó la muerte, entonces nos encontramos delante de un verdadero mártir, y debemos honrarlo como tal. Sin embargo, si la causa de su muerte fue la desobediencia a las autoridades japonesas, entonces podríamos recordarlo como un buen catequista y un padre y esposo amoroso, pero no como un mártir.

Dividiremos este último capítulo del libro en dos partes. En la primera, veremos brevemente la enseñanza de la Iglesia acerca del martirio. En la segunda, en cambio, demostraremos que Peter To Rot cumplió con los requisitos que la Iglesia exige para que propiamente se hable de martirio.

1- ¿En qué consiste el martirio?

Antes de estudiar el caso de To Rot, puede ser útil recordar brevemente las enseñanzas de la Iglesia acerca del martirio. De más está decir que no es nuestra intención escribir un «Tratado sobre el martirio», sino recordar algunas nociones y conceptos que pueden ayudarnos a entender mejor este delicado asunto. Al mismo tiempo, nos ayudará también a responder las objeciones que puedan presentarse.

El término «mártir» en la Iglesia

El término «martirio» deriva del griego μάρτυς, que significa «testigo». Un mártir, entonces, es un testigo que da testimonio de un hecho del que tiene conocimiento por observación personal. En otras palabras, es alguien que da testimonio de la verdad. Y es en este sentido que el término aparece por primera vez en la literatura cristiana. Los apóstoles fueron «testigos» de todo lo que habían observado en la vida pública de Cristo, así como de todo lo que habían aprendido de su enseñanza. El mismo Señor les había dicho: *«Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis **testigos** (μάρτυρες = mártires) en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra»* (Hec 1,8). San Pedro, en su discurso a los apóstoles y discípulos en relación con la elección del sucesor de Judas, emplea el término con este significado: *«Conviene, pues, que de entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido **testigo***

(μάρτυρα = mártir) *con nosotros de su resurrección*» (Hec 1,21-22). Y en su primer discurso público, el jefe de los apóstoles habla de sí mismo y de sus compañeros como «*testigos*» que vieron a Cristo resucitado. Posteriormente, tras la milagrosa fuga de los Apóstoles de la prisión, cuando son llevados por segunda vez ante el tribunal, Pedro alude a los doce como «*testigos*» de Cristo (Hec 5,29). En su Primera Epístola, san Pedro también se refiere a sí mismo como un «*testigo*» (μάρτυς = mártir) *de los sufrimientos de Cristo*» (1 Ped 5,1).

Aunque hoy en día el término «mártir» esté reservado exclusivamente para aquellos que derramaron su sangre por Cristo, sin embargo no fue así como se lo entendió al inicio. Un «mártir» era simplemente un «testigo» de la verdad, sin referencia necesaria al derramamiento de sangre. Pero esto creaba un problema: el término «mártir» era aplicado indistintamente a los que derramaban su sangre por Cristo y también a los que, sin derramar su sangre, eran valientes testigos de la fe católica. Gradualmente la Iglesia comenzó a hacer distinción entre estos dos grupos de personas, y así encontramos que en el siglo II comenzó a utilizarse la palabra «confesor» para referirse a aquellos que, aun siendo testigos (= mártires), no habían derramado su sangre por Cristo, y la palabra «mártir» comenzó a aplicarse exclusivamente a aquellos que habían dado testimonio con la sangre.

El fundamento del martirio

El martirio encuentra su fundamento en la muerte de Jesús y en su supremo sacrificio de amor consumado en la cruz, por el cual tenemos

vida. Cristo es el siervo sufriente del que habla el profeta Isaías, que se dio a sí mismo en rescate por muchos. Es el primer mártir y verdadero ejemplo, porque es quien derramó toda su sangre, hasta la última gota, en el sacrificio del Calvario. Y el ejército de millones de mártires que le siguen no hacen más que repetir este supremo sacrificio con la fuerza que reciben del mismo Jesús.

Jesús insta a sus discípulos, a cada uno de nosotros, a tomar cada día su cruz y seguirlo por el camino del amor total a Dios. Él dijo: *«El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará»* (Mt 10,38-39). Este es el sentido de la parábola del grano de trigo que muere para dar nueva vida, y cuyo mejor y más perfecto ejemplo tuvo lugar hace poco menos de dos mil años en la cima del Calvario. «Él mismo [Jesús] es el grano de trigo venido de Dios, el grano de trigo divino, que se deja caer en tierra, que se deja romper en la muerte y, precisamente de esta forma, se abre y puede dar fruto en todo el mundo» (BENEDICTO XVI, *Mensaje*, 14 de marzo de 2010) El mártir sigue a su Señor hasta el final, aceptando libremente la muerte por la salvación del mundo en prueba suprema de amor y de fe.

Nos enseña el Papa Benedicto XVI:

Una vez más, ¿de dónde nace la fuerza para afrontar el martirio? De la profunda e íntima unión con Cristo, porque el martirio y la vocación al martirio no son el resultado de un esfuerzo humano, sino la respuesta a una iniciativa y a una llamada de Dios; son un don de su gracia,

que nos hace capaces de dar la propia vida por amor a Cristo y a la Iglesia, y así al mundo. Si leemos la vida de los mártires quedamos sorprendidos por la serenidad y la valentía a la hora de afrontar el sufrimiento y la muerte: el poder de Dios se manifiesta plenamente en la debilidad, en la pobreza de quien se encomienda a Él y sólo en Él pone su esperanza (cf. 2 Co 12,9). Pero es importante subrayar que la gracia de Dios no suprime o sofoca la libertad de quien afronta el martirio, sino, al contrario, la enriquece y la exalta: el mártir es una persona sumamente libre, libre respecto del poder, del mundo: una persona libre, que en un único acto definitivo entrega toda su vida a Dios, y en un acto supremo de fe, de esperanza y de caridad se abandona en las manos de su Creador y Redentor; sacrifica su vida para ser asociado de modo total al sacrificio de Cristo en la cruz. En una palabra, el martirio es un gran acto de amor en respuesta al inmenso amor de Dios. (*Audiencia*, 11 de agosto de 2010)

Aunque el martirio sea una gracia reservada para unos pocos y tal vez no todos estemos llamados, sin embargo nada nos impide esta «profunda e íntima unión con Cristo» de la cual habla el Papa. Al fin de cuentas, todos estamos llamados a responder con generosidad «al inmenso amor de Dios». Y eso, en definitiva, es el secreto de la santidad.

El martirio en el Magisterio de la Iglesia

El Papa Benedicto XIV, cuyo pontificado tuvo lugar entre 1740 y 1758, es considerado el «maestro» de las Causas de los Santos, porque a él le debemos las definiciones tradicionales y los principios que deben aplicarse en los casos de martirio. En un documento clásico titulado *De Servorum Dei Beatificatione et Beatorum Canonizatione* (Acerca de la beatificación de los siervos de Dios y la canonización de los beatos) estableció los principios que deben seguirse en el estudio de los casos de martirio. Este documento, aun habiendo sido escrito hace más de dos siglos, continúa siendo la ley observada por la Iglesia hasta el día de hoy. En este documento, el Papa declara que «martirio» significa sufrir la muerte por la fe o por cualquier virtud cristiana que esté relacionada con ella.

Es importante resaltar la distinción que hace el Benedicto XIV entre morir por la fe y morir por una virtud cristiana que se relacione con ella. A veces encontramos ejemplos de mártires que han derramado su sangre porque sus perseguidores odiaban la fe, como durante las persecuciones de los primeros siglos, o incluso en nuestros días durante regímenes paganos y anticristianos. Otras veces, en cambio, encontramos mártires que han derramado la sangre no por un odio directo hacia su fe, sino por alguna otra virtud cristiana. Y así encontramos miles de mártires que han derramado su sangre defendiendo virtudes como la pureza, la obediencia, la caridad, etc. Estas personas también son consideradas mártires en sentido estricto del término, porque la virtud por la cual murieron se encontraba profundamente relacionada con la fe que profesaban y con las enseñanzas evangélicas.

Veamos algunos ejemplos recientes y familiares para entender mejor lo que acabamos de decir. Alguien podría objetar que santa María Goretti no es propiamente mártir, porque su agresor era tan cristiano como ella, y no la mató por su fe, sino por su pureza. Y esto es cierto, pero la pureza por la cual Maria Goretti derramó su sangre es una virtud cristiana que estaba profunda e inseparablemente unida a su fe. Y así, defendiendo su pureza, María Goretti daba testimonio de su fe. También se podría objetar que san Maximiliano Kolbe no es propiamente mártir, porque no fue asesinado directamente a causa de su fe, sino por la caridad que demostró hacia un compañero de prisión. Y también esto es cierto, pero la caridad por la cual Maximiliano Kolbe aceptó la muerte es también una virtud cristiana inseparablemente de su fe. Y también él, al dar testimonio de su caridad, estaba dando testimonio de su fe. Por eso, a pesar de que estos dos santos no han sido asesinados por odio directo hacia la fe, sin embargo fueron asesinados por odio hacia virtudes cristianas inseparables de la fe y, de acuerdo con la definición de martirio de Benedicto XIV, un mártir no es sólo aquél que muere por odio directo hacia la fe, sino también aquél que muere defendiendo una virtud cristiana relacionada con ella.

Los tres elementos esenciales del martirio

Más recientemente, el 24 de abril de 2006, el Papa Benedicto XVI pronunció un mensaje para los miembros de la Congregación para las Causas de los Santos, en el que recordaba la doctrina católica sobre el martirio. Y en ese mensaje, el Papa quiso recorddar una vez más cuáles son los tres elementos esenciales del martirio: **1) Muerte de la víctima;**

2) Aceptación por parte de la víctima; 3) Odio a la fe por parte del perseguidor. Para que pueda hablarse de martirio propiamente dicho, estos tres elementos deben encontrarse unidos. Si uno de ellos está ausente, entonces no se trata de un verdadero y propio martirio. Recordaba Benedicto XVI:

«Los mártires de ayer y los de nuestro tiempo dan la vida (*effusio sanguinis*) libre y conscientemente, en un acto supremo de caridad, para testimoniar su fidelidad a Cristo, al Evangelio y a la Iglesia.

Aunque el motivo que impulsa al martirio sigue siendo el mismo y tiene en Cristo su fuente y modelo, han cambiado los contextos culturales del martirio y las estrategias “*ex parte persecutoris*” (de parte del perseguidor), que cada vez trata de manifestar de modo menos explícito su aversión a la fe cristiana o a un comportamiento relacionado con las virtudes cristianas, pero que simula diferentes razones, por ejemplo, de naturaleza política o social.

Ciertamente, es necesario recoger pruebas irrefutables sobre la disponibilidad al martirio, como derramamiento de la sangre, y sobre su aceptación por parte de la víctima, pero también es necesario que aflore directa o indirectamente, aunque siempre de modo moralmente cierto, el “*odium fidei*” del perseguidor. Si falta este elemento, no existirá un verdadero martirio según la doctrina teológica y jurídica perenne de la Iglesia. El concepto de “martirio”, referido a los santos y a los beatos mártires, ha de

entenderse, de acuerdo con la enseñanza de Benedicto XIV, como “*voluntaria mortis perpessio sive tolerantia propter fidem Christi, vel alium virtutis actum in Deum relatum*” (sufrimiento voluntario de la muerte o su aceptación a causa de la fe en Cristo, u otro acto de virtud referido a Dios) (*De Servorum Dei beatificatione et Beatorum canonizatione*). **Esta es la enseñanza constante de la Iglesia**» (*Mensaje a los participantes en la sesión plenaria de la Congregación para la Causa de los Santos*, 24 de abril de 2006).

Siguiendo esta «enseñanza constante de la Iglesia», cuando se trata de estudiar el caso de un supuesto mártir, es absolutamente necesario investigar si estos tres elementos esenciales estuvieron presentes en el momento del presunto martirio. No debemos olvidar que, si uno de estos elementos no está presente, entonces no hay verdadero martirio.

2- Peter To Rot y los tres elementos esenciales del martirio

Veamos brevemente cómo Peter To Rot cumplió con estos tres requisitos, de tal modo que la Iglesia quiso agregar su nombre al del ejército de mártires.

1- Muerte de la víctima

Este es el primer elemento: es necesario tener certeza de que el mártir fue asesinado. Es decir, que su muerte no fue el resultado de causas naturales.

En el caso de To Rot, desde el primer momento nadie tuvo ninguna duda de que había sido asesinado. Ya hemos leído los testimonios de los testigos oculares que declararon que dos policías, Meshida y Gunto, fueron los responsables de la ejecución del catequista, ayudados por un médico japonés cuyo nombre desconocemos. Los detalles de los eventos ya fueron descritos en el capítulo 14, por lo que sólo los revisaremos brevemente, sin demasiados detalles.

Tenemos un testigo ocular de gran valor llamado Arap To Binabak, que declaró haber visto la ejecución de To Rot, dando detalles del evento: «Cuando Meshida vino a buscar a Peter To Rot, me envió lejos. Subí a una pequeña elevación cercana, desde donde podía ver lo que estaba pasando abajo. El médico le dio a Peter To Rot una inyección y un trago de algo, y le dijo que se acostara. Sus oídos y fosas nasales estaban tapados. Después de un tiempo, Peter To Rot parecía luchar y querer vomitar. El médico le tapó la boca y lo abrazó, y después de un rato, estaba inmóvil» (*Positio... Summ*, 25-26).

Tenemos el hecho evidente de la inyección, mencionado por muchos testigos, debido a la punción que se encontró durante el lavado del cadáver. Anton Tata declaró: «Cuando estaban lavando el cuerpo, noté la marca oscura y descolorida en la garganta y en la parte superior del brazo izquierdo junto a la vena gruesa, la punción de una aguja de inyección».

Además, tenemos los testimonios de quienes vieron el algodón en las fosas nasales y en los oídos, y los vómitos, que demuestran que su muerte no fue provocada por una «enfermedad menor», como decían los japoneses, sino por un veneno letal que le administraron. El compañero de prisión de To Rot, To Romano, dijo: «Después de

lavarme, volví a To Rot y traté de despertarlo. Para mi horror, descubrí que To Rot estaba muerto. Vi algodón en las orejas y fosas nasales de To Rot. Mi primer pensamiento fue que a To Rot lo habían envenenado».

También Anton Tata, líder de la aldea, recuerda: «La nariz y las orejas estaban tapadas con algodón. De su boca salía espuma, pero era bastante diferente a la que se ve con otros cadáveres. Olía fuertemente a alguna medicina vil».

Y Paula Ia Varpit, esposa del catequista: «Le salía espuma blanca por la boca y la nariz. La espuma olía mal, así que me puse un pañuelo en la boca».

Existe también evidencia de signos de violencia en su cuerpo, lo que demuestra cómo fue tratado el catequista durante sus últimas horas. Los testigos pudieron ver «agujeros» y cortes, junto con la garganta descolorida e hinchada. La esposa de Rot declaró: «Me sorprendió ver que su cuello estuviera tan hinchado. En la parte posterior de su cabeza noté dos cortes profundos que aún sangraban».

Tatamai, hermano de To Rot, dice: « El centro de la garganta estaba aplastado e hinchado. Todo el mundo vio y supo que esto era causado por una porra que le habían dado en la garganta».

Estos testimonios son suficientes para demostrar que To Rot sufrió una muerte violencia, y su muerte no fue el resultado de causas naturales, como los japoneses quisieron hacerle creer a la gente de Rakunai.

2- Aceptación por parte de la víctima

El segundo elemento que debemos considerar es la aceptación de la muerte por parte de la víctima. ¿Aceptó To Rot la muerte como

un sacrificio ofrecido a Cristo, o fue en cambio forzado u obligado a sufrirla?

En el capítulo anterior hemos leído muchos testimonios que aseguraban que To Rot no sólo estaba convencido de que sería asesinado, sino que además estaba dispuesto a ofrecer su vida como sacrificio a Dios. Muchas veces To Rot expresó sus sospechas acerca de las intenciones de los japoneses, y de algún modo sabía que no saldría de la prisión con vida. Repasemos brevemente algunos de esos testimonios.

La esposa de To Rot, Paula Ia Varpit: «Expresando mis temores, rogué a To Rot que abandonara el estilo de vida del catequista y adoptara, en cambio, un estilo de vida más tranquilo y desapercibido. To Rot me respondió: “No te preocupes por eso. Es mi deber morir por Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por mi propia gente. Luego hizo la señal de la cruz. No mostró ningún signo de miedo o dolor”».

El hermano del catequista, Joseph Tatami, dice: «To Rot me dijo: “Es malo cuando a uno lo matan las bombas o las balas de las ametralladoras, pero es bueno morir por la fe. Obtienes una gran recompensa en el cielo”».

Su hermana, Theresia Ia Varpilak, recuerda cuando visitó a sus dos hermanos en prisión: «En una ocasión me encontré con ellos reunidos alrededor de un fuego, temblando de frío. Empecé a llorar, y To Rot se volvió hacia mí y me dijo: “Deja de llorar. Reza. Estoy aquí por una buena causa. Estoy muy feliz por eso, porque estoy aquí debido a mi fe”».

También su compañero de prisión, To Romano, recuerda: « Oh, bueno, me van a matar por mi religión».

Su prima Bernardet la Oget afirma lo mismo cuando dice: «Visité a To Rot muchas veces mientras estaba en prisión. (...) To Rot parecía calmo y en paz, y siempre les decía a quienes lo visitaban: “No se preocupen por mí. Muero por mi fe. Vuelvan a casa y recen por mí”».

Y es Anton Tata, líder de la aldea, quien nos ofrece el que es, probablemente, el testimonio más claro y edificante: «Más tarde, en prisión, tuve una conversación de hombre a hombre con To Rot, quien dijo: “Estoy aquí por aquellos que rompen sus votos matrimoniales y por aquellos que no quieren ver avanzar la obra de Dios. Eso es todo. Debo morir. Tú vuelve y cuida de la gente”. Le dije que debería tratar de sobornar a la policía por su libertad. Él respondió: “Quítate eso de la cabeza. ya me han condenado a muerte”».

Todos estos testimonios despejan cualquier tipo de duda acerca de la aceptación de To Rot de ofrecer su vida como testigo de Cristo y del Evangelio. No sólo sabía que lo matarían y estaba preparado para ellos, sino que lo aceptaba gustoso por amor a Dios.

3- Odio a la fe por parte del perseguidor

El tercer y último elemento que debemos tener en cuenta son los motivos por los cuales murió To Rot. Es necesario averiguar si el catequista murió porque su perseguidor odiaba su fe (*odium fidei*) o murió en cambio por alguna otra razón.

¿Fue la fe de To Rot la causa de su muerte? La respuesta a esta pregunta es afirmativa, ya que está demostrado que el catequista

murió por su fe y por defender los valores cristianos de la unidad e indisolubilidad del matrimonio, entre otros.

En los capítulos anteriores ya hemos hablado de que la verdadera causa de la prisión y muerte de To Rot fue su defensa de la familia y del matrimonio. Es cierto que To Rot había desobedecido las órdenes de los japoneses que le prohibían hacer apostolado, pero no fue ésta la causa de su martirio. A los japoneses y a los que deseaban volver a la poligamia no les interesaba si el catequista visitaba enfermos o daba lecciones de catecismo. Lo único que les interesaba era que el catequista dejara de hablar contra la poligamia, y dejara de ayudar a las mujeres a ser fieles a las promesas matrimoniales. Sabemos que desde el momento en que la ley que permitía la poligamia fue promulgada, To Rot fue el más grande opositor y denunció esta práctica utilizando todos los medios que tenía a su alcance.

También hemos hablado del policía nativo, To Metapa. Buscaba por todos los medios destruir a To Rot porque el catequista había frustrado su intento de tomar a Ia Mentil como segunda esposa, haciendo que ella regresara a su legítimo esposo. To Metapa no soportó la humillación, y desde ese momento comenzó a hacer todo lo posible para encarcelar a To Rot y vengar la ofensa. El policía sabía que To Rot era un impedimento para que la ley de poligamia fuese libremente vivida, y entonces era necesario deshacerse del catequista.

Los japoneses nunca reconocieron que fue esta la causa de la muerte de To Rot, e incluso intentaron convencer a la gente de Rakunai de que To Rot se encontraba preso por haber desobedecido las prohibiciones de las autoridades. Sabemos que no es cierto, porque incluso el policía japonés Meshida reconoció: «To Rot es un hombre

muy malo. Está impidiendo a la gente que así lo desea que tengan más de una esposa».

Leamos por última vez las palabras que el catequista le dijo a Anton Tata el día antes de su martirio. En ellas, el catequista demuestra saber y aceptar que es la defensa del matrimonio cristiano la única causa de su muerte. Dice Anton Tata: «Más tarde, en prisión, tuve una conversación de hombre a hombre con To Rot, quien dijo: “Estoy aquí por aquellos que rompen sus votos matrimoniales y por aquellos que no quieren ver avanzar la obra de Dios. Eso es todo. Debo morir. Tú vuelve y cuida de la gente”. Le dije que debería tratar de sobornar a la policía por su libertad. Él respondió: “Quítate eso de la cabeza. ya me han condenado a muerte”».

Y fue esta enérgica defensa que del valor cristiano de la indisolubilidad del matrimonio frente a la infame práctica de la poligamia lo que Juan Pablo II resaltó durante la homilía de beatificación del catequista: «Cuando las autoridades legalizaron y alentaron la poligamia, el beato Peter sabía que iba en contra de los principios cristianos y denunció con firmeza esta práctica. Debido a que el Espíritu de Dios moraba en él, proclamó sin miedo la verdad sobre la santidad del matrimonio. Se negó a tomar el “camino fácil” del compromiso moral. “Tengo que cumplir con mi deber como testigo de la Iglesia de Jesucristo”, explicó. El miedo al sufrimiento y a la muerte no lo detuvo. Durante su encarcelamiento final, Peter To Rot estaba sereno, incluso alegre. Le dijo a la gente que estaba dispuesto a morir por la fe y por su pueblo».

Con todos estos testimonios podemos estar convencidos de que el buen catequista murió por su fe. To Rot murió por haber defendido

el matrimonio cristiano frente a la infame ley que permitía la vuelta a la poligamia tradicional. Exactamente la misma razón por la cual Juan el Bautista derramó su sangre hace dos mil años.



Arriba, Juan Pablo II frente a los restos del beato Peter To Rot. Abajo, Juan Pablo II junto a familiares de Peter To Rot en la nunciatura de Port Moresby. A la derecha, el entonces padre Rochus Tatamai, MSC, sobrino nieto de To Rot y actualmente Arzobispo de Rabaul. Detrás, Rufina Ia Mama, hija de Peter To Rot.



Los restos de Peter To Rot ingresan al estadio donde, minutos más tarde, tendrá lugar la Misa de beatificación



Rufina la Mama, hija de Peter To Rot, agradece al Santo Padre por la beatificación de su padre

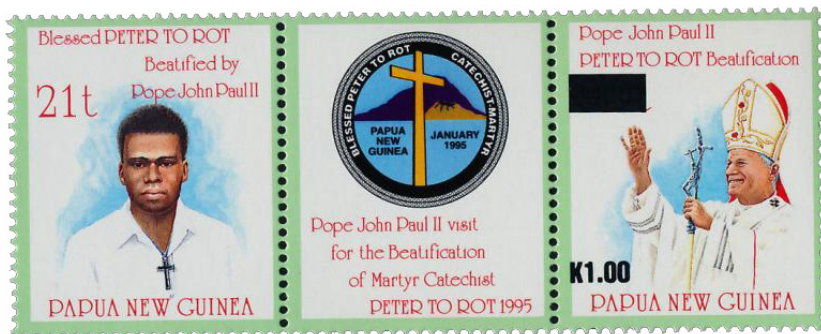
Juan Pablo II con Rufina la Mama, hija del beato Peter To Rot, en la nunciatura





Juan Pablo II junto a Monseñor Karl Hesse, MSC, entonces Arzobispo de Rabaul. Monseñor Karl aún vive en Rabaul, y fue quien nos dio la gran mayoría de las fotos que ilustran este libro.

Despedida en el aeropuerto de Jacksons, Port Moresby, capital de Papúa Nueva Guinea



Apéndice 1

Homilía del Santo Padre Juan Pablo II durante la beatificación de Peter To Rot

Sir John Guise Stadium, Port Moresby
Martes 17 de enero de 1995

Queridos hermanos y hermanas:

«Dichosos de vosotros, si sois injuriados por el nombre de Cristo» (1 Ped 4,13).

1. El Pueblo de Dios en Papúa Nueva Guinea repite hoy con fervor de corazón estas palabras del apóstol Pedro. Os regocijáis porque la Iglesia Universal reconoce que vuestro compatriota Peter To Rot compartió los sufrimientos de Cristo hasta el martirio y ha sido hallado digno de ser contado entre los beatos.

Con la alegría que trae esta ocasión, saludo al Pueblo de Dios en Papúa Nueva Guinea. Agradezco al Arzobispo Kurongku y a toda la Arquidiócesis de Port Moresby por la calurosa acogida que me han brindado. El Arzobispo Hesse y la comunidad católica de Rabaul hubieran querido que esta beatificación se realizara en el lugar donde vivió y fue martirizado el beato Peter To Rot. Con amor y solidaridad, mi pensamiento se dirige a todos los habitantes de New Britain, los presentes aquí y la gran mayoría que no pudieron asistir, que se han visto afectados por la reciente erupción volcánica. Saludo con alegría a todos mis hermanos en el episcopado, a todos los sacerdotes,

religiosos y laicos de esta tierra y de las Islas Salomón, y a los que han venido de otras islas del vasto Pacífico, y de Australia y Nueva Zelanda. Extiendo mi mano en amistad a nuestros hermanos y hermanas de otras iglesias cristianas y comunidades eclesiales. Agradezco a todas las autoridades civiles por su presencia en esta solemne ceremonia.

El primer Beato de Papúa Nueva Guinea abre una nueva época en la historia del Pueblo de Dios en este país. El martirio siempre ha formado parte de la peregrinación del Pueblo de Dios a lo largo de la historia. En la lectura del Antiguo Testamento de esta misa, el Segundo Libro de los Macabeos cuenta la historia de la fidelidad inquebrantable de Eleazar a la santa ley de Dios, su disposición a aceptar la muerte en lugar de comprometerse con el mal. Ante la prueba suprema, dice: *«El Señor, que posee la ciencia santa, sabe bien que, pudiendo librarme de la muerte, soporto flagelado en mi cuerpo recios dolores, pero en mi alma los sufro con gusto por temor de él»* (2 Mac 6,30).

Asimismo en el Nuevo Testamento. Comenzando por el diácono Esteban (cf. He 7,54-60) y el apóstol Santiago (Ib. 12,1-2), el Nuevo Testamento registra que una *«gran nube de testigos»* (cf. Heb 12,1) dieron su vida para profesar su fe en Cristo y su amor intransigente por él. Y a lo largo de los siglos, se han escrito en cada generación páginas gloriosas del Martirologio de la Iglesia. Los hijos e hijas de muchas Iglesias de Asia están inscritos en «los archivos de la Verdad escritos con letras de sangre» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2474). Yo mismo he tenido la gracia de canonizar a los mártires coreanos y vietnamitas. También podemos recordar a san Pablo Miki y sus compañeros, martirizados en Japón; Lorenzo Ruiz, el primer santo de Filipinas; y san Pedro Chanel, que sufrió la muerte de un mártir en las Islas del Pacífico.

A lo largo de este siglo los «testigos fieles» han estado presentes en gran número (Cf. JUAN PABLO II, *Tertio Millennio Adveniente*, 37). ¡Las guerras, los campos de concentración y la intolerancia de nuestro tiempo han producido una rica cosecha de mártires en muchas partes del mundo! También en Papúa Nueva Guinea, donde hubo muchos cristianos pertenecientes a las diversas Iglesias y comunidades eclesiales que dieron el testimonio supremo. Hoy, su compatriota, Peter To Rot, un hijo honrado del pueblo tolai, un catequista de New Britain, ha sido incluido entre ellos. La Iglesia en todas partes canta alabanzas a Dios por este nuevo don.

2. Los sufrimientos causados por la reciente trágica erupción han acercado a la comunidad cristiana de New Britain al mártir Peter To Rot. En el plan salvífico de Dios, «el sufrimiento, más que todo lo demás, hace presente en la historia de la humanidad la fuerza de la Redención» (JUAN PABLO II, *Salvifici Doloris*, 27). Así como el Señor Jesús salvó a su pueblo amándolo «*hasta el extremo*» (Jn 13,1), «*hasta la muerte de cruz*» (cf. Fil 2,8), así también sigue invitando a cada discípulo sufrir por el Reino de Dios. Unido a la Pasión redentora de Cristo, el sufrimiento humano se convierte en instrumento de madurez espiritual y en magnífica escuela de amor evangélico.

3. El beato Peter comprendió el valor del sufrimiento. Inspirado por su fe en Cristo, fue un esposo devoto, un padre amoroso y un catequista dedicado conocido por su bondad, amabilidad y compasión. La misa y la sagrada comunión diarias, y las frecuentes visitas a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, lo sostuvieron, le dieron

sabiduría para aconsejar a los desanimados y coraje para perseverar hasta la muerte. Para ser un evangelizador eficaz, Peter To Rot estudió mucho y buscó el consejo de sabios y santos «grandes hombres». Pero sobre todo, oró: por sí mismo, por su familia, por su pueblo, por la Iglesia. Su testimonio del evangelio inspiró a otros, en situaciones muy difíciles, porque vivió su vida cristiana con tanta pureza y alegría. Sin saberlo, se fue preparando a lo largo de su vida para su mayor ofrenda: muriendo cada día a sí mismo, caminó con su Señor por el camino que conduce al Calvario (cf. Mt 10,38-39).

4. En tiempos de persecución, la fe de las personas y de las comunidades es «*probada por el fuego*» (1 Ped 1,7). Pero Cristo nos dice que no hay razón para tener miedo. Los perseguidos por su fe serán más elocuentes que nunca: «*No seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre que hablará en vosotros*» (Mt 10,20). Así fue para el beato Peter To Rot. Cuando la aldea de Rakunai fue ocupada durante la Segunda Guerra Mundial y después de que los heroicos sacerdotes misioneros fueran encarcelados, asumió la responsabilidad de la vida espiritual de los habitantes del pueblo. No sólo continuaba instruyendo a los fieles y visitando a los enfermos, sino que también bautizaba, asistía a matrimonios y guiaba a la gente en la oración.

Cuando las autoridades legalizaron y alentaron la poligamia, el Beato Pedro sabía que iba en contra de los principios cristianos y denunció con firmeza esta práctica. Debido a que el Espíritu de Dios moraba en él, proclamó sin miedo la verdad sobre la santidad del matrimonio. Se negó a tomar el «camino fácil» del compromiso

moral. «Tengo que cumplir con mi deber como testigo de la Iglesia de Jesucristo», explicó. El miedo al sufrimiento y a la muerte no lo detuvo. Durante su encarcelamiento final, Peter To Rot estaba sereno, incluso alegre. Le dijo a la gente que estaba dispuesto a morir por la fe y por su pueblo.

5. El día de su muerte, el beato Peter pidió a su esposa que le trajera su crucifijo de catequista. Lo acompañó hasta el final. Condenado sin juicio, sufrió tranquilamente su martirio. Siguiendo las huellas de su Maestro, el «*Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*» (Jn 1,29), también él fue «*llevado como cordero al matadero*» (cf. Is 53,7).;Y sin embargo este «*grano de trigo*» que cayó silenciosamente en la tierra (cf. Jn 12,24) ha producido una cosecha de bendiciones para la Iglesia en Papúa Nueva Guinea!

Sí, la sabiduría del Evangelio nos dice que la vida eterna viene por la muerte, y la verdadera alegría por el sufrimiento. ¡Para comprender esto hay que juzgar según los criterios de Dios y no de los hombres (Cf. Mt 16,23)! La lectura de esta mañana de la Primera Carta de Pedro dice: «*Dichosos de vosotros, si sois injuriados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros*» (1 Ped 4,14). Estas palabras se aplican a Peter To Rot. Describen la «bienaventuranza» particular de aquellos «*de toda raza y lengua y pueblo y nación*» (Ap 5,9) que sufren el martirio en cada época de la Iglesia. A los ojos de Dios, los perseguidos por su fidelidad al Evangelio son verdaderamente bienaventurados, porque su «*recompensa es grande en los cielos*» (Mt 5,12).

6. Estoy particularmente feliz de que haya muchos catequistas aquí de todas partes de Papua Nueva Guinea. Vosotros, queridos catequistas, sois «testigos directos y evangelizadores insustituibles... la fuerza básica de las comunidades cristianas» (JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 73). Desde el principio, la labor de los catequistas laicos en Papua Nueva Guinea ha dado «una ayuda singular y enteramente necesaria para la propagación de la fe y de la Iglesia» (*Ad Gentes*, 17). En nombre de toda la Iglesia os doy las gracias por la obra sagrada que estáis realizando. Que Dios recompense y bendiga a cada uno de ustedes.

El ejemplo del mártir habla también a las parejas casadas. El beato Peter To Rot tenía la más alta estima por el matrimonio, e incluso ante grandes peligros personales y oposición, defendió la enseñanza de la Iglesia sobre la unidad del matrimonio y la necesidad de la fidelidad mutua. Trataba a su esposa Paula con profundo respeto y rezaba con ella mañana y tarde. A sus hijos les tenía el máximo cariño y pasaba todo el tiempo que podía con ellos. Si las familias son buenas, vuestros pueblos serán pacíficos y buenos. ¡Mantened las tradiciones que defienden y fortalecen la vida familiar!

7. Un saludo especial a los numerosos jóvenes que están aquí. El beato Petro es un modelo también para vosotros. Os muestra que no os preocupéis sólo de vosotros mismos, sino que os pongáis generosamente al servicio de los demás. Como ciudadanos, debéis sentir la necesidad de trabajar para mejorar vuestro país, y para que la sociedad se desarrolle en la honestidad y la justicia, la armonía y la solidaridad. Como seguidores de Cristo guiados por las verdades del

evangelio y las enseñanzas de la Iglesia, edificad sobre la roca sólida de la fe y cumplid vuestro deber con amor. No tengáis miedo de comprometeros en la tarea de hacer conocer y amar a Cristo, especialmente entre las muchas personas de vuestra edad, que constituyen la mayor parte de la población.

8. Para la Iglesia de Papúa Nueva Guinea, la beatificación de Peter To Rot abre un nuevo período de madurez cristiana. En la historia de la Iglesia local en cualquier país, el primer mártir nacido en el país marca siempre un nuevo comienzo. Por eso, como Pastor de la Iglesia universal, he deseado fervientemente compartir con vosotros esta gran alegría y unirme a vosotros en la acción de gracias a Dios por el primer Beato de Papua Nueva Guinea.

A la intercesión del nuevo beato deseo encomendar con especial afecto al pueblo de Bougainville, que desde hace seis años sufre las trágicas consecuencias de la violencia, la guerra y la destrucción. Dirijo una palabra especial de aliento al obispo Gregory Singkai y a la Iglesia de Bougainville, que soportan una pesada carga física y espiritual. Hago un llamado sincero a todas las partes en esta disputa para que negocien un arreglo con un espíritu de buena voluntad y apertura constructiva. Rezo para que las discusiones que se han iniciado recientemente conduzcan pronto a una paz justa y duradera, con respeto por las legítimas aspiraciones y derechos de todos los interesados. Que prevalezca una vez más la reconciliación y la armonía, para que pueda comenzar la reconstrucción que todos anhelan.

A la gente de New Britain, compatriotas del beato Pedro To Rot, mártir y catequista de Rakunai, repito las palabras de la Carta de

Pedro: «*Dichosos de vosotros, si sois injuriados por el nombre de Cristo*» (1 Ped 4,13).). Vuestra reciente tragedia os ha hecho parecidos a vuestro mártir, diferentes en el tipo de sufrimiento que os ha tocado vivir, pero como él configurados a la Pasión y Muerte del Señor. Jesús crucificado es el signo del amor inagotable de Dios por cada uno de sus hijos, por todos y cada uno de vosotros.

Quiero que recordéis siempre a Peter To Rot. Debéis pensar siempre en su fe, debes pensar siempre en su vida en la familia, debéis pensar siempre en su obra de catequista. Porque Peter To Rot nos muestra el camino. Él nos muestra el camino a todos nosotros, pero especialmente a las familias aquí en Papúa Nueva Guinea, y a los jóvenes y a todos aquellos hombres y mujeres que predicán la palabra de Dios a la gente.

¡Alegraos! ¡Que vuestra tristeza se convierta en alegría! Amén.

Mis hermanos y hermanas de Papua Nueva Guinea, de las Islas Salomón, comparto profundamente con ustedes esta beatificación. El primer beato de vuestro país, de vuestro pueblo, de vuestra Iglesia. Mis felicitaciones a todos y cada uno de ustedes, a los obispos, a los sacerdotes, misioneros, catequistas, a todos los catequistas, gran fiesta de todos los catequistas en todo el mundo, sus familias... Y que Dios los bendiga a vosotros y a sus familias, y a vuestros catequistas y a todos vosotros, a cada uno de vosotros, la Iglesia y la sociedad.

¡Alabado sea nuestro Señor Jesucristo!

¡Muchos gracias!

Apéndice 2

Homilía del Santo Padre Benedicto XVI con ocasión de la memoria de los testigos de la fe de los siglos XX y XXI

Basílica de San Bartolomé en la isla Tiberina
Lunes 7 de abril de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Este encuentro en la antigua basílica de San Bartolomé en la isla Tiberina podemos considerarlo como una peregrinación a la memoria de los mártires del siglo XX, innumerables hombres y mujeres, conocidos y desconocidos, que, en el arco del siglo XX derramaron su sangre por el Señor. Una peregrinación guiada por la palabra de Dios, que como lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro sendero (cf. Sal 119,105), alumbra con su luz la vida de todos los creyentes.

Mi amado predecesor Juan Pablo II destinó este templo precisamente para ser lugar de la memoria de los mártires del siglo XX y lo encomendó a la Comunidad de San Egidio, que este año da gracias al Señor por el cuadragésimo aniversario de su fundación.

Saludo con afecto a los señores cardenales y a los obispos que han querido participar en esta liturgia. Saludo al profesor Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de San Egidio, y le agradezco las palabras que me ha dirigido. Saludo al profesor Marco Impagliazzo, presidente de la Comunidad; al consiliario, mons. Matteo Zuppi, así como a mons. Vincenzo Paglia, obispo de Terni-Narni-Amelia.

En este lugar lleno de memorias nos preguntamos: ¿por qué nuestros hermanos mártires no buscaron salvar a toda costa el bien insustituible de la vida? ¿Por qué siguieron sirviendo a la Iglesia, a pesar de graves amenazas e intimidaciones? En esta basílica, donde se conservan las reliquias del apóstol san Bartolomé y donde se veneran los restos mortales de san Adalberto, resuena el elocuente testimonio de todos los que, no sólo durante el siglo XX, sino también desde los inicios de la Iglesia, viviendo el amor, entregaron su vida a Cristo en el martirio.

En el icono colocado sobre el altar mayor, que representa a algunos de estos testigos de la fe, destacan las palabras del Apocalipsis: «*Esos son los que vienen de la gran tribulación*» (Ap 7,14). El anciano que pregunta quiénes son y de dónde han venido los que están vestidos con vestiduras blancas, recibe como respuesta que esos son los que «*han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero*» (Ap 7,14).

Es una respuesta extraña, a primera vista. Pero, en el lenguaje cifrado del vidente de Patmos, contiene una referencia precisa a la blanca llama del amor, que impulsó a Cristo a derramar su sangre por nosotros. En virtud de esa sangre hemos sido purificados. Sostenidos por esa llama, también los mártires derramaron su sangre y se purificaron en el amor: en el amor de Cristo que los hizo capaces de sacrificarse a su vez por amor.

Jesús dijo: «*Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos*» (Jn 15,13). Todo testigo de la fe vive este amor «mayor» y, a ejemplo del divino Maestro, está dispuesto a sacrificar su vida por el reino de Dios. De este modo, llega a ser amigo de Cristo; así se

configura con él, aceptando el sacrificio hasta el extremo, sin poner límites al don del amor y al servicio de la fe.

Deteniéndonos ante los seis altares, que recuerdan a los cristianos caídos bajo la violencia totalitaria del comunismo y del nazismo, a los asesinados en América, en Asia y en Oceanía, en España y en México, en África, recorreremos idealmente muchas historias dolorosas del siglo pasado. Muchos cayeron mientras cumplían la misión evangelizadora de la Iglesia: su sangre se mezcló con la de los cristianos autóctonos a los que se les había comunicado la fe. Otros, a menudo en situación de minoría, fueron asesinados por odio a la fe. Por último, no pocos se inmolaron por no abandonar a los necesitados, a los pobres, a los fieles que les habían sido encomendados, sin miedo a amenazas y peligros.

Son obispos, sacerdotes, religiosas y religiosos, y fieles laicos. Son muchos. El siervo de Dios Juan Pablo II, en la celebración ecuménica jubilar de los nuevos mártires, que tuvo lugar el 7 de mayo del año 2000 en el Coliseo, dijo que estos hermanos y hermanas nuestros en la fe constituyen un gran cuadro de la humanidad cristiana del siglo XX, un mural de las Bienaventuranzas, vivido hasta el derramamiento de la sangre (cf. Homilía en la conmemoración de los mártires del siglo XX, 12 de mayo de 2000). Y solía repetir que el testimonio de Cristo hasta el derramamiento de la sangre habla con voz más fuerte que las divisiones del pasado.

Es verdad. Aparentemente la violencia, los totalitarismos, la persecución y la brutalidad ciega parecen más fuertes, silenciando la voz de los testigos de la fe, que humanamente pueden parecer los derrotados de la historia. Pero Jesús resucitado ilumina su testimonio

y así comprendemos el sentido del martirio. A este propósito Tertuliano afirma: «Plures efficimur quoties metimur a vobis: sanguis martyrum semen christianorum», «Nos multiplicamos cada vez que somos segados por vosotros: la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos» (Apol. 50, 13: CCL 1, 171).

En la derrota, en la humillación de quienes sufren a causa del Evangelio actúa una fuerza que el mundo no conoce: «*Cuando soy débil –afirma el apóstol san Pablo–, entonces es cuando soy fuerte*» (2 Cor 12,10). Es la fuerza del amor, inerme y victorioso incluso en la derrota aparente. Es la fuerza que desafía y vence a la muerte.

También este siglo XXI se ha iniciado con el signo del martirio. Cuando los cristianos son verdaderamente levadura, luz y sal de la tierra, se convierten como Jesús en objeto de persecuciones; como él son «signo de contradicción». La convivencia fraterna, el amor, la fe, las opciones en favor de los más pequeños y de los pobres, que marcan la existencia de la comunidad cristiana, suscitan a veces una aversión violenta. ¡Cuán útil es entonces contemplar el luminoso testimonio de quienes nos han precedido en el signo de una fidelidad heroica hasta el martirio! En esta antigua basílica, gracias al cuidado de la Comunidad de San Egidio, se conserva y venera la memoria de numerosos testigos de la fe caídos en tiempos recientes.

Queridos amigos de la Comunidad de San Egidio, contemplando a estos héroes de la fe, esforzaos por imitar también vosotros su valentía y perseverancia en el servicio al Evangelio, especialmente entre los pobres. Sed constructores de paz y de reconciliación entre quienes son enemigos o se combaten. Alimentad vuestra fe con la escucha y la meditación de la palabra de Dios, con la oración diaria, con la

participación activa en la santa misa. La auténtica amistad con Cristo será la fuente de vuestro amor mutuo. Sostenidos por su Espíritu, podréis contribuir a construir un mundo más fraterno.

Que la Virgen santísima, Reina de los mártires, os sostenga y ayude a ser auténticos testigos de Cristo. Amén.

Apéndice 3

Homilía del Santo Padre Francisco con ocasión de la memoria de los “nuevos mártires” de los siglos XX y XXI

Basílica de San Bartolomé en la isla Tiberina
Sábado 22 de abril de 2017

Hemos venido como peregrinos a esta basílica de San Bartolomé de la Isla Tiberina, donde la historia antigua del martirio se une a la memoria de nuevos mártires, de muchos cristianos asesinados por las locas ideologías del siglo pasado –y también hoy– y asesinados sólo por ser discípulos de Jesús.

El recuerdo de estos testigos heroicos antiguos y recientes nos confirma en la conciencia de que la Iglesia es Iglesia si es Iglesia de mártires. Y los mártires son aquellos que, como nos ha recordado el Libro del Apocalipsis, *«esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y la han blanqueado con la sangre del Cordero»* (7,14). Estos han tenido la gracia de confesar a Jesús hasta el final, hasta la muerte. Ellos sufren, ellos dan la vida, y nosotros recibimos la bendición de Dios por su testimonio. Y hay también muchos mártires escondidos, esos hombres y esas mujeres fieles a la fuerza mansa del amor, a la voz del Espíritu Santo, que en la vida de cada día buscan ayudar a los hermanos y amar a Dios sin reservas. Si miramos bien, la causa de cada persecución es el odio: el odio del príncipe de este mundo hacia los que han sido salvados y redimidos por Jesús con su muerte y con su resurrección. En el pasaje del Evangelio que hemos

escuchado (cf. Juan 15,12-19) Jesús usa una palabra fuerte y que asusta: la palabra «odio». Él, que es el maestro del amor, al cual le gustaba tanto hablar de amor, habla de odio. Pero Él quería siempre llamar a las cosas por su nombre. Y nos dice: *«¡No os asustéis! El mundo os odiará; pero sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí»*.

Jesús nos ha elegido y nos ha rescatado por un don gratuito de su amor. Con su muerte y resurrección nos ha rescatado del poder del mundo, del poder del diablo, del poder del príncipe de este mundo. Y el origen del odio es éste: ya que nosotros somos salvados por Jesús, y el príncipe del mundo esto no lo quiere, él nos odia y suscita la persecución, que desde los tiempos de Jesús y de la Iglesia naciente continúa hasta nuestros días. ¡Cuántas comunidades cristianas hoy son objeto de persecución! ¿Por qué? A causa del odio del espíritu del mundo.

Cuántas veces, en momentos difíciles de la historia, se ha escuchado decir: «Hoy la patria necesita héroes». El mártir puede ser pensado como un héroe, pero lo fundamental del mártir es que ha sido un «salvado»: es la gracia de Dios, no la valentía, lo que nos hace mártires. Hoy, de la misma manera se nos puede preguntar: «¿Qué necesita la Iglesia hoy?». Mártires, testigos, es decir santos de todos los días. Porque la Iglesia la llevan adelante los santos. Los santos: sin ellos, la Iglesia no puede ir adelante. La Iglesia necesita santos de todos los días, los de la vida ordinaria, llevada adelante con coherencia; pero también aquellos que tienen el valor de aceptar la gracia de ser testigos hasta el final, hasta la muerte. Todos aquellos son la sangre viva de la Iglesia. Son los testigos que llevan adelante la Iglesia; aquellos que demuestran que Jesús ha resucitado, que Jesús está vivo, y lo

demuestran con la coherencia de vida y con la fuerza del Espíritu Santo que han recibido como don.

Yo quisiera, hoy, añadir un icono más a esta iglesia. Una mujer. No sé el nombre. Pero ella nos mira desde el cielo. Estaba en Lesbos, saludaba a los refugiados y encontré a un hombre de treinta años, con tres niños. Me miró y me dijo: «Padre, yo soy musulmán. Mi mujer era cristiana. Llegaron los terroristas a nuestro país, nos miraron y nos preguntaron nuestra religión y la vieron a ella con el crucifijo, y le dijeron que lo tirara al suelo. Ella no lo hizo y la degollaron delante de mí. ¡Nos queríamos mucho!». Este es el icono que traigo como regalo aquí. No sé si ese hombre está todavía en Lesbos o ha conseguido ir a otra parte. No sé si ha sido capaz de salir de ese campo de concentración, porque los campos de refugiados –muchos– son de concentración, por la masa de gente que es dejada allí. Y los pueblos generosos que les acogen deben llevar adelante también este peso, porque los acuerdos internacionales parece que son más importantes que los derechos humanos. Y este hombre no tenía rencor: él, musulmán, tenía esta cruz del dolor llevada adelante sin rencor. Se refugiaba en el amor de la mujer, salvada por el martirio.

Recordar estos testimonios de la fe y rezar en este lugar es un gran don. Es un don para la comunidad de San Egidio, para la Iglesia en Roma, para todas las comunidades cristianas de esta ciudad, y para muchos peregrinos. La herencia viva de los mártires nos dona hoy a nosotros paz y unidad. Estos nos enseñan que, con la fuerza del amor, con la mansedumbre, se puede luchar contra la prepotencia, la violencia, la guerra y se puede realizar con paciencia la paz. Y entonces podemos rezar así: Oh Señor, haznos dignos testigos del Evangelio y

de tu amor; infunde tu misericordia sobre la humanidad; renueva tu Iglesia, protege a los cristianos perseguidos, concede pronto la paz al mundo entero. A ti, Señor, la gloria y a nosotros, Señor, la vergüenza (cf. Daniel 9,7).

